

Selección RNR

RITA BLACK

Esposa
por
Contrato



Romance Actual

Esposa por contrato

Rita Black



1.ª edición: noviembre, 2017

© 2017, Rita Black

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 9788490699072

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

Nota editorial

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Promoción

NOTA EDITORIAL

Selección BdB es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, en este caso mexicana, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedas darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

CAPITULO 1

Aunque nadie lo comentaba abiertamente, en la oficina se respiraba un ambiente de tensión por la urgente necesidad de elegir al nuevo presidente de Grupo Roselli.

Marco lo sabía mejor que nadie, y era también él quien sentía el mayor apremio.

Había empezado desde abajo en la empresa fundada por su padre y sus tíos, y una de sus mayores ambiciones era llegar a ser el presidente de la misma. Su deseo no se basaba en la sed de poder, que ya tenía bastante como uno de los principales accionistas y miembro de la mesa directiva, sino en la necesidad de preservar el liderazgo de la familia Roselli en los asuntos de la compañía.

Hasta entonces había sido una tradición que un miembro de la familia Roselli estuviera al frente de la compañía, pero, ahora que su tío Tony había tenido que dejar la presidencia por motivos de salud, la prevalencia de los fundadores como líderes del grupo estaba en riesgo.

Marco siempre había mostrado grandes aptitudes para los negocios, una gran intuición para detectar las oportunidades, así como un gran sentido práctico, además de que combinaba juventud con experiencia y un gran empuje para llevar a la compañía a nuevos niveles.

Sin embargo, un obstáculo bastante serio se interponía en sus planes de ser el nuevo presidente: el consejo directivo había elaborado un documento con una serie de requisitos que los aspirantes tenían que cumplir, y uno de los principales era que debían ser casados y tener un hogar estable.

Marco estaba más que lejos de poder cumplir con ese requerimiento: no tenía novia, aunque sí tenía muchas amigas con quienes salir a divertirse, y con algunas de ellas había sostenido en algún momento cortos romances que terminaban en amistades sin mayor compromiso.

Esta situación le venía preocupando desde hacía varias semanas; claro que había considerado alguna vez la posibilidad de casarse, si es que encontraba una chica inteligente, generosa y divertida, entre otras cosas, que lograra emocionarlo, que consiguiera enamorarlo. Todas las chicas que conocía eran muy guapas y alegres, pero ninguna había logrado conquistarlo realmente. Se le había pasado por la mente la idea de contraer matrimonio solo para cumplir con el requisito del consejo, pero aquello le parecía absurdo.

Después de una larguísima y aburrida junta con el consejo directivo, donde, por cierto, uno de los temas a tratar había sido la elección, llegó a su oficina con un semblante sombrío. Su mente estaba ocupada en su grave dilema.

Al verlo en ese estado, Alma, su secretaria, se preocupó también. Ella conocía la situación y sabía que si Marco quería la presidencia tenía que conseguir rápidamente una esposa. Nunca lo había visto tan atribulado como en ese momento, y en ese preciso instante se le ocurrió una gran idea.

Tocó a la puerta de la oficina de Marco y esperó a que este respondiera. La invitó a entrar, pero inmediatamente le dijo:

—Hoy no voy a atender ningún asunto, Alma. Me iré a mi casa y trataré de descansar, así que voy a pedirte que te hagas cargo de todo, solo por hoy.

—Está bien, pero antes de que te vayas tengo que hablarte de algo importante.

—Por favor, Alma, en este momento no estoy para nada, tengo muchas cosas en qué pensar y tú sabes que las cosas no van bien para mí. No entiendo por qué precisamente ahora el consejo directivo tuvo que imponer esa estúpida norma...

—Déjame explicarte, por favor —lo interrumpió Alma—. Se me acaba de ocurrir una idea que podría sacarte del apuro en que te encuentras, pero tenemos que darnos prisa.

Marco estaba repantigado en la silla de cualquier modo, y cuando Alma logró captar su atención se acomodó mejor para escuchar su idea, aunque no esperaba mucho, pues sabía que la situación era complicada.

—Te escucho.

—¿Recuerdas a mi amiga Claudia, la de la florería?

—Sí —respondió él con exasperación— la recuerdo, pero no entiendo qué...

—Escúchame, por favor, déjame terminar —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Mira, Claudia está pasando en este momento por grandes dificultades económicas, y tú necesitas una «novia» o más bien, una «esposa». Así que se me acaba de ocurrir que tal vez ella y tú podrían llegar a un arreglo: ella puede hacerse pasar por tu esposa, claro, todo de forma legal, y tú podrías pagarle. Claro que todo sería confidencial, y ustedes se presentarían ante el consejo directivo como «la pareja del año». ¿Qué te parece?

El rostro de Marco reflejaba un desconcierto enorme: no sabía si la idea de Alma era un verdadero disparate o una genialidad, y su cerebro todavía lo estaba procesando.

—No negaré que tu idea es «buena», si podemos llamarla así, pero hay dos inconvenientes, Alma: primero, tenemos muy poco tiempo, y segundo, tú sabes que Claudia y yo no nos llevamos nada bien.

Alma suspiró.

—Sí, ya sé que ustedes se odian, pero precisamente por eso es que esto podría funcionar.

—No te entiendo.

—¡Ay, ustedes los hombres no entienden nada! Mira, si tú trataras de hacer esto con cualquiera de tus *amiguitas*, seguramente te meterías en un gran problema porque es muy probable que la elegida trate de sacar ventaja de la situación, ya sea que quiera mucho dinero, que te chantajee o simplemente que piense que la cosa va en serio y quiera que el matrimonio sea algo real y no solamente una fachada. Con Claudia no correrías ese riesgo porque ella no está enamorada de ti y ni siquiera se siente atraída por ti; además, es una persona íntegra, yo respondo por su honestidad, y te aseguro que podrás confiar en su discreción y en que no tratará de sacar ventaja de la

situación.

Marco la miró complacido, a su pesar.

—Veo que ya pensaste en todo. Yo también había considerado lo inconveniente de elegir a cualquiera de mis amigas para tratar de salvar la situación, pero tampoco creo que con tu amiga Claudia funcione.

—Los dos están en problemas, así que pensé en el modo de ayudarlos a ambos.

—Bien, suponiendo que yo acepte, ¿cómo haremos para proponerle el plan a Claudia? Además, ni siquiera creo que ella acepte. Sabes que me odia.

—Yo la llamaré en este mismo momento y te concertaré una cita con ella.

—Dile que venga en una hora.

—No, Marco, tiene que ser un lugar neutral y, sobre todo, donde nadie los vea y no sospechen. Nunca te han visto con ella y sería muy raro que ella viniera aquí de repente y después resulte que están comprometidos en matrimonio. Esto tenemos que planearlo muy bien, así que, si Claudia acepta, diremos que ustedes llevan varias semanas saliendo juntos, pero habían mantenido un bajo perfil para no generar expectativas y para ver cómo avanzaba la relación.

Marco soltó una gran carcajada al escuchar hablar a su secretaria y amiga con tanto entusiasmo.

—Eres sorprendente, Alma, de verdad, ya pensaste en todo. Si no fuera por Álex y porque eres mi amiga, te besaría.

Ella se sonrojó.

—Todo sea por los amigos. Voy a llamar a Claudia y te aviso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Tan pronto salió de la oficina de Marco, tomó el teléfono y marcó el número de Claudia, no sin antes cerciorarse de que no había nadie cerca.

—Claudia, soy Alma. Escucha, tengo que hablarte de algo muy importante, tenemos un plan que proponerte, algo que realmente te conviene.

—¿Tenemos? ¿Quién, de qué se trata?

—No puedo decírtelo por teléfono, es algo complicado y serio también, pero te aseguro que te conviene.

—Si quieres, podemos vernos esta tarde y me explicas de qué se trata todo este asunto.

—Me parece muy bien. Te invito a comer y ahí te explico mi plan, ¿de acuerdo?

—¿Tu plan? ¡Vaya! Esto está empezando a preocuparme: cuando a ti se te ocurre un plan, es en grande.

—No tienes idea de cuánto. Te veré en dos horas, yo paso por ti.

Alma entró a la oficina de Marco para comunicarle el resultado de sus primeras gestiones, mientras Claudia, sentada frente al mostrador de la florería, trataba de imaginarse cuál sería la propuesta de su amiga, sin atinar a dar siquiera con una respuesta relativamente cercana a la realidad.

Alma llegó puntual a la florería, y decidieron ir a comer a casa de la primera para tener privacidad y poder hablar tranquilamente.

Mientras ambas servían la comida china que habían comprado, Claudia atacó:

—Bien, ahora sí, dime cuál es esa propuesta que tanto me conviene.

Alma le explicó con lujo de detalles cuál era la situación en que se encontraba Marco. Al principio no tenía la menor idea de cómo eso podía afectarle a ella, pero rápidamente su amiga le aclaró el panorama.

—Mi propuesta es que Marco y tú se casen; así, él podrá presentarse como un hombre de hogar ante el consejo, y obviamente él te pagaría una buena suma por hacerle este favor. Claro que todo tendría que ser en la más absoluta confidencialidad, y tú no podrás revelar que se trata de un simple trato de negocios.

Claudia estaba anonadada; sus ojos verdes revelaban una sorpresa sin límites mientras miraba a su amiga como si fuera una completa desconocida.

—¿Cómo fue que se te ocurrió esto? Es descabellado, Alma, ¡por favor!

Fingir que somos un matrimonio, solo para que él pueda ser nombrado presidente. Además, ¿por quién me tomas? Es cierto que estoy pasando por una situación muy difícil, pero no podría casarme por dinero...

—Claudia, por favor, escúchame. Ustedes podrían estar casados por un año, presentarse ante la sociedad como si fueran un matrimonio de verdad, aunque ni siquiera tendrían que tener intimidad, Marco sabe que tú lo detestas.

—¡Exacto! Tú sabes lo que opino de él, no es más que un libertino, un *junior* egoísta y engreído que solo piensa en divertirse. ¿Crees que podría asistir a reuniones y fingir que me agrada? Tu plan es una verdadera locura.

—¿Por qué? Él necesita una esposa y tú necesitas dinero, ambos obtendrían lo que requieren y resolverían sus problemas.

—Suponiendo que acepto, ¿cuánto va a pagarme? ¿Tendré que irme a vivir a su casa? ¿Cómo será nuestra convivencia?

—Te complicas demasiado la existencia, velo desde el punto de vista práctico— Alma suspiró, cansada de tratar de convencer a su amiga—. Solo te pido que hables con él, y si no te convence, no lo haces... Pero esto podría salvar la florería y ayudar a tu papá, Claudia.

Claudia la miró, dudosa, durante varios segundos, hasta que finalmente se decidió.

—Está bien, hablaré con Marco, solo para darte gusto, pero tu plan es una verdadera locura.

—Estás en todo tu derecho de pensar eso —concedió Alma, extendiendo los brazos para dar por finalizado el debate.

Antes de terminar de comer llamó a Marco y le dijo que Claudia había aceptado hablar con él esa misma tarde. Alma les propuso que se vieran ahí mismo, en su casa, a lo que Marco accedió, y cuarenta y cinco minutos más tarde ya estaba en la puerta.

Alma lo recibió con gran expectación, y sin poder adelantarle nada, solamente le dijo en voz baja:

—Habla con ella, y por favor, sé amable, trata de convencerla.

Marco pasó a la sala y vio a Claudia sentada en la barra de la cocina; la luz de media tarde entraba por la ventana con todo su esplendor y hacía que el cabello rojo de Claudia soltara hermosos destellos de fuego. Ella se dio la vuelta en el banco y lo miró con seriedad.

—Hola —la saludó Marco, tratando de parecer casual.

—Hola. —Ella le devolvió el saludo con frialdad.

—¿Cómo estás? —le preguntó Marco, tratando de romper el hielo, aunque sintiéndose sumamente incómodo.

—Estoy bien, aunque un tanto sorprendida por la propuesta de Alma.

Marco la miró y, tratando de aliviar la tensión, metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Sí, suena un tanto alocada, ¿verdad?

Claudia iba a replicar algo, pero Marco se adelantó.

—Sin embargo, creo que al final de cuentas es algo práctico y beneficioso para ambos.

—Pues yo tengo mis dudas.

—Estoy seguro de que sí —replicó él en un tono que, más que irónico, resultó enigmático.

No dijo nada más, pero se quedó mirando a la amiga de su secretaria, como esperando que expusiera esas dudas de las que hablaba.

Ella se revolvió incómoda en su asiento; nunca le había agradado el jefe de su amiga, y —jamás se habría atrevido a reconocerlo— le molestaba sobremanera que fuera tan atractivo.

—Si yo aceptara este trato, tendrías que cumplir con ciertas condiciones que, estoy segura, te serían muy difíciles.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles? —preguntó, tratando de ocultar su molestia por la presunción de Claudia.

—Mientras estuviéramos en esa farsa no podrías ver a tus *amiguitas* pues, aunque nuestro matrimonio estaría arreglado, tendrías que darme mi lugar

como tu esposa. No me gustaría ser el hazmerreír de la «alta sociedad».

—De hecho, aunque no fuera esa una de tus condiciones, tendría que hacerlo, ya que la idea es presentarme ante el consejo directivo como un honorable hombre de hogar.

Claudia se sintió algo nerviosa: esperaba más resistencia de parte de Marco, pero seguramente él deseaba más que cualquier cosa obtener la presidencia de Grupo Roselli, y estaba dispuesto a cualquier cosa para conseguirlo.

—¿Alguna otra condición que quieras imponer?

—Sí. Las demostraciones de afecto deben ser muy reservadas y limitarse a tomarnos de la mano y besos en la mejilla. Nada de extralimitaciones ni de intimidad —Y al decir esto Claudia miró de reojo a Alma, sin poder evitar ponerse roja como amapola.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Por el momento, no —dijo ella, nerviosa.

—Bien, ahora es mi turno. Aunque las demostraciones de afecto sean muy reservadas, tendremos que aparentar que realmente sentimos algo el uno por el otro, ya que el consejo me estará observando muy de cerca. Y no podrás revelarles a nadie nada sobre este convenio.

—Está bien. —Claudia parecía tranquila, pero los nervios la carcomían, preguntándose qué era lo que estaba haciendo.

Marco tomó aire, igualmente tenso; ponerse de acuerdo con la estirada amiga de su secretaria le estaba resultando más difícil que negociar con los socios de la empresa

—Bien, ahora solo falta proponerte una cifra para cerrar el trato.

Aquello no podía sonar más frío y Claudia, que había impuesto esas condiciones esperando desanimarlo, pues no estaba en absoluto convencida de llevar a cabo ese plan, decidió jugar una última carta.

—¿Qué te parece quinientos mil pesos? —dijo él.

Claudia lo miró profundamente, tratando de escudriñar en sus ojos azules.

—¿Quinientos mil pesos por ayudarte a conseguir la presidencia de tu empresa? ¿No te parece poco?

—¿Cuánto quieres?

—¿Qué tal tres millones?

Marco miró a Alma; en realidad no esperaba aquello. Él podía pagarle esa cifra sin ningún problema, pero no estaba preparado para que Claudia atacara de ese modo.

Alma se encogió de hombros, un tanto avergonzada.

—Muy bien, serán tres millones. Pero entiéndelo, será un pago único.

Claudia esperaba que su supuesta ambición lo desanimara, pero tampoco quería parecer una arpía, así que replicó:

—Te aseguré que no te pediré un solo centavo más.

—Eso espero. Tengo que irme, envía el número de cuenta a Alma para que ella misma haga la transacción mañana. Creo que es conveniente dejarnos ver en público lo más pronto posible, así que esta noche pasaré por ti para que vayamos a cenar. Te veré en unas horas —Y salió precipitadamente sin darle tiempo a Claudia de replicar nada.

El rostro de la pelirroja era un poema; todavía no entendía lo que acababa de pasar. ¿Iba a casarse? Sí, iba a casarse con un hombre que, aunque físicamente muy atractivo, le resultaba desagradable como persona, e iba a hacerlo por dinero. No podía creerlo. De pronto se sintió sucia. Además, la forma tan arrogante como él le había dicho que pasaría por ella en la noche, sin siquiera pedirle su opinión, le resultaba de lo más chocante.

—¿Qué es lo que acabo de hacer? —dijo para sí misma.

—Exactamente eso es lo que yo me pregunto: ¿qué es lo que acabas de hacer? —replicó Alma, molesta.

Claudia la miró extrañada.

—¿A qué te refieres?

—¿Tres millones? ¿En qué estabas pensando? Eso es mucho más de lo que te ofreció.

—¿Y por qué te molesta tanto? Yo solamente negocié; él necesita mi ayuda, yo necesito el dinero...

—Claudia, yo le dije a Marco que eres de fiar, y que no le pedirías más dinero, le dije que respondo por tu integridad. ¡Por eso aceptó proponerte esto a ti!

Claudia no atinaba a explicar su desconcierto.

—Yo creí que si le pedía una cantidad mucho mayor a lo que estaba ofreciendo se arrepentiría del trato y diría que no, esa era mi intención. ¡Nunca esperé que aceptara la cantidad que propuse!

—Pues ya ves que sí aceptó. Solo espero que tu promesa de no pedirle un solo centavo más sirva para que él considere que eres honesta, y que no se va a arrepentir. Además, si no querías participar en esto, ¿por qué aceptaste? Pudiste haberte negado en redondo.

—¡No sé qué fue lo que pasó! —exclamó con voz chillona—. Pero aún puedo negarme. Es más, creo que deberías ser tú quien se case con él —declaró Claudia, entre molesta y divertida.

—¿Estás loca? ¡Alex me mataría! Yo no podría hacerle eso.

Claudia se levantó, dispuesta a marcharse. Apenas miró a su amiga cuando dijo, antes de despedirse:

—Ya lo sé, era una broma. Solo espero que no sea yo quien se arrepienta de esto. Y te juro que ya estoy empezando a hacerlo. Te veré luego.

CAPITULO 2

Por la noche, mientras se arreglaba para salir con Marco, empezó a sentirse invadida por los nervios.

El timbre del teléfono la sobresaltó.

—Hija, soy yo. ¿Cómo estás? —En cualquier otra ocasión, la voz de su padre habría sido muy bien recibida, pero en ese momento se sintió mezquina por lo que estaba haciendo.

—Estoy bien, papá, gracias. Con algo de prisa.

—¿Por qué? ¿Vas a salir?

—Sí, voy a salir... con un amigo —Iba a agregar «nada serio», pero recordó que eso sería una gran mentira. Una mentira más.

Su padre leyó entre líneas que realmente no quería entrar en detalles, así que se despidió.

—Está bien, hija, no te quito el tiempo. Mañana te llamo. Solo quería saludarte y saber que estás bien.

—Gracias, papá.

—Que te diviertas —Y colgó.

Por alguna razón la llamada de su padre la hizo sentir más angustiada; no le gustaba mentirle, pues sabía que ni siquiera a él podría revelarle la naturaleza de su relación con Marco. En ese momento estaba totalmente arrepentida de haber aceptado su propuesta, pero ya era muy tarde.

En ese instante tocaron a la puerta. Sabía que era Marco. Abrió tratando de aparentar calma, pero la apariencia de Marco lo hacía aún más difícil: lucía extraordinariamente atractivo.

—Buenas noches —saludó él, sin poder evitar mirarla de pies a cabeza y contener la respiración al comprobar que se veía espectacular—. ¿Estás lista?

—Sí, vámonos —dijo ella, tomando precipitadamente su bolso del sofá.

Cuando él le abrió la puerta para que subiera al auto se sintió totalmente extraña, ajena a sí misma, como si fuera otra persona que estuviera observando la escena desde lejos.

El trayecto rumbo al restaurante fue de lo más tenso, ya que ninguno de los dos sabía cómo romper el hielo.

Al entrar al lugar Claudia se sintió más cohibida que nunca, pero trató de aparentar seguridad. Un mesero los condujo solícitamente hacia la mesa que Marco había reservado, en uno de los rincones más privados del restaurante.

Ordenaron vino y mientras observaban la carta Marco preguntó, para tratar de aligerar la tensión:

—Alma me comentó que estás pasando por una situación complicada.

Ella lo miró por sobre el menú y decidió ser totalmente sincera, no tenía por qué ocultarle nada, a fin de cuentas, sabía que Alma era una buena amiga de Marco y confiaba en él, tanto como para contarle algunas cosas importantes sobre ella.

—Sí, la florería no va nada bien. Perdimos algunos proveedores y hemos estado teniendo problemas para surtir muchos pedidos, así que también hemos perdido algunos clientes importantes, y en este momento el negocio está realmente en peligro.

—Tu papá debe estar muy preocupado.

—Bueno, más que preocupado, está triste. Ha tenido la florería por casi 25 años, y en verdad no quiere perderla.

Los ojos de Marco cuestionaban «¿Y tú?», así que ella agregó rápidamente:

—Y la verdad es que yo tampoco. Aunque trato de convencerme a mí misma de que las crisis son tiempo de oportunidades. Tal vez si cerramos la florería definitivamente, yo podré hacer otras cosas. Aunque aún no sé cuáles —agregó rápidamente.

En ese momento el mesero llegó para preguntar si estaban listos para ordenar. Claudia pidió un salmón a las finas hierbas, mientras que Marco

pidió el cordero en salsa de arándanos con vino blanco.

Cuando el mesero se fue, Marco la miró sin decidirse a hacerle la pregunta que le rondaba por la mente. Sabía que no le simpatizaba a Claudia y no quería ser indiscreto. Ella se dio cuenta y preguntó si quería decirle algo:

—Bueno, no quiero que pienses que soy indiscreto o suspicaz, y créeme, mi intención es la mejor...

—Dime.

—Con... —Buscaba la manera de exponer su punto sin herir la susceptibilidad de Claudia— con el apoyo que vas a recibir de mi parte, ¿es posible que salves el negocio de tu papá?

Al ver la dificultad con que Marco expresó su idea, Claudia comprendió y se sintió complacida con su discreción.

—Es muy posible que sí —dijo decidida, sin levantar la vista del menú para tratar de restar importancia al asunto.

Ambos estaban un poco más relajados cuando les trajeron el vino, y al llegar la cena ya se sentían más confiados. A pesar de todo, Claudia ya no se sentía tan incómoda. Sin embargo, un pequeño incidente la regresó a la realidad poco después.

Estaban ambos muy concentrados hablando de la situación económica del país cuando una mujer en un ajustado vestido negro, que dejaba muy poco a la imaginación, se acercó a su mesa. Con desbordante entusiasmo saludó a Marco:

—¡Pero mira nada más a quién tenemos aquí! —Y se agachó para darle a Marco un significativo beso, que él, hábilmente, logró que cayera en su mejilla.

La mujer captó el mensaje y dirigió su mirada hacia Claudia, a quien observó descaradamente.

—Veo que vienes muy bien acompañado, querido —dijo en un tono notablemente irónico.

Marco, tratando de ocultar su incomodidad, dijo:

—Así es, vengo muy bien acompañado. Martha, te presento a Claudia; amor —dijo dirigiéndose a su acompañante—, te presento a Martha, una vieja amiga.

«Sí, claro, una vieja amiga» pensó Claudia con gran desazón, pero no dejó de notar la mueca de disgusto que por un segundo pasó por el rostro de la mujer cuando escuchó que Marco la llamó *amor*.

—Hola, mucho gusto —dijo la mujer, sonriendo fingidamente y contoneándose de forma exagerada.

—El gusto es mío —dijo Claudia con una gran sonrisa y tratando de parecer lo más sincera posible.

—Bueno, —dijo Martha, después de unos segundos de incómodo silencio—, ya tengo que irme, me están esperando —Y mirando a Marco con gran intensidad agregó—: Me ha dado mucho gusto verte, corazón, espero que pronto nos veamos nuevamente, hace mucho que no me llamas.

Y se retiró, moviendo las caderas con la intención de que todos la miraran.

Claudia no pudo evitar sonreír con ironía cuando la mujer se marchó, provocando la incomodidad de Marco, la cual aumentó cuando ella señaló, sarcástica:

—Tienes unas *amigas* muy llamativas.

Él prefirió guardar silencio y trató de terminar su cena con tranquilidad.

—¿Sabes? —Claudia lo sacó de sus pensamientos repentinamente—: Esto va a sonar realmente muy extraño, y créeme que en verdad no me interesan tus razones, pero llama mi atención el que no me hayas presentado como tu prometida, o por lo menos como tu novia. ¿No quieres salir del «mercado»? —agregó con una sonrisa que demostraba claramente cuánto le divertía mortificarlo de ese modo.

Él se irguió en su silla, incómodo.

—Aunque tengo el tiempo en contra, creo que debemos guardar un bajo perfil.

—Bueno, tú lo has dicho, Marco: tienes el tiempo en contra. Discúlpame,

tengo que ir al tocador —Y se levantó.

En el sanitario se encontró con Martha, quien se arreglaba el cabello frente al gran espejo que estaba sobre los lavamanos.

Claudia sacó de su bolso un estuche de maquillaje y se dio un ligero retoque. Se dio cuenta de que mientras lo hacía, Martha no le quitaba la vista de encima. Cuando ya iba a salir, la mujer le dijo:

—Si yo fuera tú no me haría demasiadas ilusiones, querida; para Marco las mujeres no somos más que juguetes que pasan de moda muy rápido. Te aconsejo que no le tomes mucho afecto —Y se fue antes de que Claudia pudiera replicar.

Aunque Martha trató de herirla con su tono irónico, Claudia pudo percatarse de que había gran amargura en sus palabras.

«¿A cuántas mujeres como ella habrá decepcionado Marco con su actitud de donjuán?» se preguntó.

Volvió a la mesa sintiéndose molesta y reafirmando sus primeras impresiones acerca de Marco: no era más que un *playboy*, sin respeto alguno por los sentimientos de las mujeres.

El resto de la cena lo pasaron prácticamente en silencio, mientras Marco maldecía internamente su mala suerte, a pesar de no tener idea sobre el encuentro de las dos damas en el baño.

Perdidos en sus pensamientos, ninguno de los dos se dio cuenta de que en la parte principal del restaurante se encontraba la famosa Cristina Betancourt celebrando su cumpleaños con una gran cantidad de amigos de los altos círculos sociales de la ciudad. Cuando iban a abandonar el lugar, Cristina vio a Marco y se apresuró a abrazarlo.

—Marco, querido, qué gusto verte, no pude localizarte para invitarte a mi pequeña fiesta, pero es un placer encontrarte.

—Sí, he estado algo ocupado, pero qué bueno vernos. Felicidades —respondió Marco, dándole un abrazo que a Claudia le pareció sumamente hipócrita. En definitiva, sentía que no le gustaba el círculo en que Marco se desenvolvía.

—¿No nos presentas, cariño? —dijo Cristina mirando a Claudia, que esperaba impaciente.

—Claro. Claudia, te presento a Cristina Betancourt, una buena amiga. Cristina, ella es Claudia, mi novia —dijo con gran seriedad.

—¿Tu novia?! ¿De verdad? —Y tomó a Claudia de ambas manos para poder mirarla y admirarla—. Pero, ¿será posible que finalmente tengas una relación formal, querido? —Y dirigiéndose a Claudia—: Porque debo decirte, querida, que en tantos años de conocer a Marco, nunca he sabido que tenga novia, sino solo *amigas*.

—Sí, tengo entendido que es un hombre muy difícil de atrapar —respondió Claudia irónicamente.

—¿Ya se iban? No, tienen que quedarse a celebrar conmigo; es más, esto merece un festejo especial —sugirió Cristina.

Y antes de que Claudia o Marco pudieran replicar, tres o cuatro fotógrafos de la sección de sociedad de algunos de los diarios más prestigiosos ya estaban soltando sus *flashes* sobre ellos, casi sin darles tiempo a posar.

Estuvieron con Cristina alrededor de veinte minutos hasta que, finalmente, pudieron escaparse, con la excusa de que ambos tenían que trabajar al día siguiente muy temprano.

Claudia se sentía agobiada y asqueada a partes iguales; todo ese ambiente de la alta sociedad y su hipocresía la molestaban sobremanera. No podía dejar de pensar en Martha, «una vieja amiga», y en Cristina, «una buena amiga» de Marco. ¿Ellas eran el tipo de personas que él frecuentaba?

Marco, por su parte, se sentía juzgado por Claudia y al mismo tiempo experimentaba algo de vergüenza por la vida disipada que hasta entonces había llevado y de cuya superficialidad no se había percatado hasta ahora, cuando la veía a través de los ojos acusadores de Claudia.

Al llegar al edificio donde se encontraba el departamento de Claudia, Marco bajó del auto para abrirla la puerta. Cuando ella bajó, él dijo:

—Mañana estaré muy ocupado casi todo el día, pero podríamos ir a comer —Sonaba tímido, como un colegial buscando su primera cita.

—Yo tendré muchas cosas que hacer mañana en la florería, así que creo que no podremos vernos.

Él dudó.

—Podría pasar por ti cuando salga de la oficina, tal vez podríamos ir a tomar una copa a algún lugar tranquilo.

Ella desvió la mirada. Le hubiera gustado decirle que el trato no iba a funcionar, que le resultaba muy difícil fingir que él le interesaba de una manera romántica cuando en realidad sentía desprecio por su manera de vivir.

—¿No crees que con la aparición que hicimos esta noche sea suficiente?

Marco lanzó un profundo suspiro.

—Sé que esta noche resultó sumamente incómoda, para ambos, y precisamente por eso creo que debemos intentarlo nuevamente. Podríamos ir a un lugar tranquilo donde podamos charlar con calma, sin presiones.

Ella suspiró a su vez. Él le dio unos segundos.

—¿Entonces paso por ti mañana, como a las siete?

—Claro —Y se dirigió a la entrada del edificio sin siquiera darle las buenas noches.

«Esta chica es un hueso duro de roer» pensó Marco, mientras la miraba alejarse. Muy diferente a las que hasta entonces había conocido.

CAPITULO 3

Claudia se dejó caer en el sofá tan pronto entró al departamento; estaba más decepcionada que cansada, aunque en realidad ya esperaba algo parecido a lo que había ocurrido. Su opinión acerca de Marco siempre había sido la misma, y creía casi imposible que cambiara.

El repentino timbre del teléfono la sacó de sus cavilaciones. Era Alma.

—¿Y bien? ¿Cómo les fue?

A Claudia le resultó cómico el tono de su amiga, como si se hubiera tratado de una verdadera cita romántica.

Le contó de su encuentro con Martha y luego con Cristina, y dejó en claro que Marco, en realidad, no le agradaba nada.

—Tendré que hacer un gran sacrificio si debo continuar con esto —dijo con un gran suspiro.

—Pues debes continuar con esto, porque ya hiciste un trato, y está de por medio mi credibilidad con Marco. Mira —dijo cambiando de tono—, él es un hombre guapo y simpático, puede llegar a agradarte, aunque sea un poquito. Dale una oportunidad.

—Sé que tengo que hacerlo, Alma, pero sinceramente me resulta muy difícil.

Alma sabía muy bien que Marco nunca había sido del agrado de Claudia; no porque él fuera una persona desagradable, no; Marco era encantador, muy simpático y de conversación fácil sobre cualquier tema, era culto, tenía unos modales exquisitos y cuando se trataba de divertirse, era todo un experto. A Claudia en realidad le desagradaba porque lo consideraba un hombre frívolo, pensaba que había nacido en medio de la opulencia y que nunca había tenido que luchar para conseguir algo en la vida, porque todo le había sido dado por gracia de su linaje. Imaginaba que Marco solo tenía que levantar una ceja o mover un dedo y sus órdenes se cumplían *ipso facto*.

Ella, en cambio, al igual que sus hermanos, había tenido que trabajar desde muy joven para apoyar la economía de su hogar, pues los ingresos de la florería no eran suficientes para cubrir todas las necesidades de la familia, y sentía que merecía con creces cada pequeña cosa que podía adquirir, porque había trabajado duro para ello.

Colgaron poco después tras hablar de cosas intrascendentes, y Claudia se fue a la cama sin poder dejar de pensar en las condiciones en que viviría con Marco cuando se casaran.

Al día siguiente, en la florería, había tantas cosas que hacer que se olvidó por completo de Marco. En ese momento su principal ocupación era buscar la manera de surtir nuevos pedidos sin tener que molestar a los proveedores de siempre, con quienes la deuda ya ascendía a una suma bastante considerable, y a pesar de que había tomado en cuenta varias opciones no había encontrado ninguna que realmente la dejara satisfecha.

Estaba tan ocupada pensando en todos sus problemas financieros que el día pasó muy rápidamente y no recordó su cita con Marco. Él llegó puntual, a las siete.

La sorprendió con una libreta de un lado y una calculadora por el otro.

Al verlo se quedó sumamente desconcertada, y cuando recordó que tenían que verse se llevó una mano a la frente para expresar su torpeza.

—¿Te olvidaste de nuestra cita? —preguntó él, entre divertido y preocupado.

—Sí, discúlpame —dijo ella con seriedad, mientras recogía las cosas que tenía en el mostrador y las guardaba en un cajón—. Lo olvidé por completo, pero en unos minutos estoy lista.

A él le pareció que si su intención era acicalarse un poco realmente no lo necesitaba: vestía una falda recta sobre la rodilla, muy ajustada, de color negro, y una blusa camisera formal abierta casi hasta la comisura de los senos, con cierto descuido, como si la hubiera desabotonado para tener un poco de libertad después de mucho trabajo. Él pensó que en realidad se veía muy sexi.

Ella apareció un minuto después con su bolso y el cabello rojo recogido en una coleta.

—Podemos irnos —le dijo en tono amable.

Iban a salir cuando de pronto apareció Julián en la puerta de entrada. Se quedó parado, helado, cuando vio a Claudia con ese hombre al que él no conocía.

—Creí que ya te habías ido —dijo ella con una frialdad que su acompañante notó perfectamente.

—Sí, pero regresé para ver si necesitabas ayuda para cerrar —dijo Julián, mientras miraba alternativamente a Claudia y a Marco, tratando de averiguar qué estaba pasando.

—No necesito ayuda, gracias.

Ahí estaba de nuevo, el hielo en su voz. Marco miró a Julián con mucho interés, y el segundo le devolvió la mirada con una curiosidad que apenas alcanzaba a ocultar su desazón.

—¿Van a salir? —le preguntó a Claudia, tratando de aparentar un amigable interés.

—Sí, de hecho, ya nos vamos. Adiós.

Y salieron precipitadamente. Julián se fue rápidamente. En otras circunstancias habría ayudado a Claudia a cerrar la cortina de acero de la florería, pero, de mala gana, captó el mensaje de la joven.

Marco sí la ayudó, y mientras trataban de poner los candados pudo percibir cierta ansiedad en Claudia. No pretendía ser indiscreto, pero lo mataba la curiosidad.

—¿Qué? ¿Un antiguo novio?

La reacción de Claudia no pudo ser más contradictoria.

—¿Qué? ¡No! Para nada.

Ahora era él quien quería aprovechar la oportunidad de hacerla sentir incómoda. Había captado su atención el hecho de que ella, al parecer intencionadamente, había omitido presentarlos.

—Cualquiera diría que hay algo entre ustedes dos —agregó con picardía. Ella se puso muy seria.

—No hay nada entre él y yo —aseveró, y empezó a caminar repentinamente, dejándolo unos pasos atrás.

La negativa de Claudia no lo convenció del todo, y decidió averiguar por su cuenta quién era ese tipo.

Fueron a un bar muy elegante y discreto donde Marco se esforzó en verdad por tener una conversación amigable y ser un poco más agradable a Claudia; por alguna razón quería demostrarle que él no era solamente un hombre frívolo, y que podía preocuparse por cosas realmente importantes.

A Claudia le hubiera parecido una noche bastante agradable, de no ser por la inesperada aparición de Julián en la florería.

Dos años antes Julián le había declarado su amor. En ese momento ella se sintió conmovida por su apasionada declaración, pero, llevada por la amistad que los había unido hasta entonces, le había dicho con toda sinceridad que ella no estaba enamorada de él, que le agradecía mucho el que tuviera interés en ella, pero que prefería que siguieran siendo amigos.

Él no se dio por vencido, pues, aunque no volvió a pedirle abiertamente que tuvieran una relación sentimental, no se alejaba de ella, la ayudaba todo lo que podía con la florería y la cuidaba excesivamente cuando estaba con ella.

Al principio se sintió tocada por esas demostraciones de amor, pero de pronto empezó a experimentar una sensación de acoso al ver que Julián siempre estaba ahí, acechante.

—¿Puedo preguntar qué es lo que te está molestando? —Marco interrumpió de pronto sus pensamientos con su voz suave.

Ella se sobresaltó, estaba tan embebida en sus pensamientos que se había olvidado por completo de él.

—¿Por qué piensas que algo me está molestando?

—Bueno, estás muy distraída, como si tu mente estuviera muy, pero muy

ocupada, y muy lejos de aquí.

—Estoy pensando en la florería —mintió.

—¿De verdad? —El tono de él era muy enigmático.

¿Dudaba de ella? ¡Vaya! No podía ser más arrogante. Lo peor era que no estaba equivocado.

Julián, por su parte, tampoco lo estaba pasando muy bien.

Como todavía era temprano y no tenía humor para llegar aún a su casa, se fue a la del papá de Claudia, donde encontró a Ernesto, uno de los hermanos de ella. Ellos eran buenos amigos, y como Julián buscaba desahogarse, agradeció que estuviera ahí.

—¿Qué pasó? Pensé que habías vuelto a la florería, por mi hermana.

—Sí, lo hice —respondió Julián, molesto—, pero me cambiaron los planes.

Ernesto lo cuestionó solo con la mirada.

—Oye, ¿quién es ese tipo estirado con el que está saliendo tu hermana?

Ernesto levantó la vista de la libreta que tenía frente a él.

—¿Cuál tipo? ¿Claudia está saliendo con alguien?

—¿No sabías? Pues hace un rato que fui por ella venía saliendo con un tipo que pasó a recogerla, muy elegante él, y con un carro precioso, por cierto.

Ernesto movió la cabeza, desconcertado.

—Pues a mí no me ha comentado que haya estado saliendo con alguien, aunque anoche mi papá le llamó por teléfono y Claudia le dijo que tenía que colgar, porque iba a salir con un amigo.

—Debe de ser el mismo —dijo Julián, muy enojado.

A Ernesto le divertía ver a Julián tan molesto; eran amigos desde hacía

mucho tiempo, y sabía que estaba muy enamorado de su hermana, pero no comprendía su enajenación, y sus celos le parecían rabetas de niño caprichoso. Él nunca había estado verdaderamente enamorado, los asuntos del corazón le parecían cursis y estaba más interesado en divertirse sin compromisos.

Sin embargo, si hubiera sabido las cosas que Julián elucubraba para mantener a Claudia alejada de cualquier proyecto de pareja, y las cosas que pudiera ser capaz de llevar a cabo para lograrlo, se habría sentido menos divertido y más preocupado.

Ya lo había hecho una vez, cuando Claudia acababa de entrar a la universidad. Se enamoró, al parecer seriamente, de uno de sus compañeros de clase, Rodrigo.

Al parecer la relación iba por muy buen camino, y Julián se alarmó. Decidió visitar a Rodrigo para convencerlo de alejarse de Claudia. Le dijo que ella era una joven inestable, muy voluble, y que no podía confiar en que su amor por él fuera verdadero, pues ella y Julián habían sostenido una tormentosa relación durante años, pero ella siempre volvía a él.

Rodrigo se negó a creer la historia de Julián, y cuando este se dio cuenta que por las buenas no obtendría lo que quería, lo amenazó.

Su tono fue tan convincente que Rodrigo empezó a temer por su seguridad, y unos días después, sin animarse a romper en definitiva su relación con Claudia, recibió una seria advertencia cuando unos amigos de Julián lo acorralaron en un callejón, y estuvieron a punto de darle una paliza, pero en ese momento pasó una patrulla de la policía y huyeron.

Rodrigo trató de ser lo más civilizado posible al poner fin a su relación con Claudia, pero la situación se volvió tan difícil que ella pidió su cambio de clase para verlo lo menos posible. Después se enteró de que fue Julián quien terminó con esa relación que para ella había sido, hasta ese momento, la más importante de su vida.

—¿Sabes qué? Vámonos a tomar unas cervezas y luego damos una vuelta. ¿Qué te parece? —le dijo Ernesto al verlo tan amargado.

—Vamos —dijo sin mucho ánimo.

Aunque Ernesto no se inmiscuía demasiado en los asuntos de su hermana, al día siguiente, durante el desayuno, le preguntó a su padre si sabía que Claudia tuviera novio.

—¿Novio? Pues, no sé, ella no me ha comentado nada, pero ya sabes cómo es tu hermana, tan independiente. ¿Por qué?

—Porque Julián me comentó que anoche un tipo pasó por ella a la florería, y al parecer iban a salir.

Don Sergio reflexionó unos segundos.

—Pues hace dos noches también salió con alguien; un amigo, según me dijo.

—Bueno —Ernesto apuró su café—, tengo que irme al trabajo. Te veré en la noche, papá.

—Que te vaya bien, hijo.

Al igual que Ernesto, don Sergio no se inmiscuía demasiado en los asuntos de sus hijos, pero esta vez tenía curiosidad; además quería ver a su hija, a quien no había visto en varios días y, de paso, echaría un vistazo por la florería.

Cuando llegó, Claudia estaba atendiendo a unos clientes, así que tuvo que esperarla.

—¿Qué hay de nuevo por aquí? —le preguntó, cuando por fin estuvo desocupada.

—Nada —suspiró Claudia—, todo igual, poco trabajo, deudas —Se dio cuenta que tenía que aparentar cierto optimismo delante de su padre así que añadió—: Pero aquí estamos todavía, así que, creo que saldremos adelante, ya lo verás, papá.

—Sí, claro —dijo él sin mayor interés.

—¿Y contigo? ¿Qué hay de nuevo?

—Nada en realidad, hija. Soy un hombre viejo, así que no tengo novedades, o más bien, las pocas que tengo, no resultan agradables. En fin,

¿cómo te ha ido?

—Me ha ido bien, papá, estoy trabajando en un proyecto para sacar adelante la florería.

Su padre rio suavemente.

—Deber ser difícil, hija, tomando en cuenta que el romanticismo se ha extinguido casi por completo. Los jóvenes ya no piensan en mandar flores a sus enamoradas, y los viejos se sienten, precisamente, muy viejos para hacerlo. O tal vez ya ni siquiera tienen a quién enviarle flores.

—Papá... — Claudia no quería escuchar a su papá hablar de cosas tristes.

Le había costado mucho salir de la depresión tras la muerte de su esposa, y Claudia estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para impedir que cayera nuevamente en ese estado de ánimo.

—Bien, bien, seamos optimistas. Y hablando de optimismo, dime, ¿estás saliendo con alguien?

Bien, ahí estaba, el motivo real de la visita de su padre. Seguramente Julián les había llevado las noticias.

—Pues... sí.

—¿Y se puede saber quién es? —El tono de don Sergio revelaba complicidad.

Siempre había sido un padre muy apegado a sus hijos y les había dado la confianza de contarle todo, o al menos casi todo. Aunque Claudia ya era una mujer hecha y derecha, aún la veía como su niña y, de algún modo, quería seguir siendo su confidente.

Ella lo miró, era el momento de revelarle los detalles del asunto, aunque no su verdadera naturaleza.

—Es el jefe de Alma, papá. Marco Roselli.

—¿Marco Roselli? ¿Estás saliendo con él? Bueno, no te negaré que siento extrañeza, pues tengo entendido que te caía mal.

—Pues sí, me caía mal, pensaba que era un tipo engreído — parecía no saber cómo explicarse—, pero decidí salir con él y, al parecer, está

funcionando.

—¿Está funcionando? ¿Significa que van en serio?

—Bueno, hemos estado saliendo por unos meses, y hasta ahora nos hemos entendido.

Don Sergio la observó por unos segundos.

—No pareces convencida, hija.

«Claro que no» pensó ella, sintiéndose culpable por engañar a su padre. «¿Cómo parecer convencida si todo esto es una mentira?»

Pareció concentrarse más en lo que estaba haciendo al responder:

—No, lo que pasa es que él es una persona pública, mucha gente lo conoce, y por eso hemos querido mantener esto en reserva.

—Bueno, entiendo, hasta cierto punto, pero podrías habérmelo dicho a mí. Ella lo miró, como disculpándose.

—Sí, lo sé, papá, pero no quería hacer un escándalo, no al menos hasta que estuviera más segura de la situación. Ya sabes cómo soy... y con una persona como él, bueno, es mejor ser discretos.

—Sí, lo creo, y te comprendo, hija, no pienses que te estoy reprochando nada. Pero, dime, ¿van en serio?

Guardó silencio, buscando en su mente una forma de decirle a su padre que la situación era tan seria que terminaría en matrimonio.

—Bueno... podría haber una boda muy pronto en la familia —Y sonrió, más allá de sus expectativas, con lo que su padre se mostró más que contento.

Don Sergio rio alegremente al ver la expresión de su hija.

—Vaya, vaya, mi pequeña hija podría casarse muy pronto. Espero que cuando tomen esa decisión sea yo el primero a quien se lo informen —dijo en tono de falso reproche.

Ella rio, apenada.

—Claro que sí, papá.

Y don Sergio se dirigió a la parte trasera de la florería para ver cómo marchaba todo en el negocio.

CAPITULO 4

En su oficina, Marco había estado muy ocupado atendiendo a unos socios extranjeros, y solo por la tarde, después de la comida, tuvo un respiro.

Alma aprovechó para hacerle llegar unos archivos con información de las nuevas campañas de la empresa. Como lo viera un tanto pensativo se detuvo a preguntarle si se encontraba bien.

—Sí, estoy bien, gracias. Quiero preguntarte algo.

—Sí, dime.

—Ayer que pasé por Claudia, llegó un sujeto a la florería para ver si ella necesitaba algo. Claudia se puso muy seria y lo trató con mucha frialdad ¿Sabes quién es ese tipo?

A Alma le hubiera gustado reírse y decirle que detectaba un trazo de celos en su pregunta, pero pensó que sería mejor indagar antes de ir tan lejos. Se quedó pensando unos segundos.

—Bueno, estoy prácticamente segura de que debe tratarse de Julián. Su papá era amigo del papá de Claudia, y Julián ha sido amigo de sus hermanos prácticamente toda la vida.

—¿Es amigo de ella también?

—Claudia siempre ha sido amable con él, pero lo trata más bien con frialdad, trata de mantener la distancia.

—¿Qué hace? ¿A qué se dedica?

—Es mecánico.

—¡¿Mecánico?! —exclamó Marco.

Por su expresión extrañada y divertida Alma dedujo que esperaba más, pero se apresuró a corregirlo.

—Sí, es mecánico, pero no uno cualquiera, es ingeniero automotriz; su papá tenía un taller y Julián decidió que sería muy bueno continuar con el

negocio, así que estudió ingeniería, y ahora él es el dueño del taller. Es uno muy grande, por cierto, tú debes conocerlo, especialista en vehículos electrónicos y de lujo.

Marco giró un poco en su silla.

—¿Por qué me preguntas por él?

—¿Qué relación tiene con Claudia? ¿Fueron novios? ¿Ella lo quiere?

El interés de Marco parecía más bien académico y ella se propuso darle satisfacción.

—Como te dije antes, él ha sido amigo de los hermanos de Claudia desde que eran niños, pero ella nunca ha tenido una relación estrecha con él. Prácticamente apenas lo saluda.

—¿Él está enamorado de Claudia?

Alma suspiró.

—Sí, está enamorado, enamoradísimo, diría yo. Se le declaró hace como dos años, pero ella lo rechazó amablemente. Él insistió tiempo después, pero ella siempre le ha dicho que prefiere que sean amigos. Pero yo siento que él no se da por vencido.

—Probablemente no. Me dio la impresión de que al tipo mi presencia le cayó como balde de agua helada.

—Es lo más seguro, porque, aunque no ha vuelto a pedirle a Claudia que sean novios, siempre está ahí, pegado a ella. Es más, tengo la sensación de que él se las ingenia para alejar a los pretendientes de Claudia.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué sospechas eso? —Ahora Marco estaba verdaderamente interesado.

—Pues... no sé, me parece muy posesivo. No sé qué hace, pero en cuanto se da cuenta de que alguien está interesado en Claudia, esa persona se aleja, sin razón alguna.

—¿Y por qué piensas que él tiene algo que ver con que se alejen de ella? Tal vez simplemente sus relaciones no han funcionado

—No es eso, yo creo que tal vez los amenaza, no lo sé —remató

encogiéndose de hombros, frustrada.

—Me parece una situación un tanto bizarra; yo nunca haría algo así, pero hay gente muy obsesiva.

—Así es, y yo creo que Julián es uno de ellos. En lo personal me gustaría que Claudia ya no tuviera tanto contacto con él, pero insiste en ir a la florería, y como es amigo de los hermanos de Claudia, ella tiene que verlo con bastante frecuencia.

Él asintió, pensativo.

—Bueno, si no se te ofrece nada más, me retiro. Ya casi son las cinco.

Marco la miró y chasqueó los dientes.

—¿Sabes qué? La auditoría se adelantó, será la próxima semana, y tenemos que tener todo listo antes del lunes. Quería pedirte que te quedaras hoy, para adelantar algo. De hecho, creo que va a ser necesario que te quedes toda la semana.

Alma hizo un gesto de decepción, pero ¿qué podía hacer? El trabajo es el trabajo, ella sabía que ocasionalmente tenía que trabajar horas extra; por otra parte, lo hacía de buena gana porque Marco era su amigo, y además la compensaba con creces por su trabajo.

—Está bien, no hay problema —Y se retiró.

En realidad, sí había un problema: había quedado con Álex, su novio, en ir a cenar a la casa de sus papás, y ahora tendría que cancelar de último momento. A Álex no iba a gustarle nada aquello.

Tan pronto llegó a su escritorio le marcó a su teléfono móvil.

—¿Qué tal, amor? ¿Lista para la cena con mis papás? —contestó él cuando reconoció el número.

—Amor, en realidad no podré ir. Tendremos auditoría la próxima semana y tengo que quedarme para apoyar al departamento de contabilidad, y que todo esté al corriente.

—¿Qué? ¿Y no hay alguien más que pueda hacer eso? ¡Por favor! Planeamos esto desde hace un mes.

Ella se sentía entre la espada y la pared.

—De verdad, amor, tengo que quedarme. Me apena mucho, de verdad quería cenar con tus papás, los ves tan poco. Pero te prometo que en cuanto pase la auditoría iremos a visitarlos. ¿Qué te parece?

—Sí, está bien —dijo Álex con la decepción marcada en la voz, y sin esperar más colgó.

A últimas fechas se estaba volviendo costumbre que Alma se quedara en la oficina mucho después de su horario normal; cuando no era una nueva colección, era una campaña publicitaria, la visita de unos socios, una auditoría o un viaje de Marco. Amaba a Alma, pero estaba empezando a cansarse de esta situación.

CAPITULO 5

Marco estaba tan ocupado con lo de la auditoría que esa noche se olvidó de llamar a Claudia. Ella lo agradeció enormemente porque tenía muchos deseos de descansar, tanto física como mentalmente.

En su cabeza le daba vueltas una y otra vez a lo que estaba haciendo. Se sentía culpable al engañar a su padre, y se sentía culpable de hacer lo que estaba a punto de hacer por dinero. ¿En qué clase de persona se había convertido? Sus padres siempre le habían enseñado, junto con sus hermanos, a ser personas íntegras, a no actuar nunca movidos por el simple interés en el dinero, pero, sobre todo, a tener confianza en ellos y contarles sus problemas.

Estaba tan mortificada que ni siquiera le había dado a Alma su número de cuenta para que depositara el dinero, sentía como si ese fuera dinero sucio. Se durmió pensando que tendría que encontrar la forma de que aquello no la afectara tanto, o definitivamente no podría seguir adelante con la farsa.

Cuando llegó a la florería al día siguiente, se encontró con que Julián la estaba esperando en la puerta. Verlo ahí no le hizo ninguna gracia, y estaba tan malhumorada que no tenía intenciones de ocultarlo.

Él la saludó con el mayor entusiasmo, pero ella apenas respondió entre dientes.

—¿No tienes trabajo? —le preguntó molesta—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Sí tengo trabajo, pero para eso tengo empleados que lo hagan por mí —E ignorando el tono de ella le soltó—: Vine a invitarte a desayunar.

Ella se sorprendió, pero se mantuvo fría. Estaba muy ocupada revisando unas cuentas.

—No puedo, voy a estar muy ocupada todo el día, la florería es un desastre.

El sonido de su teléfono celular la interrumpió. Respondió de mala gana.

Era Marco.

—Escucha, mi papá nos vio en el periódico, por el cumpleaños de Cristina, ¿recuerdas? Me llamó, y quiere conocerte. ¿Qué te parece si vamos esta noche a cenar a su casa?

Claudia estaba muy cansada por haber salido dos noches seguidas y además tenía muchas cosas que resolver en la florería, por lo que no estaba para cenas ni reuniones; además, no tenía ánimos para ver a Marco.

—No sé si puedo, estaré muy ocupada todo el día, tengo muchas cosas que hacer en la florería y tendré que arreglar algunos asuntos fuera.

Él no encontraba las palabras para decirle que, en cierto modo, era su deber asistir a esa cena, pero no quería sonar tan calculador. Además, ¿por qué aún tenía tantos asuntos pendientes con la florería, si ya tenía en su cuenta el dinero del acuerdo?

—Sé que estás muy ocupada, pero, de verdad, me gustaría mucho que conocieras a mi papá.

—Sí, me imagino que sí —dijo ella con no disimulada ironía.

—Veo que estás de mal humor —dijo él al fin—. Lamentó haberte molestado con esto, creo que será mejor hacerlo otro día, cuando te encuentres de mejor ánimo.

Ella recapacitó repentinamente.

—Está bien, iré, dame la dirección.

—Por supuesto que no, yo pasaré por ti. Te veré en tu departamento. ¿Te parece bien a las ocho?

No, no le parecía bien, pero no tenía más remedio.

—Te veré a las ocho —respondió secamente.

Mientras hablaba, Julián no había perdido una palabra, y aunque prácticamente no había podido escuchar a Marco, estaba seguro de que era él.

—No tienes tiempo para desayunar conmigo, pero sí para cenar con tu nuevo amigo.

El reproche no le sentó nada bien a Claudia, y supuso que tal vez era el

momento de ser más drástica con Julián.

—Sí, así es —respondió, sin levantar la vista de lo que estaba haciendo.

—¿Y se puede saber quién es el tipo? —El tono de Julián era autoritario.

Ella levantó la mirada, evidentemente molesta por los cuestionamientos de su admirador, y se dispuso a dar satisfacción a su curiosidad, además de buscar, de una vez por todas, terminar con sus intenciones para con ella.

—Sí, se llama Marco, es mi novio y, de hecho, nos vamos a casar.

Él se quedó de una pieza ante las palabras de la joven. Hubiera esperado casi cualquier cosa, incluso que le dijera que estaba loca por él, pero no que ya estuvieran a un paso del altar.

—¿Te vas a casar con él? —Logró decir al fin.

—Me voy a casar con él; hemos estado saliendo durante varios meses, nos entendemos y hemos decidido que el matrimonio es un paso natural en nuestra relación.

—¿Ya están comprometidos? —Él no acababa de salir de su asombro.

—No lo hemos hecho público, pero sí, ya estamos comprometidos. Es un hecho.

A pesar de que se consideraba una buena persona y no le gustaba herir a los demás, Claudia estaba disfrutando aquello. No por comprobar que Julián estaba tan enamorado de ella como siempre, sino porque, finalmente, estaba poniendo la distancia debida entre ellos. Debía reconocer que el interés obsesivo del joven por ella la asustaba.

Él la miraba sin pestañear, con sus ojos color miel fijos en ella.

—¿Lo quieres? ¿Estás enamorada de él?

—¿Crees que me casaría con él sin quererlo? —Intentó sonar lo más convincente posible.

Julián no respondió. Solo la miraba fijamente, tratando de asimilar todo lo que ella le estaba diciendo, pero le costaba mucho trabajo. No podía creer que Claudia estuviera a punto de casarse. En ese momento no lo pensó con claridad, pero supo que tendría que hacer algo para impedirlo.

Con voz temblorosa logró decir, antes de salir de la florería:

—Bien, pues te deseo toda la felicidad del mundo.

—Gracias —respondió ella con frialdad.

Cuando él se marchó tuvo la sensación de haber obtenido una pequeña victoria: esperaba por fin haberse librado de Julián.

Este se dirigió a la casa de don Sergio, donde se encontró con Óscar, otro hermano de Claudia, y su novia, Cintia. Ella parecía muy emocionada mientras ojeaba el periódico.

—Buenos días —Los saludó sin ánimo.

—Hola, buenos días, Julián. ¿Gustas desayunar? —ofreció Óscar.

Cintia ni siquiera respondió al saludo, tan absorta estaba en la lectura.

—¿Qué es tan interesante? —le preguntó Julián a Óscar, refiriéndose al periódico.

—Cintia está muy emocionada porque ayer mi hermana salió en el periódico, en la sección de sociales, junto a una chica de la alta sociedad, una tal Cristina no sé qué.

—¿Y eso qué tiene de emocionante?

—Nada, pero mi querida novia casi me destruye los oídos con el grito que dio cuando leyó que Claudia estaba acompañada de un tipo que supuestamente es su novio.

—¡Déjame ver! —Y le arrebató el diario a Cintia, sin darle tiempo a reaccionar.

—¡Uy, qué modales! —dijo aquélla, molesta.

Julián leyó con avidez; sí, efectivamente, Claudia aparecía en la foto con una mujer llamada Cristina y con el tal Marco, y en la foto decía que eran novios.

—Marco Roselli, Marco Roselli, ¿de dónde conozco yo ese nombre? —dijo para sí.

—¿Marco Roselli? ¿No se llama así el jefe de Alma, la amiga de Claudia?

Julián asintió. Se quedó mirando la foto unos instantes. Así que la relación

de Claudia con ese sujeto ya era tan formal que hasta salía publicada su fotografía en el periódico. No lo entendía, en alguna ocasión le había escuchado decir que el tipo era un pesado, que se aprovechaba de su situación económica y que utilizaba a las mujeres como objetos. Bueno, dicen que del odio al amor hay un paso, pero Claudia no era el tipo de mujer que congeniaría con un tipo como Marco.

—Y no solo *supuestamente* es su novio: van a casarse.

—¿Qué? —exclamaron al unísono Cintia y Óscar.

—La misma Claudia me lo dijo hace un rato —reveló Julián, tratando de aparentar indiferencia.

—No lo puedo creer. Pero ¿por qué a nosotros no nos ha dicho nada? ¿Ya lo sabrá mi papá?

—No lo sé, pero te voy a decir que a mí me parece muy raro que, de repente, empieza a salir con el tipo, y ahora resulta que ya se van a casar.

—Pues, sí, es raro —admitió Óscar.

—Bueno —intervino Cintia—, tal vez Claudia quería ver primero cómo evolucionaba la relación antes de decirle nada a nadie, precisamente para evitar comentarios.

En ese momento llegó Ernesto y lo sorprendieron al darle la noticia que Julián acababa de comunicarles.

CAPITULO 6

Claudia estaba tratando de encontrar la forma de surtir un pedido grande que le acababa de llegar, cuando sonó el teléfono. Era Alma. Sonaba triste.

—¿Qué te pasa, Alma?

—Álex se molestó porque ayer tuve que quedarme hasta tarde en la oficina, y teníamos que ir a cenar con sus papás —De pronto empezó a llorar—. ¡Ay, Claudia, no sé qué hacer! No quiero perder mi trabajo, lo necesito y además me gusta, me da muchas ventajas, pero últimamente he tenido que dejar plantado a Álex, e incluso dejar de verlo durante varios días, por cuestiones de trabajo, y creo que él por fin se está cansando.

—¡Alma, no! ¿Por qué dices eso?

—He estado llamándolo a su celular toda la mañana y no me contesta.

—Bueno, tal vez está ocupado, en alguna junta...

—¡No! Yo lo conozco. Sé que está tan enojado que ni siquiera quiere hablar conmigo. ¡Ay, amiga! ¿Qué puedo hacer?

—¿Por qué no hablas con Marco? No sé, tal vez haya una manera de que, en vez de quedarte, te lleves trabajo a tu casa y lo hagas durante la noche, o que hagas las cosas desde tu teléfono o tu computadora, para eso se supone que la tecnología ha avanzado tanto, para facilitarnos la vida.

Alma se limpió sonoramente la nariz.

—Pues no sé, tendré que pensar en algo, porque la situación con Álex se está poniendo muy tensa.

—Habla con Marco, ¿no se supone que es tan amigo tuyo?

—Pues sí, tienes razón, tendré que hablar con él. Oye, —Cambió de tema repentinamente—, no me has dado tu número de cuenta, para depositarte.

—¡El dinero! Ni si siquiera me acordaba de eso.

—¿Cómo que no te acordabas?

—He estado pensando en tantas cosas que no recordaba el asunto del dinero. Oye, pero ¿no crees que se verá sospechoso que de pronto tenga yo tanto dinero en mi cuenta?

—Puede ser, pero, si te sirve de consuelo, no haré la transacción de una vez, sino en diversos depósitos y, de hecho, si tienes más de una cuenta estará mejor. Además, primero transferiré el dinero a otras cuentas, para dificultar el rastro.

—No me cabe duda de que eres muy inteligente.

—Claro, por eso mi jefe me ama.

—Sí, creo que más bien debías haber sido tú la que se comprometiera con él.

—Sí —replicó tristemente—, si no estuviera enamorada como loca de Álex.

Se despidieron poco después, no sin que Claudia tratara por todos los medios de consolar a su amiga; ambas tenían muchas cosas que hacer, tantas, que cuando sus hermanos llamaron a Claudia para que ella misma les confirmara la noticia de su boda, no tuvo tiempo, ni deseos, de atenderlos.

La tarde cayó muy rápido y se dio cuenta con desesperación de que ya tenía solo el tiempo justo para ir a arreglarse para la cena con el papá de Marco. En realidad, conocer al señor Roselli le daba igual, dada la situación.

Sin embargo, se puso su mejor vestido de coctel, se maquilló para la ocasión, de forma más bien discreta, y se dispuso a esperar a Marco, que ya no tardaría en llegar.

Nuevamente lo sorprendió el aspecto de Claudia. Cada vez se convencía más de que era una mujer muy hermosa y, sobre todo, sexi. Él tampoco lucía nada mal, pero Claudia supo disimular muy bien el efecto que su apariencia y su perfume estaban empezando a provocar en su ánimo.

Llegaron rápidamente a la mansión de la familia Roselli, un enorme caserón de los años cincuenta remodelado con gran gusto y modernidad.

A Claudia le encantó la extensa iluminación que hacía del jardín un lugar

idílico.

Ya dentro de la casa, ella pudo admirar a su gusto el lujo y esplendor de que viven rodeadas ciertas personas a los que muchos consideran muy afortunadas. Y pensar que ella se sentía rica con su modesto departamento.

—¿Gustas tomar algo antes de la cena? —le preguntó Marco, quien no podía disimular cierto nerviosismo por la importancia que entrañaba la reunión.

—No, estoy bien así —dijo Claudia, extrañamente calmada y segura.

Una mujer de aspecto sobrio pero elegante apareció de repente.

—Hijo, ¿por qué no me avisaste que ya habían llegado?

«¿Será acaso su madre? ¡Qué raro, Alma dijo que murió hace años!» pensó Claudia al ver la familiaridad con que se trataban.

—Acabamos de llegar, de hecho. Mira, Hilda, te presento a mi novia, Claudia. Claudia, ella es Hilda, el ama de llaves y, en términos prácticos, la señora de esta casa — dijo en tono risueño.

Hilda le dio un cariñoso manotazo en el hombro y luego se dirigió a Claudia. Le dio un beso en la mejilla y luego la tomó de ambas manos para inspeccionarla a su gusto.

—Me da mucho gusto conocerte, Claudia, y espero que tú puedas hacer que finalmente este jovencito siente cabeza.

Marco se ruborizó, pero no dijo nada. Claudia lo miró y se rio.

—Ya lo veremos —dijo, evidentemente divertida, cosa que la sorprendió.

—Pasen al comedor. Don Héctor ya los está esperando.

Ella misma los guio al comedor.

—La cena les va a encantar, estoy segura.

—Es usted muy amable —dijo Claudia, más relajada.

Llegaron al comedor, donde ya los esperaba don Héctor, de pie frente a un ventanal enorme que daba a un jardín, cuyas enormes dimensiones no se apreciaban debido a la oscuridad.

Al percatarse de la presencia de los recién llegados se volvió, saludó a su

hijo con un cariñoso abrazo y luego dirigió su mirada a Claudia.

—Bien, bien, así que usted es la famosa Claudia. Me da mucho gusto conocerla, señorita —le dijo con una afabilidad que ella no esperaba, pero que le agradó de inmediato.

—Pero pasen, pasen, por favor, tomen asiento, siéntanse cómodos y disfruten la cena.

Marco se apresuró a acomodar la silla de Claudia y esta se sintió como una dama muy importante: nunca había sido atendida con tanta solicitud en su vida, y le agradaba. De hecho, siempre había sido ella quien había tenido que atender a su padre y a sus hermanos desde que su madre murió, y sentía que ya era hora de que alguien la consintiera a ella.

—Me dice Marco que tienes una florería —inició don Héctor la conversación.

—Sí, así es, aunque no es mía, es de mi papá, pero yo la atiendo desde hace casi dos años, debido a algunos problemas de salud que le han impedido estar al frente del negocio.

—¿Y qué tal es una florería como negocio? ¿Todavía es rentable? Lo pregunto porque los jóvenes de hoy no son nada románticos.

—Si se administra bien y se le da una buena publicidad, sí puede ser un negocio que le permita a uno vivir decorosamente. En mi caso, la florería atraviesa por problemas debido a que, cuando mi papá enfermó, mis hermanos no pudieron hacerse cargo, y empezaron a acumularse las deudas con los proveedores y se perdieron clientes por falta de respuesta a los pedidos. Yo tuve que dejar mi empleo para poder sacarla adelante, pero todavía no he podido encarrilarla nuevamente.

Continuaron charlando animadamente, mientras Marco intervenía de forma intermitente, y los observaba conversar como si fueran viejos amigos.

Cuando estaban por terminar el postre, don Héctor no pudo resistir entrar en materia en el asunto que tanto le interesaba.

—Y bien, ¿cómo es que ustedes dos empezaron a salir juntos? Sé que Alma es tu amiga, pero esto me resultó sorprendente.

—Pues... le parecerá extraño, pero al principio ni Marco ni yo nos sentíamos interesados el uno en el otro. Fue Alma quien nos convenció de empezar a salir y de pronto nos encontramos con que ya lo hacíamos con más formalidad y... aquí estamos.

Marco estaba sumamente nervioso, pero trataba de no aparentarlo, y le sorprendió el aplomo con que Claudia respondía a los cuestionamientos de su padre.

—Supongo que no debe de haber tenido muchos problemas para conquistarte, este muchacho me resultó todo un galán.

—En realidad, papá, Claudia no es una mujer a la que se pueda convencer fácilmente.

Ahora la sorprendida fue ella. Al decir aquello Marco la miraba de forma significativa.

—De hecho, todavía no estoy convencida. Pero no negaré que su hijo se esfuerza.

El señor se arrellanó en su silla y buscó observarla mejor. Esta chica le estaba resultando muy interesante: no se parecía a las chicas superficiales con que su hijo acostumbraba a salir.

—Y, ¿qué tan seria es su relación?

Claudia y Marco se miraron uno al otro y cambiaron de color. A pesar de todo no esperaban una pregunta tan directa.

Al ver que la joven se ruborizó, don Héctor sonrió.

—Pues... no le voy a ocultar que en este momento nuestra relación parece ser bastante seria. De hecho —titubeó—, Marco me propuso matrimonio —reveló mientras miraba a este último.

Don Héctor disimuló la mezcla de asombro y satisfacción que sentía.

—¿Ah, sí? —hizo una pausa—. ¿Y bien?

Claudia parecía un gato acorralado, pues, aunque en su mente había ensayado muchas veces la escena en que tuviera que hacer el anuncio de su matrimonio ante alguna de las personas importantes en su vida, nada la había

preparado para la realidad.

—Yo... lo estoy pensando todavía...

Don Héctor la miraba, expectante y complacido, al igual que Marco, que estaba pálido como una hoja de papel. Ella miró fijamente al señor al concluir la frase:

—Pero creo que diré que sí.

Marco se llevó las manos al pelo, aliviado, y sonrió, casi feliz. Su padre soltó una carcajada, tomó su copa de vino y, levantándola, les dijo:

—Bueno, supongo que seré el primero en felicitarlos. Un brindis por los novios.

Tanto Claudia como Marco necesitaban urgentemente una copa, así que la apuraron con avidez, y don Héctor continuó hablando de la felicidad que sentía por esa buena noticia.

Hilda, que había escuchado parte de la conversación, no pudo resistirse y también felicitó a los novios. Dieron por terminada la cena cuando ya era bastante tarde, y al despedir a Claudia, don Héctor le dijo:

—Presiento que serás una gran esposa para mi hijo. Por cierto, no veo un anillo en ese dedo, creo que tendrás que visitar una joyería en estos días, muchacho, y comprar un buen solitario, digno de esta jovencita —agregó, dirigiéndose a Marco.

Este sonrió y Claudia y él salieron.

Cuando iban en el auto rumbo al departamento de Claudia, se hundieron en el silencio, cada uno con sus pensamientos como principal acompañante. No podían evitar sentirse tensos después del anuncio que acababan de hacer.

—Creo que todo salió muy bien —dijo Marco, al fin—. Le caíste muy bien a mi papá, no recibe así a cualquier persona.

— Sí, se ve que tu papá es un hombre extraordinario —señaló Claudia, un tanto pensativa.

—¿Qué ocurre?

—No me gusta engañar a todos así. Es triste pensar que, al final, los

decepcionaremos a todos.

Marco no dijo nada. Por primera vez en su vida se sentía miserable. Claudia tenía razón: no era justo engañar así a sus seres queridos. Pero el dominio de los Roselli en la empresa familiar estaba en juego, y él tenía que hacer algo para preservarlo.

Continuaron el resto del camino en silencio, y cuando ella iba a entrar a su departamento Marco le dijo, mirándola a los ojos:

—Te prometo que cuando llegue el momento haré todo lo que esté en mis manos para que las cosas sean lo menos dolorosas posible, para todos.

Y se marchó antes de que Claudia pudiera decir nada. Aquello la sorprendió, pues no esperaba una muestra así de sensibilidad por parte de él. Tal vez no era tan malo como ella pensaba.

CAPITULO 7

Claudia entró en su departamento, todavía atribulada por todas las cosas que habían pasado esa noche. Sentía la urgente necesidad de hablar con alguien, de desahogarse, pero al mismo tiempo deseaba estar con ella misma y sus pensamientos, y tratar de aclararlos. ¿Por qué de pronto el decirse prometida de Marco le estaba resultando tan difícil? ¿Cómo haría para lidiar con la culpa que sentía por engañar a todos? Después de todo, tanto Marco como ella tenían sus razones, y muy buenas, según cada uno, para hacer lo que estaban haciendo, pero estaba teniendo muchos problemas para conciliarlas con su conciencia.

El sueño la venció antes de que pudiera encontrar respuestas.

A la mañana siguiente decidió que era inútil postergar el anuncio de su matrimonio a su familia. Apenas si desayunó un poco de cereal, se dirigió a la casa de su padre. Lo encontró desayunando tranquilamente mientras leía el periódico, siempre con su calma habitual. Y, sin embargo, ella sentía un nudo en la garganta.

Su padre le ofreció café y ella aceptó, atribulada. Dio unos sorbos a la taza mientras observaba a su papá, que leía atentamente el periódico.

—Papá —se decidió por fin—, tengo que decirte algo.

La seriedad en la voz de su hija lo inquietó.

—¿Qué pasa, hija?

Ella lo miró muy seria, mientras daba vueltas a su taza de café de forma nerviosa.

—Me voy a casar.

Su padre tardó varios segundos para reaccionar. Dejó el periódico en la mesa con gran tranquilidad y la miró.

— ¿Te vas a casar? ¿Con Marco?

A pesar de que la expresión de su padre era de suma serenidad, Claudia no

pudo evitar sentir que la taladraba con la mirada. Respiró hondo. Su padre era el mejor del mundo, y sin embargo ella se sentía terriblemente mal, como si la reacción de su padre fuera a ser de ira.

—Sí, con Marco.

Claudia sintió unas ganas horribles de llorar; se suponía que ese momento tendría que ser uno de los más felices de su vida. En ese momento se dio cuenta de que no podía engañar a su padre.

—Llevamos muy poco tiempo saliendo juntos, papá. ¿Estás solo? ¿Hay alguien más en la casa?

La pregunta lo tomó por sorpresa, pero, bueno, tenía que reconocer que su hija estaba actuando un poco raro últimamente.

—Estoy solo, hija, tus hermanos se fueron muy temprano a trabajar.

Entonces se decidió y le contó todo: la idea de Alma, la propuesta de Marco, el trato que hicieron y sus razones. También le dijo que los motivos por los que estaban haciendo esto debían permanecer en el más absoluto secreto, y le expresó lo mal que se sentía por actuar de esa manera.

Su padre sonrió, aliviado.

—Hija, no te voy a negar que me hubiera gustado mucho más que te casaras con un hombre del que estuvieras enamorada, y si lo estás haciendo porque crees que tienes que salvar la florería, no tienes que hacerlo, no por mí, al menos. Jamás te pediría que hicieras un sacrificio semejante. Yo ya estoy viejo, y cansado, y quisiera poder dedicarle a la florería el mismo esfuerzo que antes, pero ya no puedo, no desde que murió tu madre... Pero no quiero que tú te sacrifiques por ella. Tú tienes tu propia vida.

Claudia no pudo contener las lágrimas.

—Yo quiero salvar la florería por ti, papá, para ti. Si tú la quieres, si quieres continuar con ella, yo haré lo que esté a mi alcance para ayudarte.

Su padre la miró profundamente.

—¿Qué tanto tienes que sacrificarte para lograrlo? ¿Cuánto va a costarte este trato, hija? ¿Tu felicidad, tu integridad?

Ella lo pensó un momento.

—En realidad creo que no será tan difícil, papá, mi papel de esposa será solo en apariencia, si a eso te refieres, eso ya quedó claro. Es nada más fingir, papá, pero no quería mentirte a ti.

—Bien, me alegro de que hayas decidido decirme la verdad. Yo te apoyo, hija, si esto es lo que tú quieres. Pero no tienes que hacerlo, y no puedo negarte que me siento apesadumbrado al verte en esta situación.

Claudia rio, aliviada.

—Sí, es lo que quiero, quiero que vuelvas a tener la florería, y que vuelva a ser una de las mejores.

Su papá parecía no poder creerlo.

—¿De veras?

—¡Sí!

—Entonces, no hay más que hablar, hija. Yo no te reprocharé nada, ni te juzgaré, siempre y cuando tú quieras hacerlo —dijo.

Claudia tomó una de las manos de su padre y la apretó con fuerza, expresando de esa forma lo agradecida que se sentía por esa aceptación y esa confianza.

Concluida la conversación, ambos fueron a la florería. Al llegar, la joven recordó que no le había dado aún a Alma los números de sus cuentas bancarias, por todo lo que implicaba el asunto le costaba mucho trabajo dar ese paso, pero pensó que ya era hora de tomar al toro por los cuernos: si ella ya estaba haciendo el sacrificio de aparentar ser la pareja sentimental de Marco, ¿por qué no cosechar los frutos? Tomó aire y marcó el número de Claudia para darle los dichosos números.

Don Sergio salió a atender personalmente algunos asuntos relativos al negocio, quería ponerse al corriente de inmediato, e iba a subirse a su auto cuando se encontró con Julián.

—Don Sergio, qué milagro que anda usted por estos rumbos, qué gusto.

—Sí, vine a echar un ojito a la florería. Creo que ya es hora de que me

ponga nuevamente a trabajar, ya la tuve abandonada por mucho tiempo, ¿no crees?

—Así es, don Sergio, qué bueno que se decidió a regresar.

—Sí —agregó don Sergio sin poder ocultar su alegría—, parece que por fin empiezan a sucederle cosas buenas a mi familia otra vez...

—¿Por qué lo dice?

—Mejor que sea Claudia quien te lo diga —replicó, sin sospechar la tormenta que se desataría.

Julián se sintió sumamente desconcertado y de inmediato se dirigió a la florería.

Claudia no esperaba verlo, y no le agradó, pero trató de disimularlo, aunque no pudo evitar parecer fría.

—Hola —saludó él.

—Hola —respondió ella secamente.

—Tu papá está muy contento, dice que tú tienes muy buenas noticias.

—Sí, por fin conseguimos un préstamo y vamos a poner a funcionar nuevamente la florería —mintió.

—¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo —Y trató de continuar con lo que estaba haciendo.

—No te creo. Tú papá se veía demasiado feliz.

Ella empezó a exasperarse.

—¿Te parece poco el que va a recuperar su negocio?

—Bueno... no, pero... es que lo vi tan contento que pensé que había algo más.

Claudia se sentía sumamente irritada hacia él; desde que tuvo la certeza de que él había arruinado la primera relación sentimental importante que tuvo en su vida, cualquier estimación que hubiera podido sentir por él se había esfumado, y ahora su sola presencia le resultaba asfixiante.

—No, no hay nada más.

La actitud de Claudia no podía ser más fría, y Julián lo notó, lo que

despertó suspicacias en él. ¿Por qué ahora estaba actuando así con él? ¿Qué le estaba ocultando?

En ese momento se dio cuenta de que ella no le diría nada, pero sabía dónde podría averiguarlo todo.

El teléfono de Claudia sonó en ese momento. Era Marco. Aquello la puso aún más nerviosa, pero trató de actuar lo más natural posible, y le dijo, como si se tratara de su mejor amiga, que en ese momento estaba sumamente ocupada, y que ella le llamaría más tarde.

Julián, que estaba atento a la llamada, se lo creyó, y entonces se despidió.

Por su parte, Marco quedó de lo más desconcertado con la actitud de Claudia. Quería decirle que su padre estaba feliz con el anuncio de su boda, y quería invitarla a cenar para compensarla por lo bien que se había portado la noche anterior, además de proponerle que fijaran la fecha para el gran evento. Sin embargo, pensó que ella tendría sus razones, y decidió llamarle más tarde.

En la florería, Claudia empezó a hacer cálculos para saldar sus primeras deudas con sus proveedores, y luego empezó a hacer algunas llamadas importantes para volver e echar a andar el negocio de su padre. Aquello la absorbió tanto que se olvidó de Marco, de Julián, y de todo lo que no fuera la florería.

Una llamada de Alma la sacó de sus pensamientos unas cuantas horas después. Estaba desconsolada: Álex le había dado un ultimátum. O le dedicaba más tiempo a su relación, o definitivamente terminarían.

—Claudia, ¿qué hago? Necesito el trabajo, no puedo renunciar, pero tampoco quiero terminar mi relación con Álex. ¡Es el hombre de mi vida! — Y empezó a sollozar.

Claudia estaba consternada por la situación de su amiga, pero sabía que tenía que ser firme para poder ayudarla.

—Alma, tienes que hablar con Marco. Él es tu amigo, yo sé que va a entender, si es tan bueno como tú dices. Tu relación con Álex es mucho más importante que tu trabajo y él tiene que darte tu espacio y tu tiempo para que

esa relación pueda progresar. No vas a sacrificarte por tu trabajo.

—Pero es que también Marco me necesita, él tiene mucho trabajo y, aunque suene pretencioso, yo soy su brazo derecho...

—No se va a morir sin ti y la empresa no se va a caer solo porque tú salgas más temprano o tengas un horario fijo. Tienen que respetar tu vida personal.

Alma se dio cuenta de que Claudia no comprendía su posición, pero decidió darle por su lado.

—Está bien, lo voy a pensar.

Se despidieron, y Claudia se quedó sumamente mortificada. Decidió que, si Alma no se atrevía a hablar con Marco, ella lo haría. Recordó entonces que le había dicho que lo llamaría y marcó su número.

Marco se sorprendió.

—Hola.

—Hola, Marco. Cuando me llamaste estaba con una persona, por eso...

—¿Con Julián?

Ella guardó silencio. ¿Cómo lo sabía?

—¿Para qué me llamaste?

Marco estaba con dos amigos suyos, miembros del consejo de Grupo Roselli, así que se alejó un poco de ellos para hablar con más privacidad. En voz baja le dijo:

—Quería darte las gracias por lo bien que estuviste anoche en casa de mi papá. Y quería invitarte a cenar para agradecerte.

—Me parece bien, yo necesito hablarte de algo.

—¿De qué?

—Te lo diré en la cena.

Aquello lo preocupó.

—Está bien. Paso por ti a las 7:30.

Cuando colgaron, Marco se preguntó por qué Claudia no le había confirmado si estaba con Julián o no. La presencia de ese joven en sus vidas estaba empezando a molestarlo.

Julián fue a la casa de don Sergio y preguntó por Ernesto. Este salió rápidamente a recibirlo y se sentaron a conversar en la sala.

Julián fue rápidamente al punto que le interesaba.

—En la mañana vi muy contento a tu papá, venía saliendo de la florería y me dijo que ya iba a echar a andar otra vez el negocio como era debido.

—Sí —respondió Ernesto—, algo me comentó de eso, parece ser que Claudia consiguió un préstamo en el banco, no estoy muy bien enterado del asunto porque vine a comer muy apurado.

—De hecho, tu papá me dijo que estaba feliz por otra cosa, pero cuando le pregunté no quiso decirme por qué —agregó Julián en un tono aparentemente desinteresado.

—Pues no comentó nada más. Me imagino que si fuera algo importante me lo habría dicho —replicó Ernesto.

Julián se sintió decepcionado. O Ernesto tenía razón, o don Sergio esperaba que fuera la misma Claudia quien diera la noticia, como lo había sugerido con él.

Entonces algo se iluminó en su mente. ¿Y si se trataba de su boda? Tal vez ya había fijado la fecha de su boda, después de todo Claudia le había dicho días atrás que se iba a casar con Marco. ¡No podía ser!

Palideció sin poder evitarlo y tuvo que inventar un pretexto para salir de la casa de don Sergio lo antes posible.

CAPITULO 8

Cuando Marco pasó por Claudia esa noche, ella se sentía un poco más relajada. Se había dado cuenta de que, si tenía que hacer esto, al menos trataría de disfrutarlo. «¿Por qué no?», se decía a sí misma; no había implicaciones sentimentales, Marco sin duda la llevaría a muchos lugares hermosos y lujosos, ella se vestiría bien, tendría oportunidad de divertirse... y tal vez hasta podría librarse de la sombra en que se había convertido Julián casi sin que ella se diera cuenta.

Fueron a un restaurante de lo más delicioso, íntimo, sobrio y muy tranquilo.

La música envolvió a Claudia y ella se sintió de pronto como si siempre hubiera pertenecido a ese mundo.

Sin embargo, Marco no la dejó que estuviera mucho tiempo instalada en la comodidad.

—¿Por qué no quisiste decirme si era Julián con quien estabas en la mañana?

—¿Qué importancia tiene eso?

Él la miró, muy serio.

—No me gusta ese tipo.

Claudia iba a decir «a mí tampoco», pero pudo más la curiosidad. Igualmente sería preguntó:

—¿Por qué?

—Estoy seguro de que está enamorado de ti, y la manera como se acerca a ti no me agrada, me parece muy posesivo. Es obvio que se siente amenazado por mi presencia.

—Pues tiene razón en sentirse amenazado —dijo ella, casi divertida.

—Tú sabes a lo que me refiero. Mira, sé que no tengo derecho a pedirte

nada más, pero me gustaría que le dijeras terminantemente que te deje en paz.

—Ya se lo he dicho —admitió Claudia con la mirada baja.

—¿Cómo lo tomó? ¿Aceptó que sigan siendo amigos?

—No somos amigos, él es amigo solo de mis hermanos.

Claudia no sabía que Marco había sido informado por Alma de la situación entre ella y Julián, así que no quiso entrar en detalles.

—¿Alguna vez te ha molestado, ha hecho algo que no sea apropiado?

La pregunta la sorprendió: ¿acaso Marco era realmente tan intuitivo?

Decidió explicarle lo que había ocurrido entre ambos, cómo se inmiscuyó en su relación sentimental hasta que logró destruirla y cómo desde entonces ella había tratado de mantenerlo alejado.

—Pues al parecer no has tenido mucho éxito, yo creo que tendremos que ser más claros con él.

—¡No! No, yo ya le dije que tú y yo nos vamos a casar y estoy casi segura de que con eso me dejará en paz. Él sabe muy bien que no siento nada por él.

—Estás *casi* segura de que te dejará en paz; a mí me parece que no se dará por vencido tan fácilmente. ¿Tus hermanos no saben nada de esto?

¿Cómo es que nunca se le había ocurrido contarles a sus hermanos sobre el asunto? Ernesto y Óscar eran amigos muy cercanos de Julián, así que, posiblemente, si alguno de ellos hablaba con él y le pedía que la dejara en paz, Julián lo haría, en nombre de su amistad.

Se prometió a sí misma hablar con sus hermanos al día siguiente, a primera hora.

—¿De qué querías hablarme? —preguntó Marco unos minutos después.

Estaba intrigado, pues no se imaginaba cuál podría ser el asunto que Claudia quería tratar.

—Marco, tú sabes que Alma es una persona muy responsable con su trabajo y jamás te defraudaría.

—Sí, lo sé —Por un momento pensó que Claudia se retractaría del trato.

—Últimamente se le ha dificultado mucho estar con Álex porque ha tenido

demasiado trabajo, ha tenido que quedarse incluso de noche en la oficina y hasta ha tenido que cancelar compromisos importantes con él, como ir a visitar a sus papás, porque tenía demasiado trabajo. Sé que ella es tu brazo derecho, pero no se atreve a pedirte que, al menos por unos días le permitas salir más temprano del trabajo para poder estar con Álex. Él está muy molesto y hasta sospecha que hay algo entre Alma y tú...

Marco se rio. Así que era eso. Bueno, no era tan grave.

—¿Algo entre Alma y yo? ¡Por favor, somos amigos! De hecho, es la mejor amiga que tengo —Y ya más serio agregó—: y en cierto modo me ofende que no se atreva a pedirme esto en persona.

—Ella ni siquiera sabe que yo te iba a hablar de esto —agregó Claudia, alarmada.

—No tiene nada de malo, y sí, reconozco que he sido egoísta, Alma es mi brazo derecho, no sé qué haría sin ella, pero si necesita más tiempo para estar con Álex, adelante, por mí no hay ningún problema. Mañana mismo le diré que se vaya antes de las cinco de la tarde. Yo veré cómo me las arreglo.

Aquello había resultado más fácil de lo que ella esperaba, y le alegraba que Marco fuera tan generoso con su amiga.

—No le digas que yo te dije, a menos que te pregunte.

Él volvió a reírse.

—No, no le diré. Me aprovecharé de esto para que crea que soy el mejor jefe del mundo.

A partir de ese momento los dos se sintieron más tranquilos y, casi sin darse cuenta, disfrutaron sin mayores preocupaciones de la velada.

Al día siguiente Alma se quedó sorprendida cuando, llegadas las cinco de la tarde, Marco le dijo que no tendría que quedarse, que él se encargaría de algunos asuntos pendientes, y que al día siguiente continuarían con todo lo que tenían que preparar para la auditoría.

Sin embargo, no dijo nada, y se sintió de lo más feliz cuando se dio cuenta de que podría llegar temprano a su casa, darse un baño y sorprender a Álex.

Por su parte, Marco se quedó en la oficina hasta después de las diez de la noche, cuando ya casi todos se habían ido.

Mientras bajaba el ascensor este se detuvo en el piso 15 para dar cabida a Julio Gárate, amigo muy cercano de Pedro Romo Antúnez, otro de los candidatos a la presidencia. A Marco le era indiferente, nunca habían tenido un trato muy estrecho, pero era consciente de la forma hostil en que Julio lo miraba, pues estaba seguro de que lo consideraba una amenaza para su amigo, por ser hijo y sobrino de los fundadores, lo que, obviamente, le daba cierta ventaja a la vista del consejo.

—¿Trabajando horas extra, Marco? —preguntó con cierta ironía—. No hay por qué salir tan tarde, los miembros del consejo ya se fueron, no se darán cuenta de tu esfuerzo.

Marco se limitó a sonreír; estaba cansado y, además, le importaba muy poco la opinión de Julio si no tenía nada productivo que aportar.

—Supe que hay que felicitarte. Escuché que vas a casarte.

El otro asintió con la cabeza. Julio lo miró.

—Se dice que esta futura boda tuya no es más que una artimaña para que puedas aspirar a ser presidente de Grupo Roselli.

Marco volvió a sonreír.

—Sí, supuse que algunos pensarían eso —replicó.

Julio se volvió hacia él para verlo de frente.

—Yo como tú no me mostraría tan seguro, porque es posible que te salga el tiro por la culata.

Marco clavó sus ojos azules en los de su adversario.

—Y yo en tu lugar, no me preocuparía por eso. Mi boda es asunto mío, de nadie más —lo dijo en un tono bastante casual, pero el otro captó el mensaje.

El resto del descenso lo hicieron en silencio. Julio salió por la puerta principal, y Marco se dirigió al estacionamiento privado del edificio, donde abordó su auto.

Justo al salir, unos sujetos le cerraron el paso.

El área estaba bien iluminada pero los tipos llevaban pasamontañas, por lo que era imposible verles el rostro. Marco contó cinco. Uno de ellos le dijo que se bajara del vehículo. Marco se quedó quieto, sopesando sus posibilidades mientras se aferraba al volante, queriendo creer que podría huir.

Aceleró de repente, pero dos de los individuos sacaron sendas armas y las apuntaron directamente a su rostro. Tuvo que detenerse, y el tipo repitió la orden de que bajara del auto.

Pensó que no le quedaba más opción y decidió hacerlo: de cualquier modo, si intentaba huir, los tipos le dispararían, y su automóvil no era blindado.

No bajó del auto, pero sí bajó el vidrio. Sin mirar a los sujetos preguntó:

—¿Qué quieren?

—Bájate.

Marco pensó que lo que querían era el carro. Empezaba a sentirse furioso: ¡vaya personal de seguridad que tenía! ¿¡De verdad esos tipos iban a asaltarlo justo a la salida de su edificio?!

Además, nunca había sido asaltado, y se sentía sumamente frustrado y enojado.

Bajó del coche con las llaves en la mano y se las tendió al tipo que le había dado la orden.

—Ten, es todo lo que traigo, no llevo efectivo y no traigo mi cartera.

El tipo miró las llaves por unos segundos. «No estaría mal llevarme este botín» pensó. Pero no había ido a eso. Los otros sujetos se acercaron más a Marco, rodeándolo.

El que aparentemente era el líder se acercó a él hasta quedar a unos centímetros de su rostro. Tenía la cara cubierta por un pasamontañas, así que era imposible verle los rasgos.

—Escúchame bien, *junior*. Solamente venimos a advertirte que te alejes de Claudia, si no quieres tener ningún problema.

Marco trató de mirarlo a los ojos, pero no quería perder de vista una barra

de metal que el sujeto le había colocado en la parte baja de la barbilla.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué, *Julián*?

Marco sabía que el tipo no era Julián, pero estaba seguro de que él lo había enviado, así que decidió arriesgarse.

Al escucharlo, el sujeto lo empujó con fuerza, haciendo que Marco chocará de espaldas con su propio carro. El tipo le dio un fuerte golpe al coche con la barra y volvió a amenazar a Marco.

—Escúchame bien, niño rico: si quieres seguir vivo, será mejor que te alejes de Claudia. ¿Entendiste?

Marco guardó silencio; el hombre estaba muy cerca de él y podía golpearlo en un parpadeo.

—¡¿Entendiste?! —le gritó.

Con toda la calma de que fue capaz Marco respondió en voz baja, mirándolo directamente:

—Por supuesto que sí.

El hombre dio un paso atrás y, sin darle tiempo a reaccionar, le asestó un puñetazo en la mandíbula que dejó a Marco en la oscuridad.

Cuando recobró el sentido, unos diez minutos después, trató de recordar lo que había ocurrido. Para entonces varios elementos del personal de seguridad se habían percatado de la situación y estaban auxiliándolo.

Una vez recobrado, Marco empezó a dar órdenes de revisar las grabaciones de las cámaras de vigilancia para ver si podían identificar a los sujetos, y dijo que por la mañana tendrían una junta con el jefe de seguridad para revisar el esquema y reforzar la vigilancia.

—Señor, ¿quiere que lo llevemos al hospital para que lo revisen? —le preguntó uno de los vigilantes con mayor tiempo en la empresa.

—No, Javier, estoy bien, me iré a mi casa.

—Si me permite, creo que será mejor que lo acompañe hasta su casa. Me quedaré vigilando toda la noche.

—No es necesario, Javier, de verdad.

—Señor, yo creo que sí es necesario. Es obvio que no venían a robarle el coche ni la cartera, esto es algo personal. Será mejor que esté vigilado.

Marco se alegró de que uno de sus elementos de seguridad tuviera tal criterio y aceptó sin rechistar.

Hizo ademán de subirse al auto y Javier dijo:

—Creo que será mejor que yo conduzca.

Marco le dio las llaves y se dispuso a ser llevado a su casa mientras trataba de pensar en las acciones que tomaría respecto a Julián.

Esos pensamientos le llevaron toda la noche ya que, a pesar de saber que Javier estaba pendiente de su seguridad, no se sentía cómodo. Su instinto había sido acertado al pensar que Julián estaba más que interesado en Claudia: ahora sabía que era capaz de todo con tal de tenerla para él.

«Este tipo está loco» pensó, antes de conciliar un sueño intranquilo.

CAPITULO 9

De más está decir que por la mañana, cuando Alma vio la terrible hinchazón en el mentón y parte de la mejilla de Marco, se escandalizó y de inmediato le cuestionó qué le había pasado.

—Julián, el amiguito de Claudia, me mandó un recado —le dijo él, entre irónico y molesto.

—¿Qué? ¿De qué hablas? No entiendo.

Alma se sentó en la silla frente al enorme escritorio de Marco, totalmente confundida.

Marco le explicó lo que había ocurrido.

—Estoy seguro de que fue Julián quien mandó a esos tipos.

—¿Y qué vas a hacer? ¡Dios mío! ¿Te imaginas? Si fue Julián significa que es capaz de cualquier cosa, está obsesionado con Claudia. ¿Ya se lo dijiste?

—No, no he tenido oportunidad de hablar con ella.

Marco le explicó que a primera hora se había reunido con su personal de seguridad y habían acordado reforzar las acciones de vigilancia y protección. Asimismo, le dijo que ya estaba investigando a ese tal Julián, y que había mandado a alguien para que lo vigilara muy de cerca.

—Tienes que poner sobre aviso a Claudia, Marco. Esto me está dando mucho miedo.

—Por supuesto que la voy a poner sobre aviso. Iré a hablar con ella ahora mismo.

A pesar de que tenía una reunión con su agencia de publicidad, decidió ir inmediatamente a ver a Claudia.

La encontró saliendo de su departamento, a punto de irse a la florería.

—Marco, ¿qué haces aquí? —Se sorprendió mucho al abrir la puerta de su

departamento y encontrarse de frente con él.

—Tengo que hablar contigo —Entró sin esperar que ella le cediera el paso.

El tono grave de su voz le indicó que se trataba de algo serio. Ella cerró la puerta tras de sí con mucha lentitud; presentía que lo que fuera que Marco le dijera, no iba a gustarle.

En ese momento se percató de la hinchazón en su barbilla e instintivamente se acercó a él.

—Pero ¿qué te pasó? —preguntó, mientras le tomaba suavemente la barbilla por el lado que no estaba golpeado.

Marco no pudo evitar que un leve cosquilleo le recorriera todo el cuerpo al contacto de Claudia, al darse cuenta de que era la primera vez que ella lo tocaba voluntariamente.

Ella examinó el golpe sin percatarse de su turbación, hasta que los ojos azules de él se toparon directamente con los suyos.

—De eso precisamente he venido a hablarte. Anoche me visitaron unos sujetos, y estoy seguro de que iban de parte de tu amigo Julián.

—¿Qué? ¿Cómo? No entiendo.

Marco le explicó todo lo ocurrido la noche anterior, sin dejar de lado ningún detalle.

Claudia se puso blanca como el papel y tuvo que sentarse para no perder el equilibrio ante el mareo que la aquejó de repente.

Marco la miraba muy serio. Ella pareció recuperar la compostura y logró preguntar:

—¿Y qué vas a hacer?

—Por el momento ya estoy investigando a tu amiguito, y lo tengo vigilado muy de cerca. No sé, tal vez me anime a ir a hablar con él personalmente.

A Claudia no le gustó el tono en que dijo «tu amiguito», y decidió aclarar las cosas.

—Él no es *mi amiguito*, ya te lo dije; es amigo de mis hermanos.

—Tal vez, pero es evidente que el tipo está obsesionado contigo, le hayas dado motivos o no, y para ser te franco, me molesta muchísimo ver amenazada mi seguridad por un lío de faldas.

En realidad, no solo se sentía molesto por sentirse amenazado en su integridad física, sino que pensaba que tal vez el tipo tenía motivos reales para sentir que tenía algún derecho sobre Claudia.

Ella se puso de pie.

—Yo no le he dado motivos —Se defendió, tratando de mantener la calma.

—¿Ah, no?

La forma como se plantó cuan alto era frente a ella y el tono de su voz la hicieron vacilar por un instante. Los ojos de él echaban chispas y por un momento se sintió intimidada.

—¡Por supuesto que no! Julián me pidió que fuéramos novios, pero yo lo rechacé. Jamás le he dado motivos, ni siquiera he coqueteado con él, sería absurdo, él no me interesa para nada.

—Pero tú sí le interesas mucho a él.

Viendo que ella no sabía cómo responder a eso, decidió tranquilizarse.

—Escúchame, no creo que estés segura tú sola mientras ese tipo anda por ahí como si nada. Lo creo capaz de hacerte algo con tal de que te quedes con él. Así que será mejor que te vayas a la casa de tu padre, o incluso con Alma, para que estés más segura.

—¿Qué? No voy a trastornar toda mi rutina por culpa de Julián. No tiene derecho a hacerme eso.

Marco se acercó a ella, molesto; pensó que sería más razonable, pero, al parecer, no entendía la gravedad de la situación.

—Claro que no tiene derecho a hacerte eso, y tampoco tiene derecho de golpearme a mí, pero al parecer este tipo está loco y hará lo que sea por quedarse contigo. Será mejor que te vayas a la casa de tu padre y trata de no estar sola en ningún momento. Si nadie puede acompañarte en la florería,

entonces no abras el local. De hecho, creo que es mejor que por unos días no vayas a trabajar.

—Eso no es justo, estoy por rescatar el negocio de mi papá —lloriqueó Claudia.

A él le enterneció el tono de ella, pero no podía dejarse convencer.

—Lo sé —suspiró—. Lo sé, pero tu seguridad es primero.

Claudia lo miró mortificada.

—No puedo irme a la casa de mi papá, Julián va para allá prácticamente todos los días.

Marco se quedó cavilando unos segundos.

—En casa de Alma tampoco creo que estés muy segura, ella vive sola, y está fuera todo el día.

Ambos permanecieron en silencio por un instante.

—Te irás a mi casa —afirmó él, mirándola a los ojos.

Ella se sobresaltó.

—¿A tu casa? ¡Claro que no! Es absurdo.

—No es absurdo, es lo más seguro, así podré vigilarte todo el tiempo.

La forma en que dijo esto último casi la saca de sus casillas.

—¿Vigilarme todo el tiempo? ¡Por favor! ¿Por qué tendrías que tenerme vigilada? Además, aún no estamos casados, no creo...

—¡¿Por qué tienes que hacerlo todo tan difícil?! Solo quiero que estés segura. No me interesa lo que hagas o dejes de hacer, pero no quiero que ese loco venga y te rapte o te haga algo peor.

Claudia lo miraba con los ojos grandes como platos. No sabía qué le molestaba más: la crudeza de Marco, o que Julián trastocara su vida de esa manera, una vez más.

—¿Cómo voy a explicarle a mi padre que me mudo a tu departamento si aún no estamos casados? —dijo ella más para sí misma que para él.

—Dile la verdad. O podemos casarnos ahora mismo y problema resuelto.

—¡Claro que no! ¡Maldito Julián! No puedo creer que siga haciéndome la

vida imposible —Mientras hablaba caminaba de un lado a otro y parecía haberse olvidado de que Marco estaba ahí.

Él la observaba con atención ir de aquí para allá, y cuando pasó cerca de él la tomó del brazo y la obligó a mirarlo.

—¿Cómo es que Julián te ha hecho la vida imposible? —Lo preguntó con tanta tranquilidad que Claudia sintió que la suavidad de su aliento la hipnotizaba.

Recuperó la respiración, que había perdido por un segundo, absorta en sus ojos azules, y soltó un suspiro.

—Cuando me propuso que fuéramos novios y lo rechacé, pensé que lo había aceptado estoicamente, pero luego me enteré de que él amenazó a mi novio de la universidad. Desde entonces no he podido tener una relación con ningún hombre; se alejan misteriosamente, sin decir una palabra, por más interesados que parezcan en mí, y sospecho que es Julián quien los obliga a retirarse.

—Pues entonces tendremos que terminar con eso. Prepara tus cosas, te irás a mi casa hoy mismo —Y se dispuso a salir.

—¡No voy a irme a tu casa!

Él se giró rápidamente y con gesto de enojo replicó:

—No te lo estoy pidiendo, Claudia: te irás a mi casa, punto.

—Estaré bien en casa de mi papá...

—Sí, claro —La interrumpió él, irónico—, totalmente al alcance de ese psicópata.

Ya un poco más tranquilo, viendo que ella guardaba silencio, al parecer un tanto amedrentada por su tono, dijo antes de marcharse:

—Enviaré a alguien para que te ayude a llevarte tus cosas y te lleve a mi casa.

Claudia se quedó mirando la puerta durante muchos segundos como una autómatas. Se sentía totalmente perdida, cuestionándose en qué momento exacto su vida se había descontrolado de esa manera. Aunque quería culpar a

Marco, en el fondo sabía que el único culpable era Julián, por entrometerse en su vida de esa manera, y también era culpa suya, por haberle permitido hacerlo.

El sonido de su teléfono la sacó de su ensimismamiento. Era Marco.

—Escucha, creo que es conveniente que le digas a tu padre y a tus hermanos lo que está pasando, para que estén prevenidos, y adviérteles que no deben decirle a Julián en dónde estás.

—Está bien —asintió ella, en un tono que a él le pareció extrañamente dócil.

Cuando colgó, una ola de ira subió desde su estómago hasta su rostro, y lanzó el móvil contra la puerta. Estaba furiosa con Julián por meterse de esa forma en su vida, por robarle su libertad, y con Marco, por darle órdenes como si ella fuera uno más de sus empleados.

Ella, que se consideraba una mujer independiente desde que era una jovencita, ahora se veía a merced de los caprichos de un loco y de los arrebatos dictatoriales de un *junior* juerguista.

Tras su rabieta se dispuso a hacer una pequeña maleta con lo más indispensable, por supuesto que no pensaba pasar mucho tiempo en la casa de Marco. «Irónico» pensó «ya que en unos días estaré ahí por un largo tiempo».

El sonido de su móvil volvió a sobresaltarla. Era Alma. Quería saber si estaba bien y qué iba a hacer para evitar a Julián. Claudia le explicó todo y le dijo que estaba a punto de irse a la casa de Marco.

—¿Sabes? Yo creo que lo mejor será que ustedes se casen de una buena vez, así Julián no tendrá nada que decir al respecto. Esto es un aviso, Claudia, debiste ponerle un alto hace mucho tiempo.

—Alma, lo que menos necesito en este momento es que me sermonees.

—Ya lo sé, y créeme que no es esa mi intención, pero siempre he pensado que eres muy blanda con Julián. Si no entendía indirectas debiste decirle claramente que no te gusta, que nunca te ha gustado y que jamás estarás con él.

—¿Crees que no se lo dije? Fui muy clara con él, nunca le di esperanzas de que pudiéramos llegar a ser algo más. Además, siempre lo he tratado casi groseramente, tú lo sabes.

Alma suspiró.

—Está bien, ya no tiene caso discutir sobre eso, ahora lo importante es deshacernos de él.

—Suenas como una mafiosa —dijo Claudia, divertida.

Alma rio de buena gana.

—Sí, ¿verdad? Bueno, no quiero decir que lo matemos, solamente que lo pongamos en su lugar.

—Al parecer Marco ya se está encargando de eso. ¿Sabes? Me sorprende la sangre fría con la que ha tomado el asunto. Pareciera que ya lo tiene todo calculado.

—Bueno, Marco tiene todos los recursos y además es un hombre muy cerebral cuando se trata de asuntos que no tienen que ver con faldas.

—Pero este asunto sí tiene que ver con faldas —replicó Claudia en tono ofendido.

—Bueno, sí, pero tú me entiendes, me refiero a que es un asunto con un hombre, en el que estás involucrada tú. Pero es muy probable que contigo sea muy diferente —agregó de forma maliciosa.

—¿Qué quieres decir?

—Ay, por favor, Claudia. Dime, ¿cómo se comporta contigo? ¿Acaso no ha sido todo un caballero? Si no fuera específicamente Marco te aseguro que ya habrías caído rendida ante sus modales y su atractivo.

—No niego que es un hombre muy guapo, y sexi, y que algunas de sus actitudes me han sorprendido. Fuimos a cenar con su papá y se comportó en verdad como un chico bueno y obediente. Pero estamos hablando de Marco, Alma, se ha acostado con cientos de mujeres, el solo hecho de pensar en tener intimidad con él me causa urticaria —Y al decirlo hizo como si su cuerpo se estremeciera realmente.

—Qué dramática eres. No se ha acostado con tantas. En realidad, no es un *playboy* como los medios lo pintan; sí sale con muchas mujeres, pero te aseguro que la mayoría de las veces solo las lleva a cenar o a bailar, y luego cada quién para su casa.

Claudia soltó una carcajada estruendosa, olvidándose por un momento del desorden en su vida.

—¿Y tú piensas que yo voy a creer eso? ¡Por favor, Alma! Solo míralo, el hombre es un modelo de revista y además es súper rico, ¿crees que una mujer se va a conformar con ir a cenar y a bailar nada más?

Y volvió a reírse escandalosamente.

—Vaya, veo que le tienes muy poca fe —dijo Alma, molesta—, y a mí me consideras una ingenua.

—No te molestes —pidió Claudia, aún riendo—, tienes que admitir que lo que dices no tiene sentido.

—Marco es mucho mejor persona de lo que piensas, y yo no soy tan inocente como supones. En fin, te dejo para que sigas preparando tu maleta. Si quieres me encargo de hacer los preparativos para la boda y así ya no tienes que regresar a tu departamento.

—Ja, ja, ja, qué simpática.

—Lo digo en serio...

—¿Sabes qué es lo que más me molesta? —cuestionó, cambiando de tema — Además de verme obligada a hacer cosas que no quiero, por culpa de dos tipos que ni siquiera me importan, me revuelve el estómago pensar que ahora que podía meterme de lleno a rescatar la florería, el estúpido de Julián interfiere en todos mis planes.

—Bueno, ya no vamos a discutir más sobre ese sujeto. Lo importante es que estés segura, y te apuesto a que Marco lo va a poner en su lugar.

—Eso espero —murmuró Claudia antes de colgar, esperando en su interior que aquel asunto no pasara a mayores.

La chica aprovechó haber terminado su equipaje para llamar a su papá y

contarle con toda la calma que pudo y con lujo de detalles lo que estaba pasando.

En su cabeza todavía resonaban las expresiones asombradas de su padre. «Pero, hija, no puedo creerlo. Julián es un buen muchacho, es amigo de nuestra familia desde que tus hermanos estaban chicos. Sé que te quiere, él no haría eso».

Y a pesar de que ella le habló de Rodrigo y de cómo Julián lo había alejado de ella, al igual que a todos los hombres que pudieron tener un interés en ella, don Sergio se mostraba incrédulo, aunque no dudaba de su hija.

Antes de colgar le pidió que se cuidara mucho y que le diera la dirección de Marco para ir a verla tan pronto pudiera.

—Eso estará muy bien, pero también ustedes tienen que cuidarse, tengo miedo de que Julián quiera hacerles algo.

Don Sergio le prometió que pondría al tanto de todo a Ernesto y a Óscar y que se cuidarían de Julián, y le dijo que iría a verla tan pronto estuviera instalada.

Aunque no le agradaba del todo la idea de que su hija se fuera a casa de Marco sin haberse casado aún, reconocía que era, por el momento, el lugar más seguro para ella.

Poco después llegó un hombre alto y robusto, quien dijo que venía de parte de Marco para llevarla a su casa. Una extraña sensación se apoderó de Claudia; todo estaba sucediendo demasiado rápido.

Marco, ya en su oficina, trató de mantener la mente serena y olvidarse por un momento de Julián. Se concentró en su trabajo y cumplió con varias reuniones que no le llevaron mucho tiempo y sí resultaron muy fructíferas, porque tenía muy claro lo que quería lograr.

Se disponía a salir a comer, a eso de las tres de la tarde, cuando don Luca

Marconi entró a su oficina, con su andar pausado y elegante de toda la vida.

Era uno de los miembros de la directiva con mayor tiempo en el consejo, y Marco le tenía gran afecto por ser amigo de su padre, además de un buen consejero.

—Don Luca, adelante, ¿a qué debo el honor de esta visita?

Luca tomó asiento luego de saludarlo y lo miró con una sonrisa pícara.

—Solo vine a saludarte —La sonrisa desapareció cuando se percató del morete en el mentón—. Pero, muchacho, ¿qué te pasó?

Casi inconscientemente, Marco se frotó la barbilla.

—No me lo creería.

—Pruébame. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Un tipo celoso, que no acepta perder, me mandó golpear para disuadirme de estar con una mujer.

—Con la joven del periódico —inquirió Luca, seguro.

—Sí, ella —reconoció, cauteloso.

—En el periódico dice que es tu novia, y tu padre dice que van a casarse.

Marco comprendió que Luca en realidad había ido a hablar de ese asunto, y pensó que ya era hora de que el consejo supiera que iba en serio.

—Hemos estado saliendo por algunos meses, pero habíamos mantenido nuestra relación de forma muy discreta, porque no queríamos despertar suspicacias. Además, queríamos ver si nos llevábamos bien, obviamente.

—Y como ya comprobaste que sí se llevan bien has decidido sacar a la luz esta relación.

—En realidad el que saliera a la luz fue una mera casualidad, no teníamos intención de hacerlo así, a Claudia no le gustan los reflectores.

Luca rio de buena gana.

—Entonces no es una de esas chicas del *jet set* que les encanta verse en las revistas.

—Todo lo contrario, Claudia prefiere mantener un perfil bajo.

Luca lo observó por unos segundos.

—Entonces, estás pensando seriamente sentar cabeza.

Marco lo miró fijamente y se demoró unos segundos en encontrar las palabras que buscaba.

—Lo estoy pensando muy seriamente, sí. De hecho, ya hablamos con mi papá, solo nos falta fijar la fecha de la boda.

Ahora fue Luca quien miró fijamente al joven.

—Quién lo hubiera dicho, parecías *incasable*, hijo, pero a todos nos llega la hora.

Marco suspiró.

—Sí, a todos nos llega la hora. Ya ve, yo era el soltero empedernido...

—Aún lo eres. Y debo advertirte que, desgraciadamente, esa fama tuya despertó suspicacias en algunos miembros del consejo.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, algunos piensan que todo esto es una estrategia tuya para cumplir con el requisito de ser un hombre casado cuando se lleve a cabo la elección de nuevo presidente.

A pesar de que era un asunto muy serio, y de que había visualizado la situación presente en su mente, Marco no pudo evitar soltar una genuina carcajada.

—Sí, imaginé —dijo, por fin, cuando dejó de reír— que algunos pensarían eso.

—¿Y qué harás al respecto?

Marco se encogió de hombros.

—¿Hacer? Nada, si quieren creerlo no puedo hacer nada para evitarlo; yo me casaré con Claudia, eso ya está decidido.

—Ya lo veo. ¿Y cómo es ella? Por la foto en el periódico pude ver que es muy bonita.

Marco se pasó una mano por el cabello negro.

—Sí, es muy hermosa, muy atractiva, diría yo. También es muy independiente, decidida, y reservada y, sobre todo, muy testaruda.

Luca fue ahora quien rio a mandíbula batiente.

—Vaya, vaya, pues parece que por fin te encontraste con la horma de tu zapato —Se levantó del sillón, en un claro ademán de marcharse, mientras Marco lo miraba con un aire de reproche por ese último comentario—. Hijo, me da gusto que vayas a sentar cabeza, y espero que esta chica te ponga en tu lugar —Lo último lo dijo riendo afablemente.

—¿En mi lugar?

—Bueno, no negarás que has sido un chico mal portado. En fin, te deseo la mejor de las suertes. Ya me encargaré yo de que el consejo sepa que esto no es una maniobra tuya, sino que ya te pescaron.

Y salió de la oficina. Marco lo acompañó hasta la puerta y al cerrarla murmuró:

—Sí, ya me pescaron.

Poco antes de salir de la oficina, le llamó por teléfono la persona que estaba vigilando a Julián para darle el informe de sus actividades, pero hasta el momento no tenía ninguna novedad que reportar.

Atribulado por todo lo que había acontecido desde la noche anterior, Marco se había olvidado de que Claudia estaba en su casa, por ello, cuando abrió la puerta y se topó de frente con una maleta y con la chica sentada en el sofá, se sorprendió sobremanera.

Sin embargo, se sobrepuso a tiempo y sin dejar entrever incomodidad alguna saludó a Claudia:

—¿Hace mucho que llegaste? ¿No te has instalado?

Ella, de pronto, se sintió cohibida. No estaba acostumbrada a ser huésped de nadie, había dejado la casa de su padre hacía varios años y estaba habituada a valerse por sí misma y a moverse holgadamente en su espacio. Estar en la casa en ese hombre, por el cual no sentía un particular agrado, y en la situación tan singular en que se hallaba, la hacía sentir sumamente incómoda.

—No, no me he instalado aún, estaba esperándote para que me dijeras en

dónde puedo poner mis cosas.

Marco tomó la maleta y, mirándola a los ojos antes de emprender la marcha con ella detrás, le dijo:

—Ven, te diré cuál será tu habitación.

La casa de Marco, ubicada en un residencial muy exclusivo, parecía salida de una revista de decoración. Los muebles eran blancos, pero las alfombras eran de color café chocolate, y había cuadros muy modernos y coloridos distribuidos estratégicamente en las paredes. La sala de estar era enorme y estaba separada del comedor por una larga barra; a un costado estaba la elegante cocina, que Claudia no conocía aún, y a la izquierda, por un pasillo muy amplio, se hallaban las habitaciones.

Marco abrió la puerta de una de las habitaciones. Encendió la luz y se paró en el vano para cederle el paso.

—Esta será tu habitación. Espero que te guste.

La habitación era preciosa, decorada en tonos blancos y azules, con una enorme cama que invitaba al descanso.

—Es... muy hermosa.

Al ver que ella parecía vacilar, Marco le preguntó:

—¿Hay algún problema?

Ella se volvió, como si la hubiera arrancado de oscuros pensamientos.

—No, no, no hay ningún problema. Es solo que no quiero incomodarte ni nada parecido. Además, estaba pensado que, si el consejo directivo de tu empresa se entera de esto, seguramente no lo van a considerar apropiado.

Marco sonrió sin querer. No hubiera pensado que ella tuviera ese tipo de consideraciones, aunque él ya había pensado en ello.

—En realidad me importa un bledo lo que piense el consejo, Claudia. Si lo consideran apropiado o no, es su problema; estamos en el siglo XXI.

Ella asintió, mientras se adentraba más en la recámara para admirarla mejor.

—Imagino que tienes hambre. ¿Quieres cenar? —sugirió él.

Ella asintió solo con la cabeza.

—¿Quieres salir o pedimos algo?

—Si tienes surtida la despensa yo puedo cocinar —dijo Claudia.

Marco la miró con una expresión que revelaba claramente lo que estaba pensando: «¿Sabes cocinar?»

El cuestionamiento en su mirada la hizo sentirse molesta, y respondió airada:

—Tengo tres hermanos y me hacía cargo de mi padre, por supuesto que sé cocinar.

—Imagino que sí —dijo Marco, sin poder quitarle los ojos de encima, pues de pronto se había dado cuenta de que el rubor hacía resaltar los ojos verdes de Claudia.

Incómoda por el escrutinio al que no muy conscientemente la estaba sometiendo Marco, Claudia sugirió:

—Pide lo que gustes.

El pareció salir de un trance, aunque se percató del doble sentido que, en otras circunstancias, hubiera podido dar a las palabras de la mujer.

—Tengo pescado, pasta y verduras.

—Bien, entonces estaré en la cocina en unos minutos.

Cuando Marco salió, cambió su atuendo por ropa mucho más ligera y cómoda y buscó la cocina. Él, que ya la estaba esperando, había sacado pescado en filete del congelador, una gran variedad de verduras y setas.

—Excelente —exclamó Claudia, entusiasmada ante la visión de aquellas delicias.

Rápidamente descongeló el pescado en el horno de microondas; puso las verduras a cocer al vapor a fuego muy lento y luego de rebanar los hongos los puso a saltear en aceite de oliva con ajo.

Las patatas, ya cocidas, las mezcló con mantequilla y crema para hacer un delicioso puré, mientras el pescado, marinado con limón, aceite de oliva y finas hierbas, chisporroteaba levemente en la estufa.

Marco la miraba hacer como hechizado, sentado a la barra. Nunca había visto cocinar a ninguna mujer que no fueran las cocineras de la casa de sus padres, y Claudia parecía hacer magia con la comida.

Tuvo que reconocer que era una mujer muy atractiva; parecía feliz, y muy concentrada mientras cocinaba; sus ojos verdes brillaban chispeantes y su cabello, recogido en una coleta, estaba tan alborotado que parecían llamas de la misma estufa.

Unos minutos después Claudia sirvió el pescado, las verduras y el puré en dos platos blancos muy elegantes finamente presentados.

—*Voilà* —dijo colocándolos en la barra.

Marco miró ambos platos como si fueran una verdadera obra de arte y luego la miró a ella con una sonrisa que la desconcertó. Sin decir nada él tomó los platos y los llevó al hermoso comedor de cristal, puso uno en la cabecera y el otro a su lado.

Con la mirada le indicó a Claudia que pasara a la mesa, y ella, que ya sentía un tremendo nudo de hambre en el estómago, obedeció presta.

—¿Prefieres vino blanco o tinto?

—Deberíamos acompañarlo con vino blanco, pero yo siempre he preferido el tinto —respondió ella.

—Ahora regreso —dijo Marco en voz baja.

Desapareció por unos minutos y regresó con una botella de vino tinto.

—Te confieso que no sé mucho de vinos, mi papá es quien se encarga de darme sugerencias para surtir la vinoteca, pero sé que este te va a fascinar.

Sacó dos copas de una elegante vitrina y sirvió el vino.

—Está delicioso —dijo Claudia luego de probarlo.

Marco puso un poco de música suave, y por un instante a Claudia le pasó por la mente la idea de que, seguramente, esa escena era muy familiar para Marco.

«¿A cuántas mujeres habrá traído a su casa para seducirlas de esta manera?» pensó, y se sintió doblemente molesta; la primera razón no quería

analizarla, y la segunda, porque ella no quería ser una de esas mujeres fáciles y sin seso que seguramente Marco se agenciaba sin dificultad.

Habían terminado prácticamente de cenar cuando Marco la miró muy serio:

—Creo que tenemos que fijar la fecha de la boda.

Tal vez fuera el vino, o tal vez el estrés, o quizá la desazón que sentía por verse maniatada por dos hombres que ni siquiera le agradaban, pero Claudia de pronto sintió que podía mandar todo al carajo.

—Me da igual la fecha de la boda.

A Marco le extrañó su tono, un tanto belicoso, ya que la cena había transcurrido con tranquilidad y hasta habían charlado animadamente, creía él, sobre temas intrascendentes.

Fijó su mirada en ella tratando de leer en sus ojos las razones de ese cambio, pero ella bebía tranquilamente de su copa mirando hacia otro lado.

Sopesó las posibilidades: la elección para la presidencia estaba programada para un mes después, ya que el consejo directivo quería esperar el resultado de unos contratos que estaban por firmar con una compañía inglesa.

No quería parecer apresurado, pero sabía que tenía el tiempo en contra.

—Tomando en cuenta que ya estás viviendo conmigo, ¿qué te parece hacerlo este fin de semana?

Se puso en pie para tomar los platos y llevarlos a la cocina, sin esperar la respuesta de ella.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Claudia al escucharlo. «Viviendo conmigo» había sonado tan íntimo. ¿En verdad iba a casarse con ese hombre, cuyo modo de vivir era tan diferente al suyo? Sabía que ya no había marcha atrás, pues ya había recibido el dinero, pero en su interior buscaba desesperadamente una manera de zafarse.

—¿No te parece muy precipitado?

—Dijiste que te da igual la fecha —remarcó él con voz ronca.

—Sí, pero ¿y el consejo? ¿No les parecerá sospechoso?

—Me importa un bledo si les parece sospechoso o no.

—Pues no te entiendo. Si no convences al consejo, si piensan que esto es una treta tuya, seguramente no tendrás la presidencia.

Marco suspiró. Claudia sí que sabía poner el dedo en la llaga.

—Escucha, ya estamos metidos en esto, y no nos vamos a retractar. Le pediré a Alma que se encargue de la organización de la boda, ella sabrá qué hacer. Nos casaremos este fin de semana, tú elige el lugar y todo lo demás. Te daré una lista de mis invitados.

De pronto Marco parecía muy cansado. Claudia pensó que también él estaba expuesto a mucho estrés.

—Quiero una boda lo más discreta posible, con el menor número de invitados. Por mi parte solo asistirán mi padre, mis hermanos, algunos tíos y Alma.

—Yo soy una persona pública, Claudia, me conoce muchísima gente, no podemos tener una boda pequeña.

Claudia lo miró casi a punto de llorar. No era una persona insegura de sí misma, pero el celo con que guardaba su vida personal podía muy bien ser tomado por una timidez extrema. Le costaba mucho trabajo confiar en la gente, especialmente después de las experiencias que había tenido con Julián, y odiaba sobre todo ser el centro de atención. Y ahora se veía obligada a hacer algo que no habría deseado nunca y verse expuesta a miles de reflectores solo para ayudar al pesado jefe de su amiga a lograr su objetivo.

La expresión en el rostro de Claudia le hizo sentir una inmensa ternura. De pronto la vio como una niña indefensa obligada a hacer algo que no quiere.

Ella se puso en pie de repente y abrió la boca para decir algo, mientras pasaba frente a Marco, pero él se apresuró a tomarla por los brazos suavemente y colocarla frente él, clavando sus pupilas en las de ella:

—Está bien, está bien, lo haremos como tú quieras. Será una boda pequeña, muy discreta.

Al verse tan cerca de Marco y ser consciente de la forma en que la tomaba, Claudia se sintió nerviosa de repente. Sonrió, con los ojos brillantes por el vino y por las emociones a flor de piel.

—Gracias —atinó a decir con un hilo de voz.

Se lo quedó mirando, esperando que Marco la soltara, pero no lo hizo, en lugar de ello subió la mano hasta su rostro y lo acercó al suyo en un gesto tan suave que Claudia apenas se dio cuenta de lo que estaba pasando. Sin pensarlo, la besó. Muy suavemente al principio, pero al ver que ella no se retiraba hizo el beso más apasionado y exigente. La rodeó con ambos brazos para acercar el cuerpo femenino al suyo.

Ella se dejó llevar por unos segundos, extasiada entre las brumas del vino y la calidez del abrazo masculino; no muy consciente de lo que hacía posó sus manos sobre el pecho de él y las dejó ahí, sintiendo cómo el pulso del hombre se aceleraba de pronto.

Los pensamientos coherentes empezaban a abandonar a Marco; Claudia podía ser testaruda y rebelde, pero su piel era suave como la seda, y su cuerpo se sentía tan bien entre sus brazos...

Con el otro brazo rodeó la cintura de ella y la acercó a su cuerpo; estaba empezando a perder el control, lo supo cuando empezó a acariciar suavemente la espalda de Claudia, rozando partes de piel desnuda, y percibió un toque eléctrico cargado de placer.

Ella tampoco era muy dueña de sí misma, su respiración empezaba a tornarse agitada por el creciente deseo que sentía y por el calor, mezcla de placer y expectación, que empezaba a extenderse por todo su cuerpo.

Por un breve instante pensó en dejarse llevar, sin pensar en las consecuencias, pero cuando él rozó con su pulgar el labio inferior de ella, en un breve instante en que se separaron, ella recordó que había bebido, y recordó a quién estaba besando. Entonces lo empujó con fuerza para separarse de él.

Marco la miró sorprendido; todavía la tenía entre sus brazos y los ojos de Claudia echaban chispas de rabia.

—Que te quede bien claro, Marco, que yo no soy una de esas tipas fáciles con las que estás acostumbrado a tratar, que se derriten por ti y se acuestan contigo a la primera de cambios.

Le dio otro empujón para que la soltara del todo. Marco se sentía insultado por sus palabras, tampoco es que fuera un promiscuo sin remedio; era cierto que tenía sus desahogos casuales, pero tampoco se acostaba con todas las mujeres que conocía. La prensa rosa siempre exageraba esas cosas, y en ese momento él era uno de sus objetivos favoritos.

Cuando él la soltó, ella recobró la compostura, y antes de retirarse a su habitación dijo, un poco más calmada:

—Quedamos en que no habría intimidad. Solo así funcionará esto.

Marco, quien sentía la dureza en su entrepierna y esperaba que ella no la notara, solo atinó a decir, con voz ronca:

—Tienes razón, perdóname, no volverá a suceder.

—Buenas noches —dijo ella con dureza.

—Buenas noches.

Tan pronto Claudia desapareció tras la puerta de su habitación, Marco se llevó las manos a la cara y luego las pasó por su pelo.

«¡Qué rayos acaba de pasar!» se dijo a sí mismo. «¿Eres idiota? Claudia ni siquiera te agrada» pensó molesto, sin poder evitar sentir que su estómago se contraía al pensarlo. Se había propuesto ser lo más frío posible con ella respecto al trato personal y a la intimidad, y ahí estaba él, a la primera oportunidad, besándola apasionadamente, haciendo lo primero que ella le había pedido que no hicieran.

«Ha sido el vino, tiene que haber sido el vino» se dijo, no muy convencido.

CAPITULO 10

A duras penas había podido conciliar el sueño, y fue hasta la madrugada que logró dormir. Se despertó alrededor de las nueve, desorientada, preguntándose por unos segundos dónde se encontraba. Recordó todo lo ocurrido el día anterior y gimió, apesadumbrada.

Se echó nuevamente sobre la almohada, mirando fijamente al techo, como si ahí fuera a encontrar la solución a sus problemas.

Se levantó poco después y salió de la habitación, aún en pijama. No escuchó ruido alguno y no tardó en percatarse de que Marco ya se había ido. La casa parecía aún más amplia a la luz del día, pues a través del enorme ventanal entraban libremente los rayos del sol, iluminándolo todo.

Se dirigió a la cocina, un poco más tranquila al saber que el dueño de la casa no se hallaba ahí. En la barra vio una hoja de papel y la tomó.

«Por favor, llámame en cuanto despiertes. Hay algo que quiero comentarte, no es grave, no te preocupes».

Se quedó mirando al papel como si fuera un artefacto extraño del que desconociera su función.

Durante las largas horas de insomnio de la noche anterior se había dado cuenta de que las cosas no tenían que ser tan malas como ella pensaba; siempre había sido muy cerebral, calculando cada movimiento en todos los aspectos de su vida: sentimental, estudiantil, laboral.

De acuerdo, no le agradaba Marco, la idea de casarse con él era sobrecogedora, y Julián prácticamente la estaba manipulando, pero ella también podría sacar ventaja del asunto. Tan pronto como su acosador estuviera controlado se dedicaría de lleno a la florería: tenía un proyecto muy bien definido para reestructurarla y renovarla, y Julián no la detendría.

Por otro lado, Marco tenía muchísimo dinero, y tal vez ella podría aprovechar para disfrutar un poco de las compras, viajes y diversiones de las

que había tenido que limitarse durante toda su vida debido a la situación económica tan restringida de sus padres.

«Si voy a sacrificarme, ¿por qué no disfrutarlo?» pensó, aunque se dio cuenta de que era más fácil pensarlo que llevarlo a la práctica. Pero se esforzaría, claro que se esforzaría, tampoco le gustaba hacerse la víctima, así que sacaría el mayor provecho posible de la situación.

Para empezar a poner en práctica su propósito, preparó café en la hermosa y moderna cafetera que Marco tenía en su cocina, y lo bebió tranquilamente en la barra mientras hojeaba una revista de modas que encontró en una canasta, en la sala.

Al terminar su café decidió que era el momento de llamar a Marco.

Él le explicó que consideraba prudente presentarse ante el padre de Claudia, por lo cual sugirió invitarlo a cenar, junto con los hermanos de Claudia, para comunicarles formalmente sobre la boda.

Ella estaba sumamente tensa, pero decidió calmarse y aceptar todas las sugerencias e imposiciones de Marco. Ya estaba metida en este lío, así que solo le quedaba poner su mejor cara.

—Me parece una excelente idea. Llamaré inmediatamente a mi padre para decírselo. Solo dime la hora y el lugar.

Marco le confirmó el nombre del restaurante y la hora y luego colgó. Por alguna razón que no quiso analizar se sintió culpable. Él había sido de lo más cortés, pero también lo había notado frío, y supuso que estaba molesto por el rechazo de ella la noche anterior.

Sacudió la cabeza para no pensar más en ello y llamó a su padre.

Marco no apareció hasta poco después de las seis de la tarde, con el tiempo justo para darse un baño y prepararse para la importante cena.

Contrario a lo que Claudia hubiera esperado, la cena transcurrió en un

ambiente distendido. Su padre se dedicaba a escuchar la agradable conversación que habían entablado Marco, Ernesto y Óscar acerca de autos, ya que compartían esa pasión, mientras Cintia, a quien también habían invitado, intercalaba preguntas sobre la empresa de Marco y su familia.

En un momento en que los cuatro estaban enfrascados en la charla, don Sergio miró a su hija, y esta, al sentir su mirada, clavó sus ojos en los de su padre. La expresión del señor parecía acercarse a la de la dicha, aunque Claudia prefirió catalogarla como de satisfacción. Extraño, pues el señor estaba al tanto de la naturaleza de su relación con ese hombre. Don Sergio le sonrió, de una manera que Claudia no le había visto desde hacía mucho tiempo, y por un instante se sintió casi feliz. Sí, tal vez su relación con Marco también pudiera beneficiar a los seres que amaba.

Todos los demás estaban tan entusiasmados; Marco y Óscar acordaron una entrevista de trabajo para unos días después.

Claudia no quería que Marco pensara que ella o su familia se estaban aprovechando de la situación, pero todos parecían encantados, y ella no quiso arruinarles la diversión.

—Bien —empezó a decir Marco luego de una pausa en la conversación—. Supongo que todos tienen una idea de por qué estamos aquí, así que no demoraré más en darles las buenas nuevas —Clavó su mirada en Claudia—. Los hemos citado aquí para comunicarles que Claudia y yo hemos decidido casarnos este fin de semana.

Óscar, Cintia y Ernesto empezaron a hablar todos al mismo tiempo, expresando su sorpresa y sus deseos de felicidad a los novios, mientras Claudia hacía enormes esfuerzos por ocultar su azoro.

—Bueno, por supuesto que les deseamos toda la felicidad del mundo, pero ¿no es un poco precipitado? —señaló la novia de Óscar.

—Sí, lo es, y estamos muy conscientes de ello —explicó Marco— pero, aunque ya lo habíamos decidido, las circunstancias nos han forzado a adelantar nuestros planes. Ustedes saben lo que ocurre con Julián, y no quiero que Claudia esté sola en su departamento, y tampoco en casa de ustedes, no

siento que esté segura ahí. Así que decidimos que lo mejor sería casarnos de una vez.

Los hombres asintieron en silencio.

—¿A dónde irán de luna de miel? —La pregunta de Cintia los tomó completamente por sorpresa.

—¿De luna de miel? —inquirió Claudia, como si desconociera el significado de la expresión.

—Sí, de luna de miel —recalcó Cintia, riendo al ver la expresión desconcertada de su casi cuñada.

—Debo confesar que no habíamos pensado en eso —intervino Marco mirando a la chica curiosa, y luego posó sus ojos en su prometida—, pero iremos a donde sea que Claudia elija.

—¿A dónde sea? —preguntó Cintia con ensoñación.

—A donde sea —confirmó Marco—. A París, Roma, Venecia, Canadá, Argentina, a Inglaterra... tú elige —dijo mirando a Claudia.

Esta sonrió y se encogió de hombros, abrumada. No había pensado en esa posibilidad y ahora se le antojaba irreal y fascinante.

—Pues... no sé, tendré que pensarlo.

—¿Qué tal un tour por Europa? —sugirió Cintia.

—Eso suena genial —reconoció Marco, con una expresión de placer que hizo pensar a Claudia que él tenía planes que ella desconocía.

—Bien, entonces mañana mismo pediré a Alma que haga los arreglos.

Listo, así de simple; con una facilidad pasmosa Marco decidía y ordenaba ejecutar sus planes. Claudia se sintió impresionada y abrumada a partes iguales. La seguridad y el aplomo de Marco la hacían sentir pequeña e inexperta, y por un instante se sintió molesta con ella misma, porque siempre había luchado por ser independiente y decidida. En ese instante sentía que los aspectos más importantes de su vida no dependían de ella. Sin embargo, había tomado la resolución de dejarse llevar por las circunstancias, hasta donde su cordura —o lo que quedara de ella— no se viera tan comprometida,

y compuso su mejor sonrisa para continuar con la cena tratando de estar conforme.

Marco se disculpó para ir al sanitario, y don Sergio lo siguió.

Mientras se lavaban las manos, don Sergio lo miró por el espejo y preguntó en su habitual tono sereno:

—¿Estás seguro de lo que están haciendo?

Claudia le había pedido que no le dijera a nadie la naturaleza de su relación con Marco, ni siquiera a este último, ya que le había solicitado total discreción, y por supuesto que no traicionaría a su hija, pero de alguna manera quería asegurarse de que Claudia estaba en buenas manos.

Marco le devolvió la mirada y con gran seguridad respondió:

—Sí, don Sergio, estamos completamente seguros.

El señor guardó silencio por unos segundos y luego, con una sonrisa dulce, como si evocara muy viejos recuerdos, dijo, casi para sí mismo:

—Claudia es una chica difícil. Es muy dulce, y tenaz, y cuando se trata de luchar por la familia es muy fuerte y decidida. Pero es dura de pelar.

Marco tenía una idea muy precisa de lo que quería decir con eso, y sonrió sin poder evitarlo. Claro que sabía lo que le esperaba, ya lo estaba viviendo, de hecho, pero no alcanzaba a comprender las verdaderas intenciones de su futuro suegro.

—Solo quiero pedirte que tengas paciencia con ella.

—Claro que la tendré don Sergio, se lo prometo —dijo, muy serio.

El señor volvió a mirarlo durante unos segundos.

—Me da la impresión de que te hará rabiar.

Marco hubiera querido reírse, pero se dio cuenta de que el hombre no estaba nada alejado de la realidad.

—Ya lo hace, don Sergio, se lo aseguro. Vaya que lo hace.

Esta vez fue el señor quien no contuvo la risa.

—Lo sé. Pero es una buena chica. Solamente no la contradigas y todo estará bien.

El joven asintió y volvieron con los demás.

Marco ni siquiera hubiera sospechado que su futuro suegro estuviera enterado de la verdadera naturaleza del asunto, y se sintió satisfecho pensando que don Sergio confiaba en que él sería un buen esposo para su hija.

Cuando se despidieron a las afueras del restaurante, Claudia se sorprendió del ambiente jovial que reinaba entre sus hermanos y Marco. Solo su padre parecía más sosegado, mirándolos alternativamente a ella y a su novio con una mezcla de expectación y complacencia contenida que la joven supo interpretar muy bien a pesar de la reserva de su padre.

Ya en el auto, parecía que iban a realizar todo el trayecto en silencio, pero Marco lo rompió:

—Creo que sería conveniente que mañana te reunieras con Alma para definir el lugar, y todos los detalles de la ceremonia. Incluso, puedes invitar a tu cuñada para que les apoye, se ve que está muy entusiasmada.

Ella hizo caso omiso a casi todo lo que él había dicho, pues de pronto se había percatado de algo muy importante.

—No vamos a casarnos por la iglesia, ¿o sí?

Marco apartó la mirada del volante por dos segundos para mirarla a ella, y sonrió divertido.

—No, por supuesto que no.

Ella suspiró, aliviada.

—¿Y bien? ¿Qué piensas de mi sugerencia?

Ella miró a su derecha.

—Pienso que Alma está muy ocupada como para poder ayudarme con los preparativos de la boda.

—Yo me encargaré de que no lo esté, esto es más importante en ese momento.

—Por supuesto. Olvidé que me caso con el todo poderoso Marco Roselli

—El tono seco de ella hizo que a Marco se le erizaran los vellos del cuerpo.

¿De verdad era él tan desagradable, tan repugnante, que no podía hacer un pequeño esfuerzo para disimular su desprecio? La actitud de ella lo exasperó en un grado insospechado.

—No creí que eso tuviera algo de malo —replicó con voz ronca, sin quitar la vista del camino.

Respiró profundo para tratar de calmarse y no dijo nada más. Claudia podía ser de lo más irritante, pero no iba a ser él quien perdiera los estribos.

A pesar de haber dormido mal, Claudia se despertó temprano a la mañana siguiente. No quería toparse con su anfitrión, pero sentía unos enormes deseos de tomar un café caliente y cargado. La mañana podría pintar terrible, pero un buen café siempre, siempre, la ponía de buen humor.

Marco se hallaba en la barra frente a un sándwich que parecía salido de una revista y un vaso con una bebida de un extraño color violeta que Claudia prefirió no averiguar qué era.

—Buenos días —la saludó él con una deslumbrante sonrisa que la desconcertó.

Marco se hallaba de buen humor, pero en realidad había sonreído para disimular su reacción ante el aspecto de Claudia: se había recogido el cabello en una coleta desordenada, y los mechones rojizos que rodeaban su rostro hacían resaltar el color esmeralda de sus ojos. Vestía un pijama de pantalón holgado y blusa de tirantes que, a pesar de ser muy recatado, a él le pareció de lo más sugestivo. Definitivamente le estaba haciendo daño la cercanía con esa mujer, o tal vez él realmente era el donjuán que Claudia creía que era. Se sintió un tanto confundido y bajó la mirada para continuar devorando su sándwich.

—Alma te llamará en unos minutos para ponerse de acuerdo contigo y ver todo lo de la boda.

—Está bien —asintió ella en tono pensativo mientras se servía una taza de café.

Solo llevaba un día en casa de Marco sin otra actividad, excepto esperar, y ya se sentía aburrida. Pensó que sería conveniente decirle a Alma que salieran a desayunar, y se lo expuso a Marco.

—Me parece una excelente idea, y creo que deberías invitar también a Cintia.

Dos horas después, las tres mujeres se encontraban desayunando plácidamente en la elegante terraza de un bello restaurante en la zona más exclusiva de la ciudad. Alma tenía una tarjeta de crédito ejecutiva por parte de Grupo Roselli, que Marco le había autorizado a utilizar a discreción, así que no tenían que preocuparse de nada.

Alma y Cintia se entendieron a la perfección y tomaron el control de la organización de la boda con una pericia que dejó boquiabierta a Claudia. Se sentía extraña en esa situación, observando cómo su amiga y su cuñada planeaban su boda, mientras ella actuaba como mera espectadora y solo intervenía para hacer pequeñas observaciones.

A pesar de que le hubiera gustado tener una parte más activa, se sintió cómoda con que fueran ellas quienes decidieran todo lo relacionado con el gran evento. No quería admitirlo ni siquiera ante sí misma, pero se sentía abrumada y nerviosa.

Claudia aprovechó un momento en que Cintia fue al sanitario para preguntar a su amiga cómo iba todo con Álex. Alma suspiró, satisfecha.

—Todo va de maravilla. ¿Sabes? Creo que Marco se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, no sé, pero desde hace varios días me ha dejado salir más temprano y no me pide que me lleve trabajo a casa. Aunque de cualquier manera yo lo hago, porque no quiero atrasarme, esa auditoría me tiene vuelta loca. Pero he estado viendo a Álex todos los días, incluso cenamos con sus papás anoche.

—Me da mucho gusto —Claudia se recargó en el respaldo con los brazos cruzados. Estaba totalmente satisfecha con la felicidad de su amiga.

—¿Lo ves? Marco no es tan malo como piensas, es un excelente jefe, y un muy buen amigo también.

Claudia sonrió abiertamente, como no lo había hecho en días.

—Sí, ya lo veo.

—Hasta he llegado a pensar que tú y él podrían llegar a enamorarse.

La sonrisa de Claudia se esfumó como por arte de magia.

—Acabas de arruinarme la mañana. Una cosa es que admita que es un buen jefe contigo, y otra muy diferente que yo llegara a enamorarme de ese mandón vanidoso y egocéntrico.

—Marco no es egocéntrico. Reconozco que tal vez ha sabido sacar provecho a su aspecto físico, pero tampoco es vanidoso. ¿Y mandón?

—Es tu jefe, ¿no? Tú deberías saberlo.

—Pues... no.

—Pues... sí. A mí prácticamente me ordenó, sin derecho a réplica, que me fuera a su casa después de lo que pasó con Julián.

Alma no dijo nada, pero estuvo prácticamente segura de que si Marco adoptó esa actitud fue debido a la terquedad de su amiga.

—Puede ser muy imponente a veces —admitió.

—Sí, así es. Supongo que cuando nos casemos pensará que estoy a su entera disposición, con el único propósito de acatar sus órdenes y deseos.

Alma soltó una carcajada.

—¡Eres tan exagerada! Marco te tratará muy bien, es muy considerado — hizo una pausa efectista—. Es más, te complacerá saber que tan pronto llegue a la oficina haré las reservaciones para tu luna de miel, un romántico y maravilloso tour por las ciudades más hermosas de Europa: Viena, Praga, Roma, Florencia, París, Ámsterdam...

—Sí... me parece demasiado...

—¡Ay, por favor, Claudia! ¿Es que no puedes disfrutar lo bueno que la vida te ofrece? Yo mataría por un viaje así, y tú lo tendrás gratis.

Claudia se sintió culpable.

—Tienes razón, tienes razón, perdóname. Claro que estoy feliz, como sea, es una oportunidad única, y claro que pienso disfrutar ese viaje.

En ese momento llegó nuevamente Cintia con una sonrisa que dejaba ver a las claras cuánto estaba disfrutando de todo eso. Sin duda, tener una cuñada adinerada tendría sus ventajas.

—Bueno, señoritas, y ahora, lo más importante: el vestido de novia.

Claudia se quedó sin aliento y Alma tuvo que acallar la carcajada que estuvo a punto de dejar escapar ante la expresión de terror de su amiga.

Alma y Cintia escogieron un hermoso vestido blanco sin mangas, con medio vuelo que resaltaba la hermosa figura de Claudia, quien las veía hacer como una mera espectadora. La sensación de estar viendo la escena como si estuviera fuera de su cuerpo se repetía una y otra vez mientras trataba de convencerse de que era ella quien iba a casarse.

Al verse ante el enorme espejo no pudo negar que el vestido era precioso, y que ella se veía radiante en él: casi la novia perfecta.

Por un instante deseó que las circunstancias de su enlace fueran diferentes; no era particularmente romántica, pero le hubiera gustado mucho que, llegado el momento, se sintiera desbordante de felicidad.

Completaron el ajuar con una delicada horquilla que sostendría parte de su rojo cabello, y un exquisito juego de gargantilla y aretes de diamantes, pequeños pero espectaculares.

«Esta no soy yo» pensó cuando se admiró al espejo con todo el ajuar.

—Te ves preciosa —dijo Alma, devolviéndole la mirada a través del espejo.

—Te ves divina —opinó Cintia, llevándose las manos a la cara, extasiada.

Para cuando terminaron las compras hacía mucho que había pasado la hora de comer, así que Claudia regresó a la casa de Marco cerca de las siete de la tarde.

Él le había llamado por teléfono varias veces durante el día para asegurarse de que estaba bien, pero al verla llegar no reprimió un rictus de

enfado.

—Me tenías preocupado. Estuviste todo el día fuera.

Claudia sintió cómo su espalda se tensaba; nunca le había gustado dar explicaciones y odiaba que fiscalizaran sus actos y su tiempo, pero estaba demasiado cansada como para discutir. Se dejó caer pesadamente en el sofá mientras Tomás, el hombre encargado de su seguridad, dejaba todos los paquetes de las compras a un lado de la joven.

—Alma y Cintia me hicieron recorrer cientos de tiendas —dijo, casi con enfado—. Estoy exhausta —Y dejando caer la cabeza en el respaldo del sofá, cerró los ojos, como si pretendiera quedarse dormida ahí mismo.

—Preparé algo de cenar —terció él, y si la joven le hubiera puesto atención habría notado cierta ternura en su modo de decirlo.

—Gracias. Comimos hace apenas hora y media. Me iré directamente a la cama —respondió sin abrir los ojos.

—Será mejor que te vayas ya o te quedarás dormida en el sofá —replicó el hombre, tratando de no sonreír al ver lo cansada que estaba ella.

—Mmm.

Marco se acercó; bien, estaba dormida. Dudó entre dejarla dormir un rato en el sofá y despertarla más tarde para que se fuera a su habitación, o despertarla en ese mismo instante. Decidió dejarla dormir un rato en el sofá: se veía tan cómoda... y tan serena; definitivamente, solo dormida daba tregua.

Recogió los platos y cubiertos que había utilizado en la cena, se puso el pijama, se lavó los dientes, y luego posó su mirada en la mujer que dormía en el sofá. Aunque así no podía admirar el transparente verde esmeralda de sus ojos, se veía hermosísima, con una expresión de absoluta tranquilidad, sus labios rosados levemente abiertos, y su rojo cabello medio esparcido en el respaldo del sofá.

—Claudia. Claudia —habló en un susurro tratando de despertarla mientras movía uno de sus brazos.

Fue inútil: la chica estaba noqueada. Bien, no iba a dejarla ahí; la tomó en brazos y cargándola con cuidado la llevó hasta su habitación y la depositó en la cama con toda la delicadeza de que fue capaz.

Volvió a admirarla por unos instantes, sintiéndose un poco culpable por violar su privacidad de esa manera, y pensó que, si no fuera por su temperamento belicoso, sería mucho más atrayente. Se sorprendió a sí mismo ante ese pensamiento, ya que ese temperamento beligerante era un rasgo de Claudia que empezaba a inquietarlo.

Gruñó sin poder evitarlo y se marchó a su habitación, antes de que sus pensamientos se adentraran aún más por esa vertiente que empezaba a resultarle bastante incómoda.

CAPITULO 11

Julián se presentó a la mañana siguiente en casa de don Sergio. Saludó a todos cordialmente, pero no dejó de sentir cierta frialdad, especialmente en el señor, que le resultó sospechosa. Seguramente Marco había ido con el chisme del ataque, y ahora ellos se pondrían en su contra. Eso no podía permitirlo: sabía que le era indispensable la buena opinión de los hermanos y el padre de Claudia para poder estar cerca de ella.

—Don Sergio, buenos días. ¿Qué le parece si lo invito a desayunar? También a ti Ernesto, vamos.

—No puedo, Julián, gracias, tengo mucho trabajo y debo llegar más temprano que de costumbre —respondió el joven.

—Yo tampoco puedo, aunque te lo agradezco —dijo don Sergio en su tono amable de siempre—. Tengo algunas cosas que atender durante la mañana.

—¿Irás a la florería? —inquirió Julián.

Don Sergio lo miró; se preguntó qué tan conveniente sería darle informes de sus movimientos a Julián. En ese momento decidió que lo mejor sería hablar abiertamente con él sobre el asunto.

—Sí, iré a la florería. Julián, ya que tocas el tema, hay algo que quiero comentarte. Marco, el novio de Claudia, dice que hace unas noches unos sujetos lo acorralaron a la salida de su estacionamiento, y le advirtieron que dejara de ver a Claudia si es que no quería tener problemas. Él está seguro de que tú los mandaste.

—¿Yo? Pero ¿ese tipo está loco? ¿Por qué mandaría yo a unos tipos a amenazarlo?

Don Sergio lo miró de forma penetrante. Julián siempre le había simpatizado, era muy servicial y un buen amigo de sus hijos, pero si existía la sospecha de que tenía intenciones de dañar a Claudia, él estaría dispuesto a

cualquier cosa con tal de averiguarlo, y alejarlo de ella.

—Claudia me dijo —empezó en tono pausado— que tú estás enamorado de ella, que hace tiempo le pediste que fueran novios, pero ella dijo que no.

Julián se revolvió, incómodo.

—Mi hija te tiene miedo, Julián —continuó—. Puede ser que tenga sus motivos, yo no se los he preguntado, pero eso, aunado a lo que le pasó a Marco, me obligan a pedirte, por su bien y por el tuyo propio, que te alejes de ellos.

La cara de Julián se tornó roja.

—Don Sergio...

—Julián, mi hija va a casarse, va a hacer su vida junto a ese hombre, te guste o no. Es su decisión, y tú tienes que respetarla, no tienes derecho a intervenir.

—Pero, es que, don Sergio, usted no entiende. Yo amo a Claudia, ella lo sabe, pero está ciega, no entiendo por qué no me acepta...

—Julián, parte de ser hombre es aceptar con dignidad el rechazo de una mujer —La suavidad en el tono del señor dejó sin palabras a Julián.

Haciendo un enorme esfuerzo por contener las lágrimas, que bien podían ser de rabia o frustración, el joven asintió solo con la cabeza y se marchó.

Pensó ir directamente a su taller, pero se sentía tan fuera de sí que ingresó a internet en su teléfono y buscó la dirección de Marco Roselli; frustrado, se dio cuenta que por ese medio no la conseguiría, así que llamó a uno de sus amigos del bajo mundo y le pidió que la averiguara. Una hora más tarde el tipo le dio la información que deseaba, y se dirigió hacia la exclusiva zona donde se hallaba la casa de su rival.

Un acceso de ira lo invadió cuando vio salir del elegante portón a Marco Roselli acompañado por Claudia, que cargaba unas cajas y un portafolios, mientras que el hombre metía en su auto un maletín, al parecer con una *laptop*, y otras cajas.

¿Qué estaba haciendo Claudia ahí a esa hora? ¿Acaso había dormido en la

casa de ese tipo? La ira se convirtió en rabia y tan pronto desapareció el BMW de Marco, corrió hacia Claudia cuando esta se daba la vuelta para volver al interior de la propiedad.

—¡Claudia!

La joven palideció al volverse y verse frente a frente con su acosador.

—Julián, ¿qué haces aquí? —Hubiera querido sonar molesta, pero su voz delató su temor.

—¿Qué haces tú aquí?! ¿Acaso ya vives con este tipo?

Claudia se envalentonó de pronto. Estaba harta de tener miedo de Julián, y ese era el momento para desengañarlo de una vez por todas. Se irguió y con voz temblorosa por la repentina ira respondió:

—Sí, ya vivo con él. Nos vamos a casar en unos días, así que, ¿cuál es la diferencia?

—¿Te vas a casar con él en unos días?! ¡Por favor, Claudia! El tipo ni siquiera te caía bien, ¿y ahora lo amas?

—Si me cae bien o no, si lo amo o no, no es tu problema, no tiene por qué importarte. Creo que he sido muy clara contigo al decirte que no quiero nada contigo, que no me interesas, pero al parecer tú no lo entiendes. No quiero que vuelas a acercarte a mí, a Marco, o a mi familia, ¿entiendes? ¡No quiero volver a verte en mi vida!

—¿No entiendes que yo te amo?! —Julián la tomó por los brazos y la zarandeó, lo que tomó a la joven totalmente por sorpresa.

—¡Suéltame, suéltame! —Claudia se revolvía asustada, tratando de liberarse, pero Julián era más fuerte.

—No voy a permitir que te cases con ese imbécil, ¿me oyes? Si vas a casarte con alguien, ¡será conmigo!

—¡Estás loco! ¡Suéltame, déjame!

La joven empezó a llorar, frustrada y asustada. Ambos estaban tan embebidos en la lucha que no se dieron cuenta de que el coche de Marco se acercaba. Al ver la escena desde la esquina se apresuró a acercarse, bajó del

auto a toda prisa y tomó por los hombros a Julián, arrojándolo a un lado.

—Pero ¿quién rayos te crees que eres, estúpido? ¡Cómo te atreves a venir hasta mi casa a acosar a mi novia! ¿No entiendes que ella no te quiere?

Julián se repuso rápidamente y arremetió contra Marco, pegándolo violentamente a la barda. Claudia lloraba y gritaba pidiendo auxilio, pero no había nadie más en la calle.

Los dos hombres empezaron a golpearse ferozmente, pero Julián, confiado en las artes de la calle, no contaba con que Marco también conocía algunos trucos de puños, por lo que unos segundos después lo sometió, más con estrategia que con golpes.

En ese momento Javier, Tomás y otros dos elementos de seguridad salieron por el portón y se encargaron de Julián.

—Quiero que lo encierren en la cárcel. Javier, encárgate, por favor —ordenó.

Todavía con la respiración agitada se acercó a Claudia, que estaba prácticamente histérica.

—¿Estás bien? —La tomó de la nuca para observar su rostro, sus hombros y su torso y comprobar que no tenía ninguna lesión.

Ella trató de controlarse y asintió con la cabeza. Marco le sonrió y la atrajo hacia sí para abrazarla y tratar de consolarla. La joven cerró los ojos y se dejó envolver por esos brazos fuertes y cálidos que la habían rescatado de su acosador. Aún estaba alterada, pero entró en una especie de shock.

Unos minutos después, cuando también Marco se hubo tranquilizado, la apartó un poco para mirarla a la cara; tomó su mentón y volvió suavemente su rostro a ambos lados para comprobar que no la había golpeado. También revisó sus hombros y sus brazos, mientras ella le aseguraba que estaba bien.

Los guardias de seguridad se habían ido hacía unos minutos con Julián en uno de los autos de servicio.

—¿Qué pasará con Julián? —preguntó a Marco.

—Presentaré cargos por acoso y agresión. A mi abogado no le costará

trabajo probar que fue él quien envió a los sujetos que me amenazaron.

Claudia asintió en silencio.

—No quiero hundirlo en la cárcel, pero si no me siento seguro de que ya no vaya a tratar de hacernos daño, me encargaré de que se quede varios años ahí.

—Usarás tus influencias.

Marco no supo si era una simple afirmación o un reproche.

—Sí, usaré mis influencias. Es obvio que ese tipo está loco, Claudia, no podemos confiarnos.

—No, tienes razón —admitió ella en tono cansado.

Entraron en la casa, Marco se cambió de ropa y Claudia se dio una ducha rápida para tratar de relajarse.

—¿Por qué volviste? —le preguntó a Marco cuando salió de la habitación.

—Por esto —respondió él, señalando una memoria USB que había dejado en la mesa de centro.

Ella trató de sonreír. Se lo quedó mirando por unos segundos.

—Gracias —dijo al fin—. No sé qué hubiera pasado si no hubieras regresado.

—Seguramente mis hombres se habrían encargado de la situación —replicó él, muy serio.

—Sí, es lo más probable —admitió ella en tono triste.

—¿Qué harás durante la mañana? —preguntó Marco cuando ya estaba en la puerta, unos minutos después.

Clavó su mirada en ella: por un instante le pareció vulnerable y frágil.

—Yo... iré a ver a mi papá.

—Es una buena idea. Espera a Javier para que él te lleve. Tengo que irme. Trata de tranquilizarte.

—Lo haré.

Tan pronto llegó a la oficina, Marco habló con su abogado para exponerle el caso de Julián. El abogado le aseguró que no sería ningún problema hundir

en la cárcel a Julián, pero Marco no se quedó tan tranquilo como hubiera deseado. Si bien era cierto que deseaba a Julián fuera de su vida y de la de Claudia, tampoco quería actuar de mala fe y causarle un daño mayor.

Decidió que iría a hablar personalmente con él para tratar de convencerlo de que los dejara en paz.

Más tarde llamó a Alma para preguntarle cómo estaban resultando los preparativos de la boda, de lo cual su asistente le dio un informe muy pormenorizado y por demás entusiasta.

—Cuando veas a Claudia con el vestido de novia te vas a sorprender.

—¿De verdad? —preguntó él, tratando de aparentar el mayor desinterés.

—Oh, sí —replicó ella en un tono totalmente suspicaz, mientras giraba para dirigirse a la puerta.

—¿Ya organizaste lo de la luna de miel?

—Están por enviarme unos folletos con varios tours que te daré a elegir...

—No es necesario, elige el que a ti te parezca más apropiado y que pueda ser del agrado de Claudia —Mientras lo decía se hallaba revisando algo en su *laptop* con mucho interés, sin mirar a su secretaria.

—De acuerdo —Alma se disponía a dejar la oficina haciéndose un montón de ideas románticas en la cabeza, cuando se volvió repentinamente hacia su jefe—. Marco, el acuerdo prenupcial está en tu computadora, por si quieres revisarlo.

Marco la miró como si no supiera de qué estaba hablando, pero luego recordó que su padre había insistido en que elaborara un acuerdo prenupcial pues, aunque Claudia le agradaba mucho y parecía no tener interés en la fortuna de los Roselli, era mejor estar prevenidos.

—Está bien, lo revisaré más tarde. Gracias, Alma.

CAPITULO 12

Claudia había pasado gran parte de la mañana conversando con su padre sobre los planes para la florería; revisaron las cuentas pendientes por pagar y llamaron a muchos de sus clientes para confirmarles que el negocio seguía operando.

Claudia también llamó a algunos de sus proveedores para informarles que esa misma semana liquidaría los adeudos pendientes.

—Papá, tengo muchas ideas. He estado viendo en internet muchos diseños muy modernos y divertidos que podremos aplicar, tú sabes, tenemos que innovar, crear cosas diferentes. He estado pensando en tomar un curso, habrá uno próximamente en Cuernavaca, y al parecer estará muy interesante.

Claudia estaba muy entusiasmada, y don Sergio se sintió feliz: hacía mucho tiempo que no veía a su hija tan emocionada.

—Hija, me parecen excelentes tus ideas, y ya sabes que tú mandas aquí. Ella lo miró enternecida.

—No, papá, tú mandas aquí, la florería es tuya.

—La florería es nuestra. Y no habría sobrevivido sin ti estos dos años. Tienes tanto derecho como yo a decidir lo que se hace aquí.

—Gracias, papá.

—Gracias a ti, hija.

En ese momento sonó el móvil de la joven. Era Marco, quien llamaba para informarle que su padre había planeado una cena para conocer a la familia de Claudia, tras ser informado de que la boda se llevaría a cabo ese mismo fin de semana.

—¿Esta noche? Marco, estoy muy cansada, hemos estado saliendo casi todas las noches, y además estoy muy ocupada.

—Claudia, la boda es dentro de unos días, me parece que es forzoso que

nuestras familias se conozcan. Sería absurdo que se conocieran el día de la boda, ¿no crees?

—Dadas las circunstancias, no.

Marco respiró hondo. ¿Por qué Claudia tenía que complicar tanto las cosas? Recordó las palabras de don Sergio. «Debo tenerle paciencia» se dijo a sí mismo.

—Claudia, por favor.

—Está bien, está bien. ¿A qué hora?

—A las siete y media. Enviaré un coche para que pase por tu papá y tus hermanos. Por supuesto, Cintia también está invitada.

—De acuerdo, le diré a todos.

—Gracias. Te veré en la noche.

Por un pequeño instante se sintió culpable. No estaba llevando muy bien su propósito de actuar como si aquella situación fuera normal. Su frustración y sus preocupaciones la dominaban, y se dio cuenta de que tenía que ser ella quien dominara sus emociones.

—El papá de Marco nos invitó a cenar esta noche en su casa, papá. Quiere conocer a mi familia.

Don Sergio la miró, serio.

—¿El padre de Marco sabe lo de ustedes?

Claudia se sonrojó. Ahí estaba la culpa de nuevo.

—No, papá, no lo sabe. Don Héctor piensa que su hijo y yo estamos enamorados.

—Ah.

—¿Qué...?

—Hija, me parece que te estás preocupando demasiado por todo esto. Si ya tomaste la decisión y ya anunciaron que van a casarse, creo que debes adoptar una actitud más positiva. No es que yo aplauda lo que estás haciendo, bien sabe Dios que me encantaría que no tuvieras que hacer ningún sacrificio por mí, pero tampoco es tan malo. Si estuvieras engañando a Marco, si

realmente estuvieras casándote con él solo por su dinero, y él pensara que estás enamorada de él, yo sería el primero en reprochártelo y obligarte a hacer lo correcto.

Claudia pensó que su padre tenía razón. Claro que se sentía culpable por lo que estaba haciendo, pero ya había tomado una decisión: tenía un compromiso con Marco, y debía cumplirlo.

Los dos señores se entendieron a la perfección. A pesar de sus diferencias en materia económica y de experiencias de vida, ambos coincidieron en muchos puntos, y los dos parecían felices con aquel enlace.

Don Héctor se mostró feliz de volver a ver a Claudia, así como de conocer a toda su familia. Esta vez no conversaron tan ampliamente como la anterior porque el papá de Marco y el suyo se enfrascaron en una conversación sobre «los viejos tiempos», mientras los jóvenes charlaban sobre temas de actualidad.

Claudia conversaba alegremente, y Marco se sintió íntimamente complacido por su actitud distendida y cordial. De alguna manera sentía que ella no estaba fingiendo solo porque estaban presentes sus hermanos, sino que se esforzaba por ser agradable y jovial.

En varias ocasiones la sorprendió mirándolo, como si pretendiera asegurarse de que él era consciente del cambio en su actitud, pero rápidamente volvía la vista hacia otro lado.

—Fue una cena muy agradable —afirmó ella cuando ya iban a la casa de Marco.

—Sí, lo fue. Al parecer nuestros padres simpatizaron de inmediato.

—Son casi de la misma edad. Deben tener muchas cosas en común, a pesar de que se desenvuelven en círculos muy diferentes.

—A veces creo que piensas que las personas adineradas somos

especímenes raros —replicó él.

—¿Por qué dices eso? —Claudia lo miró, extrañada.

—Los *ricos* no somos tan diferentes, Claudia; tenemos problemas y sentimientos, igual que todas las personas.

—Yo jamás he dicho que sean diferentes, o que no tengan sentimientos ni problemas.

—Pero sí lo piensas. Admítelo. ¿Qué piensas de mí? Que soy un tipo frívolo, un *junior* al que solo le interesa acostarse con mujeres y gastar su dinero en placeres superficiales.

Claudia estaba azorada por el hecho de que él fuera tan consciente de lo que ella pensaba sobre él.

—Bueno, no puedes negar que tienes esa fama bien ganada.

—¿Bien ganada? ¿Desde cuándo confías tanto en la prensa amarillista? Exageran las cosas para vender. Me extraña que una mujer como tú base su criterio en esas cosas.

—No baso mi criterio en la prensa amarillista. Solo mírate, eres guapo, joven, rico y se te ve con una mujer diferente en cada fiesta...

—Me gusta divertirme, pero eso no quiere decir que soy un promiscuo o un perverso.

—No entiendo por qué te molestas tanto por un simple señalamiento. No puedes negar que los círculos de nuestros padres son tan diferentes, y al decir eso no pretendía ofenderte.

Él prefirió no responder a eso. El resto del trayecto lo hicieron en silencio.

Claudia le había propuesto que, ya que Julián estaba en la cárcel, ella podría volver a su departamento, al menos hasta el día de la boda, pero Marco se lo impidió, argumentando que Julián aún podría mandar a sus amigos a hacerle daño.

Cada uno se fue rápidamente a su habitación diciendo un parco «buenas noches» al otro.

Marco se sentía molesto, y no sabía muy bien por qué. ¿Desde cuándo le

importaba tanto la buena opinión de Claudia?

Ella por su parte, sentía que tal vez se había excedido al expresar sus juicios sobre Marco. Alma le había dicho que la mayoría de las veces no regresaba a su casa con las mujeres con quienes salía, y suponía que su amiga lo conocía bastante bien como para saber eso. No bebía en exceso, apenas si tomaba dos copas de vino durante la cena, y no miraba lujuriosamente a las mujeres hermosas. Además, era sumamente responsable con su trabajo y al parecer era muy leal para con el legado familiar, y un buen hijo.

Se durmió con la amarga sensación de que estaba siendo muy mezquina con él.

Los días siguientes fueron de vértigo; Claudia se sentía como si estuviera sedada. Alma le mostró las invitaciones y los folletos de la luna de miel, y ella tenía la sensación de estar viendo la secuencia de una película. Le informó dónde la peinarían y la maquillarían y le hizo saber todo el protocolo de la boda.

—Estoy abrumada —atinó a decir sin que su amiga la oyera.

—Hay otra cosa —anunció Alma—. Debes firmar un acuerdo prenupcial, aunque, dadas las circunstancias, no creo que tengas problema alguno con ello.

Aunque había tenido muy poco tiempo para pensar en ello, Claudia era plenamente consciente de que tendría que haber tal acuerdo: Marco poseía una gran fortuna, y era lógico que tenía que protegerla.

Alma le extendió un fólter con el manuscrito, que Claudia leyó con detenimiento. Levantó la vista hacia su amiga con expresión de extrañeza.

—Aquí dice que, en caso de divorcio, tendré derecho a uno de los departamentos que Marco tiene, y a una considerable cantidad mensual durante un año.

—Así es.

—Pero habíamos acordado que Marco no me daría un centavo más.

—Bueno, él insistió, y su padre también —explicó Alma.

—No puedo aceptar esto, Alma, no es correcto. Yo le aseguré que no le pediría más dinero, ese era el trato. Esto es ilógico.

Marco acababa de llegar en ese momento y alcanzó a escuchar las últimas palabras de su futura esposa.

—¿Por qué es ilógico? —le preguntó, sobresaltándola, pues no se había percatado de su llegada.

—No quiero que me des nada cuando nos divorciemos, no necesito que me des nada más. Tenemos un acuerdo, y yo estoy dispuesta a cumplirlo.

—Yo también, pero en estos casos se acostumbra un acuerdo prenupcial, y yo insisto en compensarte, llegado el momento.

Claudia se irguió en su asiento.

—Eres muy generoso, pero no es necesario. Yo no me sentiría cómoda con esto.

Esta vez Marco no se sintió molesto porque ella le llevara la contraria; una chispa se encendió en su interior al ser totalmente consciente de que esa chica, que le estaba dando tantos dolores de cabeza, no solo era hermosa, lista y leal, sino también honesta e íntegra.

—Pero yo sí. Te ruego que lo aceptes —Y sin decir más se fue a su habitación, dejando a Claudia totalmente desconcertada.

—Esta es solo una copia. Marco me pidió que te la diera, por si tú querías hacer alguna corrección, o agregar algo. El original lo firmarán tan pronto los dos estén de acuerdo en los términos. Estará presente el abogado de Marco —Alma hablaba con cautela, como si buscara no exasperar más a su amiga.

Aquella aceptó, aunque en su interior no estaba convencida con los términos, pero en poco tiempo se había dado cuenta de que Marco podía ser muy testarudo y autoritario, así que era mejor no discutir.

Dado que ninguno de los dos tenía objeciones, el acuerdo quedó listo dos días después, y Alma le pidió que acudiera a la oficina de Marco para firmarlo ante el abogado.

Marco estaba muy ocupado para pasar por ella, pero envió a uno de sus

guardaespaldas a recogerla en la florería.

La joven había entrado alguna que otra vez al edificio de Grupo Roselli, pero solo había estado en una ocasión en la planta donde se hallaba la oficina de Marco. Por alguna extraña razón, en esta ocasión todo le pareció mucho más elegante e impresionante. «Así que estos son los fueros de mi futuro esposo», pensó con cierto asombro.

Su amiga la guio rápidamente a la oficina de su jefe, donde ya la esperaban él y su abogado. El trámite se llevó a cabo de forma muy ágil, y rápidamente despidieron al abogado.

—¿Quieres ir a comer? —Marco tuvo una inspiración repentina.

La chica hubiera preferido volver de inmediato a la florería, pero tuvo que admitir que estaba hambrienta, y aceptó.

Al salir de la oficina un joven con un carrito lleno de paquetes y sobres chocó con Marco.

—¡Señor Roselli! Le pido disculpas, perdóneme —El chico estaba realmente apenado.

El aludido sonrió amablemente.

—No te preocupes, Benny, fue un accidente. Además, casi no me dolió —añadió en tono bromista.

El chico se sonrojó.

—Lo siento.

—Ya, no te apures. Parece que llevas algo de prisa.

—Señor, estoy buscando la oficina de la señorita Govea, pero... no sé dónde está —admitió, apenado.

—Está en la planta 21. Pídele ayuda a Angélica, la recepcionista, ella te orientará sin problemas —le explicó con amabilidad.

—Gracias, señor Roselli. Y, de nuevo, discúlpeme —Y se dirigió rápidamente al ascensor.

Emprendieron ellos también el camino a los ascensores, pero él se dio cuenta de que Claudia tenía una expresión de extrañeza.

—¿Qué ocurre? —le preguntó con amabilidad.

Ella se volvió momentáneamente hacia él.

—Nada, es solo que... me sorprende que conozcas el nombre del mensajero, y que, además, lo hayas orientado sobre a dónde tenía que dirigirse.

Marco sonrió divertido.

—Para su información, señorita Mujica, yo no empecé en Grupo Roselli siendo un ejecutivo. Mi primer empleo aquí fue de mensajero.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿De verdad? ¿Fuiste mensajero?

—Así es; mi padre y mi tío insistieron. Dijeron que si quería formar parte del negocio familiar, tenía que empezar desde abajo —Arribaron al ascensor y él hizo una pequeña pausa—. Al principio, lo confieso, me sentí un tanto humillado porque pensaba que el puesto de mensajero era insignificante, pero pronto me di cuenta de que, en realidad, reviste una gran importancia.

—Ah, ¿sí? —Claudia parecía fascinada con lo que él le estaba diciendo.

—Sí. Tan solo imagínate que un contrato, un diseño, una propuesta, no lleguen a tiempo a su destinatario, o se pierdan, incluso... sería un desastre. Planes de negocios, colecciones enteras, dependen en buena medida de que el mensajero haga bien su trabajo. Además, gracias a ello conocí muy bien el edificio, así como a muchísimas de las personas que trabajan aquí. Conocer a las personas es algo muy, muy importante —enfaticó enigmáticamente.

Ella estaba impresionada, pero no dijo nada. Le gustaba esa faceta de Marco, sencilla, desenfadada. Nunca hubiera imaginado que él tuviera un trato tan afable con empleados de rango tan inferior al suyo, y le agradó muchísimo su humildad.

CAPITULO 13

—Estás preciosa —Alma la admiró desde una distancia prudente.

Cintia estuvo de acuerdo de ella. Claudia no atinó a decir nada. Estaba muy nerviosa. Se miró en el espejo, y por un instante se preguntó si esa mujer vestida de blanco, envuelta en organza y satín, era ella realmente.

—¿Sabes qué? Creo que debería traerte un té para que te tranquilices —Y Alma abandonó rápidamente la habitación para dirigirse a la cocina.

La boda no habría podido resultar más hermosa. Relativamente pocos invitados, tomando en cuenta la relevancia social del novio; un precioso y espacioso jardín, tiendas árabes, flores blancas, la suave música de la orquesta llenando el ambiente. A pesar de no considerarse romántica y de no ser una novia normal, Claudia pensó que era una boda de ensueño. Y a pesar de su nerviosismo inicial, la disfrutó, incluso más de lo que hubiera cabido esperar, dadas las circunstancias.

Todo resultó de un gusto exquisito. Marco no se separó de ella más que unos minutos para charlar con algunos miembros del consejo directivo que lo solicitaron para felicitarlo con mayor intimidad.

Todos parecían felices; Óscar y Cintia bailaban estrechamente abrazados, embebidos el uno en el otro y mirándose de vez en cuando, como si con solo una mirada pudieran entenderse. Ambos tenían deseos de casarse ya, pero Óscar planeaba tener un mejor empleo antes de dar ese importante paso. Claudia se preguntó si algún día ella encontraría a una persona que la mirara como su hermano miraba a Cintia, y a quien ella mirara con ese profundo amor que parecía dispuesto a todo.

Alma y Álex también bailaban como si nadie más existiera en el mundo, y Claudia se sintió feliz por su amiga. Estaba tan concentrada observando a sus seres queridos, que no se percató de la forma en que Marco la miraba desde el otro lado de la pista de baile. El tiempo parecía haberse detenido, y el

joven no podía apartar los ojos de aquella mujer vestida de blanco, cuyos ojos verdes brillaban soñadores. Con el vestido y el velo ondeando al viento, parecía salida de un cuento mítico. Tenía una sonrisa que por un momento le pareció triste, y Marco se preguntó qué estaría pensando su esposa en ese momento.

—Debe ser una mujer muy especial si consiguió atraparte —le dijo Rodolfo Sanabria, uno de los miembros de la directiva, que lo sorprendió infraganti.

Marco se volvió para mirarlo y sonrió sin decir palabra.

Aunque ya habían cumplido con los rituales acostumbrados, Marco pensó que casi no había bailado con su esposa, por lo que se dirigió hacia ella, haciéndole una muda invitación para que lo acompañar a la pista.

Ella ocultó su sorpresa, pues no esperaba que él la requiriera más que para lo indispensable. La fiesta estaba en su apogeo y había muchas parejas en la pista de baile, por lo que fueron pocos los que les prestaron atención; sin embargo, Claudia se sonrojó irremediablemente cuando Marco la tomó por la cintura y la acercó a él para iniciar una danza acompasada e íntima. En otras circunstancias tal vez habría disfrutado mucho de aquello, no podía negar que se sentía muy bien estando en los brazos de Marco, pero la situación la cohibía, y el darse cuenta de que él podía resultar tan atractivo y sensual no le ayudaba.

Él atribuyó la actitud de ella a su incomodidad por tener contacto físico con él, pero por una vez no le importó. Se sentía muy bien al tenerla entre sus brazos, tenía una hermosa figura, era una bailarina muy ligera, además de hermosa, y olía delicioso.

La estrechó todavía más, y cuando la pieza terminó, se separó de ella solo lo indispensable para mirarla a la cara; estaba sonrojada y preciosa. Y no pudo evitarlo: sus labios eran tan tentadores, que tuvo que besarla. Claudia se sorprendió, pero estaba tan aturdida que ni siquiera intentó apartarse; sintió cómo una corriente eléctrica recorría todo su cuerpo y sus labios se adaptaban a los de Marco de forma perfecta.

Fue un beso en apariencia dulce, pero ambos pudieron sentir la pasión que se despertaba entre ellos.

Al separarse, él la miró, sonriente, y ella casi hubiera pensado que parecía feliz. Dejaron la pista y Marco la guio a la mesa de honor llevándola de la mano, mientras ella trataba de ahuyentar el calor que se había apoderado de su cuerpo.

Si pensó que tener a Marco cerca sin consecuencias sería fácil, era obvio que se había equivocado.

CAPITULO 14

A pesar de que Marco ya conocía gran parte de los lugares que visitaron, sintió como si fuera la primera vez que viajaba por Europa. Claudia era incansable a la hora de hacer los recorridos, y parecía una niña pequeña, desbordada por el entusiasmo de conocer todos esos hermosísimos lugares.

Praga la fascinó.

—Tal vez París sea la ciudad del amor, pero Praga, de seguro, es la ciudad más romántica y nostálgica —afirmó mientras admiraba los faroles que iluminaban las bellas calles del centro.

En Ámsterdam su ánimo rebasó el entusiasmo y llegó al punto de la euforia al ver los explosivos colores de los tulipanes que exhibían en los mercados.

Viena la hizo suspirar, y en Suiza Marco tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no abalanzarse sobre ella cuando empezó a ronronear de placer, de la forma más sensual que él había visto hacer a una mujer, mientras comía una exquisita trufa de chocolate, suizo, por supuesto.

Si ella estaba disfrutando el viaje, para Marco estaba resultando un calvario. Compartían la cama, por motivos prácticos, pero no se tocaban: ese era el acuerdo, y Marco descubrió que le costaría mucho trabajo cumplirlo. Había esperado que Claudia fuera reservada y distante durante su luna de miel, pero lo había sorprendido con su algarabía y su más que buena disposición. Se mostraba muy curiosa y hacía muchísimas preguntas, pues suponía que él había visitado esos lugares varias veces, además de que lo consideraba un hombre culto.

Así, relajada y alegre, resultaba aún más atrayente. Ella, sin embargo, no se daba cuenta de nada, y atribuía la parquedad de Marco y su actitud seria a que seguramente estaría pensando en sus negocios.

Ni siquiera se sintió ofendida o molesta, al contrario, pensó que él estaba

haciendo un sacrificio al dejar su empresa por ella, aunque los resultados de ello lo beneficiaran directamente a él.

Hizo caso omiso de todo ello y se dispuso a disfrutar de su viaje por Europa, decidida a que no fuera el único. Cómo le hubiera gustado ir con Alma; seguramente juntas se habrían divertido muchísimo.

Sus únicos sobresaltos eran a la hora de ir a la cama; tendría que haber estado ciega para no sentirse afectada al ver el bello cuerpo de Marco, que dormía con un pantalón holgado y una camiseta de algodón, que se ceñía a su torso perfecto. Además, olía maravillosamente.

Tenía que hacer un enorme esfuerzo por ignorar todo aquello, pero el cansancio por las largas jornadas turísticas la dejaban rendida, de modo que conciliaba el sueño rápidamente, mientras Marco pensaba que se había casado con un témpano.

Él hubiera querido sentirse aliviado cuando transcurrieron las dos semanas y por fin regresaron a México. Hubiera deseado poder disponer, ya en su casa, de una manera más práctica para dormir tranquilamente, sin la constante inquietud de tener a Claudia tan cerca, pero también ahí tendrían que compartir la habitación. No era de piedra, y todas las circunstancias se habían conjugado para que él empezara a sentir una tremenda necesidad de tocarla. Ella era hermosa, sexi, sumamente agradable cuando se lo proponía, ingeniosa y divertida... Tenía que dejar de pensar en eso o no podría contenerse por mucho tiempo.

Claudia suspiró cuando llegaron a la casa de Marco y se dejó caer en el sofá.

—No me había dado cuenta de lo cansada que estaba, hasta este momento —declaró.

Marco sonrió.

—Por supuesto que estás cansada. Recorriste a pie una tercera parte de Europa.

—Y lo volveré a hacer, pero otra tercera parte, y no muy pronto —aseguró.

La forma en que lo dijo hizo reír a Marco, y ella se lo quedó mirando.

—¿Qué? —preguntó él.

—Nada —replicó ella, repentinamente nerviosa.

Se levantó y se dirigió a la habitación que había ocupado antes de la boda.

—Me daré un baño y luego me iré a la cama.

Marco hubiera querido decirle que sería conveniente que se trasladara a su habitación, ya que la mujer del servicio de limpieza podría sospechar si tenían recámaras diferentes, pero pensó que por esa noche podría dejarlo pasar. Además, sería un verdadero alivio para él.

CAPITULO 15

—¿Y bien? ¿Qué tal tu luna de miel? Sé que está de más preguntar, debe haberte ido maravillosamente, pero quiero detalles —soltó en tono pícaro Luca Marconi al día siguiente cuando Marco llegó a su oficina.

—Por supuesto que me fue maravillosamente —hubiera querido sonar más convincente, pero tuvo que conformarse.

—Estoy seguro de que sí. Esa mujercita tuya parece muy temperamental.
Marco guardó silencio.

—El consejo te está considerando muy seriamente para la presidencia, Marco. Aunque no faltó quien te criticara por estar tan atento a la compañía durante tu luna de miel, a algunos miembros del consejo les agradó tu actitud, piensan que es una muestra de tu sentido de la responsabilidad

—No podía dejar todo al garete —señaló Marco, tecleando algo en su computadora.

—No, por supuesto que no. Esto solo viene a afirmar la buena opinión que siempre se ha tenido de ti, siempre has sido muy entregado, y eso se te reconoce. Me parece que le llevas una buena ventaja a los otros candidatos.

—Excelente —la voz carente de emoción contradecía la expresión.
Luca lo miró.

—¿Hay algo que te esté preocupando, hijo?
Marco levantó la mirada.

—¿Preocupando? No, por supuesto que no.

—Bien. Me alegro —Luca se puso de pie—. Solo vine a felicitarte, así que te dejo trabajar.

—Gracias, Luca. Me da gusto estar de vuelta.

—Papá, qué bueno que llegaste. Ven, quiero mostrarte algo —Claudia parecía muy excitada.

Don Sergio saludó apresuradamente a Violeta y Fran, los dos jóvenes que trabajaban en la florería, y a quienes Claudia había recontratado, luego de que tuviera que pedirles, meses atrás, que dejaran al trabajo debido a la insolvencia del negocio.

Los chicos le devolvieron el saludo alegremente, contentos de estar trabajando nuevamente en el lugar, y ver que Claudia tenía grandes planes para que este resurgiera.

La joven lo llevó hasta el mostrador y volvió la *laptop* para que don Sergio pudiera ver lo que quería mostrarle.

—Es el diseño del nuevo logotipo y de la lona que pondremos afuera; un amigo mío, quien es diseñador, me está ayudando con el aspecto gráfico, y mi amiga Michelle nos ayudará a rediseñar el interior del lugar para que sea más funcional y mucho más atractivo. Ella es arquitecto. Ya le envié varias fotos y mañana vendrá para traer algunos bocetos y ver personalmente el local.

Don Sergio sonrió complacido.

—Veo que vas en serio, hija.

—Claro que sí, papá. Ya lo verás, la florería quedará preciosa, y luego haremos una fiesta de reinauguración, invitaremos a todos nuestros amigos e incluso a amigos de Marco. Me aprovecharé un poco de sus influencias y le pediré que llame a los medios para que le den cobertura. Ninguno querrá perderse la reapertura del negocio de la esposa de Marco Roselli.

Su papá rio abiertamente.

—Casi podría jurar que estás disfrutándolo —dijo entre risas.

—Lo estoy disfrutando —asintió, con una gran sonrisa, y luego se concentró en reenviar un correo a su amigo diseñador con algunas sugerencias para el diseño final del logotipo.

Al terminar se entretuvo un buen rato contando a su padre todo lo que

había hecho en Europa y mostrándole en su móvil algunas de las fotos que había tomado.

—Es muy hermoso, hija. Me alegra mucho que hayas tenido la oportunidad de conocer tantos lugares tan bellos. Soy consciente que, de otra manera, no habrías podido hacerlo.

Claudia bajó la voz:

—Bueno, papá, este pequeño sacrificio debe tener sus recompensas.

—¿Cómo estuvo Marco?

—Bien, muy bien, me llevó a todos los lugares interesantes y me explicó muchas cosas. Él ha viajado mucho.

—Entonces, se portó bien.

—Bastante bien, papá, él es todo un caballero —No había nada de romanticismo en el tono de su hija, más bien parecía querer señalar un hecho concreto, y don Sergio no preguntó más.

A petición de Marco, Claudia fue a las oficinas de Grupo Roselli para comer con él. Fueron a un restaurante cercano porque su joven esposo le dijo que tenía muchas cosas que hacer.

—Debemos ir a que escojas un coche.

Claudia levantó la vista y dejó suspendida la mano con el tenedor.

—¿Disculpa?

—Debemos ir a que escojas un coche.

—¿Un coche? ¿Para qué?

Marco pareció divertido.

—¿Cómo que para qué? Para que vayas y vengas a donde quieras. Es obvio que yo no puedo llevarte todo el tiempo.

—Pero, yo no quiero un coche.

—¿Cómo puedes decir que no quieres un coche? Todo el mundo quiere un coche. ¿Acaso no sabes conducir?

—Claro que sé conducir, pero no quiero que me compres un coche.

—¿No quieres un coche, o no quieres que yo te compre uno? —Marco

empezaba a exasperarse. Con Claudia todo era siempre un tira y afloja.

—No quiero que me compres un coche. Yo... eso no estaba en el trato.

A Marco no le quedó más remedio que soltar una carcajada. Empezaba a entender.

—Escucha, no tienes razón al pensar así, es ridículo que digas eso. Eres mi esposa, y como tal, debes tener tu propio auto. Es absurdo que andes en taxi o en el transporte público.

—Ah, entiendo: es una cuestión de imagen.

—Es una cuestión de comodidad, y de seguridad también. Por favor, Claudia, no hagas una tormenta en un vaso de agua, se trata solo de un coche.

—Para ti es fácil decirlo, puedes comprar muchos y no tienes que preocuparte de cómo los vas a pagar.

—¿Y acaso eso es malo? ¿Debo sentirme culpable por eso?

—No quise decir, eso. Solamente no quiero que gastes tanto dinero en mí.

—Bueno, como bien dijiste, no me importa gastar una gran cantidad de dinero, siempre y cuando sea en algo útil y que valga la pena. Te compraré un auto, y se acabó la discusión.

Claudia guardó silencio; Marco fue terminante: le compraría un auto. Lo que ella no había querido decirle es que no quería sentirse comprometida con él por ese tipo de acciones, pero entendió que él tenía razón: sería absurdo que la esposa de un hombre como él tuviera que tomar taxis o el transporte público.

—Mi padre quiere que cenemos esta noche con él —le informó él unos minutos después, tras un incómodo silencio.

Claudia estaba al borde de la extenuación, pero no quería causarle más disgustos a Marco; se daba cuenta de que era muy terca, y a pesar de que se había hecho el propósito de tener una actitud más abierta y flexible con él, era consciente de que no lo estaba logrando. Por ello, decidió no expresar lo cansada que se sentía.

—Me parece una excelente idea. Tu padre me agrada muchísimo. Hilda

también, es evidente que te quiere mucho.

—Me conoce desde que era muy pequeño, prácticamente es mi segunda madre.

Claudia hubiera querido preguntarle muchas cosas acerca de su madre; sabía por Alma que había fallecido cuando Marco era un adolescente, pero no le había dicho la causa. Marco era hijo único, y para la joven era casi incomprensible que una persona pudiera ser feliz en esas condiciones. Ella tenía dos hermanos, y ahora que ya eran adultos serios y responsables — bueno, la mayor parte del tiempo, admitió para sí— tenía que reconocer que su vida habría sido muy aburrida y solitaria sin ellos. Recordaba las peleas, los pleitos por ver quién tenía derecho a elegir el programa que verían en la televisión; las burlas cuando los chicos en la escuela empezaron a fijarse en ella, pero también recordaba cómo la protegían, sobre todo Óscar, por ser el mayor, y cómo se unían en torno a una causa común cuando tenían problemas.

Imaginó que la vida de Marco, a pesar del lujo y la opulencia, había sido muy solitaria.

La cena resultó de lo más entretenida. Don Héctor había invitado también a don Sergio y a los hermanos de Claudia, pero ambos tenían compromisos y se disculparon por no poder asistir.

El padre de Marco no podía ocultar su satisfacción; siempre había temido que su hijo terminara con una mujer frívola y sin escrúpulos que solo se interesara en su dinero, pero Claudia le gustaba mucho: era inteligente, ingeniosa y divertida, y la observó detenidamente hasta llegar a la conclusión de que no era el dinero de su hijo la motivación de la joven.

Al término de la velada Marco se ofreció a llevar a don Sergio a su casa, lo que Claudia agradeció internamente, porque ya era bastante tarde.

Ella se dirigía a su habitación cuando Marco la detuvo.

—Me parece que es conveniente que duermas en mi habitación.

A la joven se le fue el color del rostro. Se repuso rápidamente, sin embargo, después de todo ya había compartido habitación con Marco durante

su luna de miel.

—Supongo que sí. No queremos que la sirvienta sospeche ¿verdad? —No había rastro de ironía en su voz, y Marco pudo intuir que la situación la ponía nerviosa.

Fue a ponerse el pijama y se fue a la habitación de Marco. Comprobó que era aún más amplia que la suya; los muebles eran de color chocolate y la alfombra y las persianas tenían distintos matices de beige. La cama era baja y enorme. Se sintió aliviada.

Se acostaron poco después y la joven, a pesar de sus reservas iniciales, rápidamente se quedó dormida, tan cansada estaba. Marco, sin embargo, tardó bastante en conciliar el sueño.

CAPITULO 16

—Es muy temprano aún para ir a la florería, ¿no? — preguntó Marco a Claudia a la mañana siguiente, cuando la descubrió totalmente lista para salir cuando todavía no eran las siete de la mañana.

—Sí, es temprano, pero necesito ir a mi departamento a recoger algunas cosas. Con las prisas de la boda y la luna de miel dejé muchas cosas allá.

—¿Los muebles son tuyos?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Tendremos que enviar por ellos. Tengo un almacén en la parte trasera, no será problema ponerlos ahí.

Claudia lo miró un tanto desconcertada.

—No voy a dejar el departamento.

—¿Por qué no? No lo necesitas, vives aquí.

—Sí, pero no viviré siempre aquí, y cuando nos separamos quiero tener a dónde ir. Mi departamento está en un lugar muy céntrico y me encanta el barrio, así que no pienso dejarlo.

Marco no replicó nada más. Se había dado cuenta de que Claudia era no solo previsor, sino calculadora. De algún modo, las palabras de ella le hicieron sentir mal.

—¿Te veo para comer? —inquirió antes de que ella saliera.

—Alma y yo iremos a comer. No nos hemos visto en dos semanas.

—Y supongo que para ustedes es mucho tiempo. Está bien, te veré en la noche.

—*Ciao* —Claudia se despidió con un coqueto ademán que dejó a su flamante esposo bastante descolocado.

Claudia y Alma se abrazaron como si no se hubieran visto en meses.

—Tienes que contarme todos los detalles, anda, ¿cómo estuvo Marco?

Claudia la miró ceñuda.

—¿Por qué siempre me preguntas eso? ¿Cómo iba a estar?

Su amiga le dirigió una expresión que Claudia llamaba «ojos de perrito abandonado», y se dio por vencida.

—Está bien, te contaré. Marco estuvo muy atento, se portó muy bien, muy respetuoso, y debo confesar que es un guía de turistas excelente. Él ya había estado en muchos de los lugares que visitamos, así que me daba detalles muy específicos mientras hacíamos los recorridos.

—Mmm. ¿Solo eso?

—Alma —La advertencia era patente en el tono de su voz.

La chica prefirió no seguir fastidiando a su amiga, y le pidió que le contara sobre las ciudades que visitó, a lo que Claudia accedió solícita porque, en realidad, había sido una de las experiencias más hermosas y emocionantes de su vida, hasta ahora.

Cuando terminó su relato Alma se quedó pensativa.

—¿Qué tienes? ¿Te ocurre algo? —preguntó Claudia, preocupada.

—Hay algo que tengo que decirte.

La chica se sintió aún más aprensiva.

—¿Qué te pasa?

Alma guardó silencio durante varios segundos y luego, con ojos brillantes y una exuberante sonrisa respondió:

—Me voy a casar.

Su amiga sonrió, sorprendida.

—¿Te vas a casar?

—¡Sí! Me voy a casar. Álex me propuso matrimonio hace cinco días. Fue de lo más romántico, Claudia, debiste verlo. Me invitó a cenar, y yo pensé que quería celebrar porque ya van a empezar las obras de la plaza, pero de pronto puso una cajita frente a mí, me miró, y cuando la abrí me dijo:

«¿Quieres casarte conmigo?». Fue como de película, no lo podía creer.

La otra mujer estaba rebosante de alegría por su amiga; no gritó ni palmeó, porque ella en realidad era parca en sus expresiones de afecto o alegría, pero la miraba con una sonrisa rayana en la beatitud.

—Presentía que Álex te propondría matrimonio muy pronto. Felicidades. Pero no me has enseñado el anillo.

La chica extendió el brazo izquierdo para que su amiga pudiera admirar el hermoso anillo de platino con una piedra rectangular en solitario.

—Es hermosísimo —observó, emocionada.

Alma abrió los ojos como platos.

—Claudia, estoy dándome cuenta de que tú no tienes un anillo de compromiso.

—¿Y para qué querría yo un anillo de compromiso? —replicó Claudia entre risas.

—Por favor, no me digas que no te gustaría tener uno.

—No diré que no, pero me gustaría en las circunstancias adecuadas.

Su amiga clavó su mirada en los ojos verdes de Claudia.

—Dime una cosa; pero sé sincera, por favor.

—Temo lo que vas a preguntar. Pero venga, pregunta.

—¿Marco no te gusta ni siquiera un poquito?

Contrario a lo que hubiera esperado, Claudia no la fulminó con la mirada. Se quedó mirándola por unos segundos antes de responder:

—No diré que no es atractivo, claro que lo es. Demasiado, diría yo. Pero es un donjuán, Alma...

—Ya te dije que no es un donjuán, su fama es exagerada —interrumpió su amiga.

—Supongamos que no lo es; no tenemos nada en común. Tal vez no es tan frívolo como yo creía, pero el ambiente en el que crecimos es tan diferente. Yo he tenido que luchar toda mi vida para salir adelante, mi familia siempre ha tenido carencias, en cambio él ha vivido siempre rodeado de lujos, es un

hombre de mundo...

—Acabo de darme cuenta de algo —volvió a interrumpirla Alma—. Estás llena de prejuicios. Es increíble que discrimines a Marco porque es rico.

Claudia se quedó boquiabierta. Las palabras de su amiga la dejaron muda. Trató de replicar con un «No lo discrimino porque es rico», pero no logró convencerse ni a sí misma.

—Dime, en estas semanas que has convivido tan estrechamente con él, ¿no ha variado tu opinión sobre él? ¿Aunque sea un poco?

—Ya te dije que me parece que no es tan frívolo como yo pensaba. Y es todo un caballero, de verdad, sabe muy bien cómo tratar a una mujer. Y me he dado cuenta de que es muy generoso; me comprará un coche, ¿sabes? Y también pienso que es un hombre solitario, eso me parece muy triste.

Alma obvió por un instante el que su amiga le notificara que su esposo iba a comprarle un coche para asentar:

—Me parece que estás empezando a conocerlo un poco mejor, y eso me da mucho gusto. Yo lo estimo mucho, ha sido un excelente jefe y un gran amigo.

—¿Sabes qué es gracioso?

—¿Qué?

—Que alguna vez llegué a pensar que estabas enamorada de él.

Ambas soltaron una sonora carcajada.

—Tal vez, y solo tal vez, si yo no hubiera conocido antes a Álex, y no estuviera tan enamorada de él, habría podido llegar a enamorarme de Marco. Por supuesto que me parece muy atractivo, pero nunca me ha hecho una insinuación, ni yo a él. Pero, cambiando de tema radicalmente, ¿te escuché decir que tu esposo te comprará un coche?

Claudia la miró con complicidad y le contó los detalles. Cuando su amiga terminó de alabar a Marco por su sentido común y por ser tan generoso, se puso muy seria.

—Alma, ¿recuerdas a doña Rosalba, la mamá de Julián? Fue a verme, me

pidió que vaya a visitar a Julián, que hable con él.

—¿Qué tendrías tú que hablar con él? —Alma estaba realmente indignada.

—Me pidió que lo haga entrar en razón. Dice que Julián se ha estado comportando como un loco; habla de que, tan pronto salga de la cárcel, irá por mí, y que nos casaremos.

—Pues si él está tan obsesionado contigo, no creo que verte o hablar contigo le ayude; por el contrario, me parece que lo mejor es que ya no te vea, tal vez con el tiempo supere todo esto.

Claudia se quedó pensativa.

—Claudia, por Dios, no estarás pensando ir a verlo, ¿o sí?

—Pues... no lo sé. Sentí mucha compasión por doña Rosalba.

—Te entiendo, y estoy de acuerdo contigo, pobre señora, debe de ser muy duro ver sufrir así a su hijo. Pero tú no deber ir a verlo, sería peor para él. Además, Marco no te lo permitirá.

—No pensaba decírselo —reconoció Claudia en voz baja, como una niña que ha hecho una travesura.

—Claudia —La expresión de advertencia de Alma era todo un poema, y la joven asistente continuó tratando de convencer a su amiga de no cometer semejante imprudencia.

Claudia regresó a la casa de Marco cerca de la hora de cenar, porque habían tenido un día muy agitado en la florería con la visita de su amiga arquitecta y un pedido de última hora para una boda.

Le sorprendió ver que su hermano Óscar estaba en la casa.

—Hola —La saludó dándole un beso en la mejilla—. Bienvenida.

—Gracias, qué sorpresa que vinieras a visitarme.

—Marco me invitó a cenar con ustedes. Fui a verlo a su oficina, había

quedado que tendríamos una entrevista de trabajo, me ofreció un puesto en Grupo Roselli.

—Es cierto, no lo recordaba. ¿Y cómo te fue?

—Bastante bien —dijo su hermano, bajando la voz—. Luego te contaré los detalles. Me parece que deberías ayudar a tu esposo en la cocina.

Claudia recordó de pronto que, efectivamente, tenía un esposo, así que se dirigió presta a quitarse los zapatos de tacón alto para luego ir en ayuda de su cónyuge.

Lo encontró preparando un *spaghetti* a la carbonara, acompañado con palitos de pan italianos y una deliciosa ensalada de lechugas y queso de cabra.

—¿Quieres que te ayude en algo? —ofreció al joven y apuesto cocinero.

Le gustó mucho verlo en mangas de camisa y con un delantal preparando la cena, especialmente porque su hermano era el invitado.

—Sí —Marcó le dirigió una hermosa sonrisa—. ¿Podrías traer, por favor, una botella de vino de la vinoteca? Elige la que te parezca mejor.

—De acuerdo, regreso en seguida.

Claudia guardó silencio durante gran parte de la cena mientras observaba cómo su esposo y su hermano pasaban de un tema a otro con gran facilidad, y parecía que se conocían de toda la vida. Tal vez si su hermano conociera las circunstancias de su matrimonio no se habría sentido tan confiado con ese hombre; pero charlaban con una naturalidad que le encantó, sobre todo porque podía ver una secreta alegría en los azules ojos de Marco. Por un instante deseó conocer toda la historia de su vida, por qué había sido hijo único, cómo había muerto su madre, cómo lo había afrontado, ¿le hubiera gustado tener hermanos? Ella pensaba que sí.

Recordó las palabras de Alma: estaba empezando a conocer mejor a Marco, y deseaba ahondar en ese conocimiento.

«¿Para qué?» pensó de pronto. «Dentro de un año nos divorciaremos y cada cual seguirá su camino».

Se reprendió por ese lapsus de debilidad y se dijo a sí misma que no volvería a pasar.

CAPITULO 17

Una de las ventajas, o desventajas, dependiendo del cristal con que se mire, de estar casada con un hombre tan importante como Marco, es la ajetreada vida social.

Tan solo semana y media después de haber regresado de su luna de miel ya habían tenido cuatro cenas con directivos de Grupo Roselli y amigos de Marco.

Claudia estaba muy cansada, y cuando Marco le notificó que esa noche tenían una invitación a cenar, no lo tomó muy bien.

—Estoy muy cansada, Marco. Hemos estado saliendo demasiado, y tengo mucho trabajo en la florería.

—Lo sé. Lo siento, pero no puedo hacer nada. Tal vez en otras circunstancias haría una excepción, pero Luca es uno de los mejores amigos de mi padre, y es un buen amigo mío también. No puedo rechazar su invitación.

Claudia suspiró resignada y se dirigió a darse una ducha para tratar de quitarse de encima un poco del cansancio que sentía.

No pretendía arreglarse demasiado, pues estaba muy cansada, pero no tuvo que esmerarse mucho para lucir espectacular; se puso un vestido blanco vaporoso con mariposas de color pastel, que dejaba al descubierto gran parte de su espalda. Se recogió el cabello en una coleta floja a un costado y se puso accesorios muy pequeños. Unas altísimas zapatillas de tacón de aguja completaban su ajuar.

Marco contuvo el aliento al verla.

—Estás preciosa —le dijo mientras la observaba desde el vano de la puerta.

Él estaba listo desde hacía algunos minutos y estaba esperándola.

Claudia sonrió discretamente. Suponía que Marco le había dicho eso a

todas sus amigas, así que el cumplido perdía encanto, pero quería causar una buena impresión entre las amistades de Marco: era una cuestión de orgullo, sobre todo por la fama de él.

Como en las reuniones anteriores, Claudia y Marco fueron el centro de atención, por la novedad y la premura de su matrimonio.

La joven podía sentir las miradas indiscretas de las mujeres, y ver cómo cuchicheaban mientras la observaban de pies a cabeza, mientras los hombres le dirigían miradas de admiración y de deseo.

Nunca se había sentido tan observada y era una sensación verdaderamente incómoda. No le agradaba ser el centro de atención, y mucho menos si se trataba de una atención morbosa y malintencionada.

Se encontraba charlando con la Luisa, la esposa de Luca Marconi, cuando vio, al otro lado del salón, cómo una mujer en un mini vestido rojo extendía los brazos mientras se acercaba a Marco. Tuvo que reconocer que la mujer tenía una figura espectacular.

Marco le devolvió el saludo con igual entusiasmo.

—Romina, qué gusto verte —La saludó abrazándola y dándole un beso en la mejilla.

Deshicieron el abrazo, pero la mujer mantuvo una de las manos de Marco entre las suyas mientras charlaban alegremente.

—Querido, supe que te casaste. No estaba en México, por eso no pude ir a tu boda. Pero me habría encantado.

—Iba a invitarte, pero supe que estabas fuera —replicó él.

La mujer empezó a preguntarle detalles sobre su esposa, y Marco satisfizo su curiosidad.

Claudia trataba de disimular, pero no perdía detalles de la escena, mientras Luisa miraba alternativamente a Marco y la chica, y a ella, tratando de discernir en qué momento la joven perdería los estribos e iría a darle unas buenas bofetadas a esa descarada.

No lo hizo, sin embargo; se limitó a observar, hasta que Marco, que tal vez

sintió la fuerza de su mirada, posó sus ojos en ella. La expresión de él se tornó de lo más enigmática, y ella decidió que ya había visto bastante. Se volvió hacia otro lado mientras daba un sorbo a su copa de vino tinto con una expresión que Marco interpretó como «no me importa nada de lo que hagas».

El aparente desdén de Claudia le hizo hervir la sangre. ¿Así que no le importaba que él estuviera hablando con una mujer tan atractiva y sensual, que se le había acercado de forma por demás provocativa?

Deseó provocarla, y se acercó un poco más a su amiga, tratando de no levantar suspicacias entre los presentes, especialmente entre los miembros del consejo, pero lo suficiente para que su esposa encendiera sus alarmas.

La chica se despidió de él poco después dándole un beso que pasó muy cerca de sus labios, y aunque Claudia parecía no mirarlos, se dio cuenta de todo.

La desfachatez de esa tipa le hizo hervir la sangre, y la complacencia de Marco casi la hizo salirse de sus casillas. Sintió una oleada de calor subirle del estómago a la cara. ¡Ese infeliz estaba coqueteando con otra delante de ella! Le había puesto expresamente como condición que, aunque el matrimonio fuera una farsa, él mantendría las apariencias, y a la primera oportunidad empezaba a flirtear descaradamente con una de sus *amigas*. Pero a pesar de que odiaba ser el hazmerreír de nadie, y de que estaba furiosa por la falta de respeto de él, lo que más le carcomió las entrañas fue darse cuenta del verdadero motivo de su desazón: estaba celosa.

—Estúpida golfa —murmuró con la copa casi en los labios.

Marco no pudo ver el rubor de la ira en el rostro de su esposa porque ella seguía volteando hacia otro lado mientras Luisa hacía grandes esfuerzos por disimular su incomodidad ante la escena.

—Querida, no pienses mal. Es una vieja amiga de Marco, es una descarada, le encanta ser el centro de atención, pero te aseguro que Marco no tiene nada que ver con ella. Lo conozco bien.

Claudia esbozó su mejor sonrisa de arpía.

—No se preocupe, Luisa. Las amigas de Marco me tienen verdaderamente

sin cuidado.

La señora sonrió, sin saber cómo tomar ese comentario ni la actitud aparentemente calmada de Claudia.

En el coche, de regreso a casa, ambos guardaban silencio. Ella se esforzaba por no pensar en el descaro de su esposo y de esa tipa vestida de rojo, y él buscaba la manera de entablar conversación y sacar el tema a colación.

—No tuve oportunidad de presentarte a mi amiga Romina —dijo por fin.

—¿Qué amiga? —preguntó con intencionado desinterés.

—Mi amiga Romina, la mujer de vestido rojo —sabía que aquella no era una buena referencia, pero no encontró otra mejor.

—¡Ah! ¿Se llama Romina? Qué nombre tan feo —lo dijo con mucha naturalidad y Marco quedó totalmente desconcertado.

Si era un buen observador, y él creía que sí, hubiera pensado que parecía molesta, pero al mismo tiempo su actitud era despreocupada. Ella estaba disimulando muy bien que no cedería a la tentación de reprocharle nada.

—Nunca lo había pensado —replicó él con seriedad.

—No quise interrumpirlos, parecían tan entretenidos. Además, estaba hablando con Luisa.

—No nos habíamos visto en largo tiempo.

—Deben haberse extrañado mucho —Ahora sí la voz de ella estaba cargada de ironía.

—No es una amiga tan cercana —aclaró.

—¿De verdad? A mí me pareció que ustedes tienen una relación muy... *estrecha*.

—No me he acostado con ella, si es eso lo que quieres decir —La voz de él adquirió una nota de tensión.

—¿Lo dices en serio? —Se volvió en el asiento para mirarlo directamente. El tono de su voz parecía juguetón, y Marco se sentía cada vez más irritado —. Juraría que ustedes tienen algo que ver.

Él se dio cuenta de pronto de que hubiera preferido que ella le reclamara abiertamente, hubiera querido que le gritara, que insultara a Romina, que lo insultara a él. Cayó en la cuenta de que habría sentido una recóndita satisfacción si hubiera podido ver que ella estaba realmente molesta... que estaba celosa.

—Pues te equivocas.

Estaban frente a la reja principal cuando él dijo aquello.

Ella no dijo nada más. Se dio cuenta de que había bajado sus defensas, y se dijo que no volvería a pasar. Marco podía ser sumamente atractivo en muchos aspectos, pero ella no caería en esa trampa. No sería una más en su larga lista de conquistas.

Se fueron a la habitación en silencio.

Claudia no tenía ninguna intención de provocarlo, pero había llegado a la conclusión de que, si iban a convivir de forma tan estrecha, lo mejor era actuar con naturalidad. Por ello se quitó el vestido ahí mismo, frente a la cama, y se quedó en una sugestiva ropa interior antes de ponerse un pijama que revelaba sus curvas de una forma perturbadora. Fue al baño y se lavó los dientes y la cara, y luego se metió tranquilamente a la cama.

Marco la miraba hacer sin dar crédito. Su esposa era una verdadera reina del hielo.

CAPITULO 18

Su jefe estaba de mal humor. Alma pudo darse cuenta de ello tan pronto él llegó a la oficina. La saludó amable pero parcamente y cerró la puerta con fuerza tras de sí.

Ella lo siguió unos minutos después para darle su agenda del día. Él la escuchaba en silencio.

—¿Todo está bien? —inquirió con cautela.

Él la miró.

—Alma, dime una cosa, ¿Claudia siempre ha sido así?

¡Vaya! No se esperaba eso.

—¿Así cómo?

—Así, tan fría, tan estoica. No sé si es una experta en ocultar sus emociones o realmente no las tiene.

—¿Por qué dices eso? —Alma no entendía del todo el punto de su jefe.

—Anoche, una vieja amiga mía... Romina, debes recordarla, se me acercó durante la fiesta en casa de Luca. Fue más que insinuante, tú ya la conoces. Cualquier mujer habría intentado matarme al ver cómo se me acercaba y se contoneaba, pero Claudia no. ¡No! A ella parece no importarle un soberano rábano.

—¿Y eso es malo por...? Cualquier hombre en tu posición estaría feliz, ¿te das cuenta de eso?

Él se volvió hacia ella.

—¡Pues yo no estoy feliz! Esa mujer parece de hielo. Casi parecía estar burlándose de mí. Debió hacer una escena, ¡y en cambio permaneció tan tranquila!

—¿Te hubiera gustado que te hiciera una escena? —preguntó Alma, incrédula.

Él no respondió. Se frotó la cara con una mano, en un gesto de profundo cansancio.

—¿Por qué te hubiera gustado que te hiciera una escena? —Ella se acercó a él un paso. Empezaba a entender la razón de su desasosiego, pero quería que él mismo se lo aclarara.

—Me habría encantado que se pusiera celosa —admitió él casi en voz baja, como si le avergonzara hacer esa confesión.

—¿Y por qué quieres que Claudia esté celosa?

Él volvió a posar una de sus manos sobre su cara.

—Porque soy un imbécil.

Alma quiso reír, pero se contuvo.

—Sigo sin entender —Se encogió de hombros y puso una expresión de inocencia que no logró engañar al hombre ni por un instante.

—¡Por favor, Alma! No me digas que no entiendes, ustedes las mujeres son expertas en estas cosas.

—¿Estrás tratando de decirme que estás enamorado de ella?

Esta vez él cubrió su rostro con ambas manos y lanzó un profundo suspiro.

La joven asistente seguía tratando de reprimir las ganas de reír. Se sentía feliz por la situación, pero le apenaba ver sufrir a su jefe y amigo. Pensó decirle que siempre tuvo el presentimiento de que algo así podría ocurrir, pero pensó que no era el mejor momento para hacer semejante confesión; tal vez Marco se sentiría traicionado, pensaría que ella lo había hecho a propósito, el unirlos a él y a su amiga.

—Es que no entiendo cómo pudo pasarme esto. Soy un estúpido.

—No eres estúpido, Marco, simplemente eres un hombre, y ella es una mujer, joven, bella, inteligente, divertida...

—Terca, fría y calculadora.

—Terca y calculadora, sí, pero fría no. Claudia puede llegar a ser muy apasionada.

—Pues es probable que para cualquier cosa que no implique su vida

sentimental sea apasionada, como tú dices. Pero yo no he podido ver esa faceta.

—Tú sabías lo que ella pensaba antes de casarte con ella.

—¡Rayos! Sí lo sabía. Y fui un idiota, ¿sabes? Porque siempre me pareció muy atractiva, pero yo le caía mal, y ella a mí; siempre estaba juzgándome, y muy injustamente, por cierto.

—No puedes negar que ella tenía sus razones para pensar mal de ti. En todo caso, lo que tienes que hacer es tratar de conquistarla.

—No sé cómo —admitió él con frustración.

—Pues solo sé tú, compórtate amablemente, sé detallista. Tú eres experto en eso, Marco, vamos. Tienes muchos recursos.

— Claudia no está ni siquiera cerca de enamorarse de mí.

Ella se acercó y pasó uno de sus brazos sobre los hombros masculinos.

—Bueno, mi querido Marco, nada es imposible, y dicen que del odio al amor solo hay un paso.

Él sonrió irónicamente.

—Dímelo a mí.

—Marco, Marco, no desesperes. Claudia puede parecer muy fría y cerebral, pero es una mujer muy emotiva, y apasionada. Puedes verlo en la forma como está luchando por sacar adelante la florería de su papá, y en cómo ha luchado por su familia, luego de la muerte de su madre. Te aseguro que has logrado cambiar la impresión que ella tenía de ti, y ahora te ve de otra manera. Solo necesita un empujoncito.

Él guardó silencio.

—No sé qué hacer.

—¿El gran Marco Roselli, el *playboy* del año, el exsoltero más cotizado del *jet set* del país no sabe qué hacer para conquistar a una mujer? Eso no puedo creerlo. Mira, Claudia es dura, pero le gusta que la traten con dulzura. Tú has ascendido algunos escalones en su buena opinión comportándote como todo un caballero, así que sigue haciéndolo. Halágala, compórtate

como si ella fuera tu esposa en toda la extensión de la palabra y, por sobre todas las cosas, *nunca* más vuelvas a coquetear con otra mujer. Si vas a coquetear, hazlo con ella.

—No sé si eso sea una buena idea.

—¿Qué? ¿Dejar de coquetear con otras mujeres? —preguntó su amiga en tono molesto.

—Tratar de conquistarla, quiero decir.

—Pues tendrás que intentarlo —No pensaba decirle que ella iba a emplear todas sus artes para convencer a su amiga de que Marco estaba enamorado de ella.

Él no dijo nada, pero asintió con la cabeza y luego se dispuso a meterse de lleno en su trabajo.

—La elección es dentro de dos semanas —Luca había venido a visitarlo esa mañana, y al parecer el motivo de la visita era sondearlo respecto a ese tema.

—Sí, lo sé. Pronto despejaremos la incógnita.

—El consejo parece estarse inclinando por Adrián Larráinzar —soltó en tono confidencial.

Marco lo miró por unos segundos.

—Me parece que es un buen candidato —opinó—. Conoce muy bien la empresa y tiene gran apego a ella, ya que su padre es socio. Además, es joven, pero tiene experiencia, creo que puede tener una visión fresca, y es inteligente.

Luca lo estudió durante un momento.

—¿En verdad crees que haría un buen papel como presidente?

—¿Por qué no? Si el consejo lo elige me parece que tendremos que darle

todo nuestro apoyo. Lo que menos necesitamos son divisionismo e intrigas.

—Me sorprendes, hijo. Siempre he sabido que eres bastante maduro, pero debo confesar que no esperaba una reacción así.

—Creo que cualquiera de los aspirantes es bastante bueno para ocupar el cargo, Luca. Además, debo confesarte que a últimas fechas me he dado cuenta de que tal vez este no es mi mejor momento para ser presidente. Mi mente está ocupada en otras cosas. No lo sé, tal vez mis prioridades cambiaron.

—Me parece que tienes mucha razón, hijo. Acabas de casarte, en este momento tu prioridad es tu esposa, conocerla mejor, afianzar tu matrimonio. La presidencia te absorbería demasiado y no podrías dedicarle el tiempo necesario. No digo que no serías un estupendo presidente, estoy seguro de ello, siempre he admirado mucho tu inteligencia, tu previsión y tu astucia, pero en este momento tu esposa es lo más importante.

Marco sonrió. Luca siempre había sido un buen amigo y un excelente consejero, y en esta ocasión, como en todas las demás, su sabiduría resultaba de lo más gratificante.

Durante los dos días siguientes Marco y Claudia apenas se vieron para cenar e irse a dormir. Ambos estaban muy ocupados: él, ultimando los detalles de la presentación de la última colección, y ella con los detalles de la nueva imagen y la reapertura de la florería.

Al tercer día, Marco apareció repentinamente en el negocio de su esposa y su suegro. El señor estaba bastante ocupado tomando unos pedidos y Claudia estaba trabajando en los diseños de algunos arreglos.

Se sorprendió al ver llegar a su esposo.

—Hola. Vine a ver cómo está quedando la florería, supe por Óscar y por Alma que están cambiando la imagen —dijo, mirando alrededor.

Don Sergio lo recibió amablemente y le mostró lo que habían hecho hasta el momento. El rediseño del local estaba a la mitad, pero ya podían verse algunos cambios, habían pintado las paredes en colores claros, habían abierto un ventanal y tenían unos exhibidores nuevos, que aún no habían colocado en

su sitio final.

—Está quedando muy bien —opinó.

Claudia lo observaba en silencio. Le parecía extraño que Marco estuviera ahí, pero no quiso preguntar nada delante de su padre. Además, tuvo que reconocer que le gustó ese gesto.

—He venido a invitarlos a comer.

—¿A comer? ¿A ambos? —preguntó Claudia con extrañeza.

—Sí, a ambos, a comer —respondió él con una sonrisa tan encantadora que Claudia sintió cómo el estómago le daba un vuelco.

¡Qué rayos! Se sintió estúpida por esa reacción. Sintió cómo sus mejillas se acaloraban, y corrió al almacén con la excusa de ir a recoger su bolso.

Don Sergio tomó la invitación con mayor entusiasmo y naturalidad. Le gustaba Marco, a pesar de conocer las circunstancias de su unión con su hija.

Ya en el restaurant Marco les dijo que tenía una propuesta que hacerles.

—He pensado que, ya que van a reabrir la florería, podemos hacer una campaña de publicidad con todas las de la ley. Hablé con el jefe de *marketing* de Grupo Roselli, Arturo Katz, y me dijo que se pueden hacer muchas cosas para promoverla. Me dijo que sería muy útil hablar directamente con ustedes para tener una idea muy clara del concepto que quieren manejar.

Claudia iba a intervenir, tenía muchas preguntas que hacerle a Marco, especialmente, cuál era la razón de que hiciera eso, pero su padre se le adelantó. Don Sergio se había metido de lleno en el negocio en los últimos días y tenía una idea muy precisa de lo que querían hacer. Además, a pesar de su edad, se hallaba al día en el manejo de internet y de las herramientas de comunicación que esta facilita, así que él y Marco se enfrascaron en una conversación de negocios a toda ley.

Ella se limitó a observarlos. Se sintió feliz al ver a su padre tan entusiasmado nuevamente, luego de dos duros años de problemas económicos y de salud tras la muerte de su esposa. Parecía un pez en el agua. Marco, por su parte, escuchaba a don Sergio, complementaba sus ideas y le

hacía más preguntas sobre la florería.

Lucía especialmente guapo ese día; llevaba una camisa de color rosa muy pálido, con pantalón y corbata en color gris brillante. El entusiasmo por el proyecto le había conferido a sus ojos un brillo que hacía resaltar su azul transparente.

Se sobresaltó ante esas ideas. Siempre le había parecido muy atractivo, físicamente hablando, pero nunca le había atraído realmente... hasta hacía muy poco.

Cuando lo vio charlando tan íntimamente con Romina tuvo que admitir que la asaltó una oleada de celos que a duras penas pudo contener, a pesar de ser una experta en controlar sus emociones. Y aunque ella trató de desviar su atención del asunto y restarle importancia, esa noche tuvo que ser muy sincera consigo misma; mientras Marco pensaba que ella dormía tranquilamente, se hallaba sumida en un autoexamen de sus sentimientos.

No amaba a Marco, o al menos llegó a esa conclusión, pero tuvo que reconocer que sería muy fácil enamorarse de él. Le gustaban mucho sus modales, su caballerosidad, sus detalles, la tranquilidad con que enfrentaba los problemas y su firmeza a la hora de tomar decisiones; en esos momentos no se andaba por las ramas: era directo, y eso le agradaba mucho, la hacía sentir segura y protegida. ¿Y no es eso, acaso, lo que busca una mujer en un hombre?

Además, estaba su cercanía, prácticamente no tenían contacto físico, pero el sentirlo tan cerca durante la noche, compartiendo la cama, empezaba a minar sus defensas. Se había sorprendido a sí misma imaginando cómo sería volverse hacia él, tocarlo y besarlo y dejarse llevar sin pensar en nada más. Y la idea la irritaba sobremanera porque le parecía de lo más placentera: estaba segura de que Marco sabía bastante bien cómo complacer a una mujer, y eso la molestaba aún más, porque también estaba segura de que habría tenido muchas mujeres con quienes practicar.

Y hasta ahí llegaban sus pensamientos lujuriosos: se moría de celos tan solo de pensar con cuántas mujeres habría compartido su cama, y ella no

sería una más. ¡No! Resistiría, aunque su cordura estuviera de por medio.

—Bien, entonces, vengan mañana a mi oficina para presentarles a Arturo y armar toda la campaña. Me parece que será excelente lanzarla junto con la colección, dentro de dos semanas.

Así lo acordaron y terminada la comida él volvió a su oficina, y Claudia y don Sergio, a la florería.

—Me agrada mucho Marco —dijo don Sergio cuando ya estaban en el local—. Es muy maduro, todo un hombre de negocios. Y es muy amable también. Cualquiera hubiera pensado que un hombre como él sería estirado y reservado, pero él es muy sencillo y accesible.

—Sí, lo es —admitió la chica, mirando muy concentrada el monitor de su *laptop*.

Don Sergio la observó. En verdad parecía muy interesada en lo que estaba viendo, y se preguntó si realmente ese joven no habría causado ninguna impresión en su hija. Ella siempre había sido muy reservada respecto a sus emociones y sentimientos, pero deseó que entre ella y Marco surgiera algo más.

CAPITULO 19

¡Qué día había tenido! El nuevo mostrador y unas repisas, muy elegantes, que había pedido, llegaron ese día, y Fran, Violeta y ella habían tenido muchísimo trabajo colocándolos estratégicamente, según le había sugerido su amiga, la arquitecta.

Luego habían tenido que atender dos pedidos bastante importantes, uno para una boda y otro para una celebración de bodas de plata. Pero se sentía satisfecha, la florería de su padre estaba resurgiendo, y ella aún tenía varios proyectos para mejorarla, incluso estaba contemplando la posibilidad de ampliarla y de contratar a dos personas más, por lo pronto.

A la hora de la comida se había dado un tiempo para escaparse e ir a ver a Julián. De algún modo sentía el deber de hablar con él, de tratar de convencerlo de una vez por todas de que ella jamás aceptaría estar con él. Había considerado, de hecho, que si él prometía dejarla en paz, hablaría con Marco para que lo ayudara a salir antes de la cárcel.

Julián se había comportado mucho mejor de lo que ella esperaba; al principio pareció ansioso al verla, pero luego se alegró de verdad, y cuando ella expuso su punto, él la escuchó en silencio, hasta el final.

Sin embargo, no logró convencerlo del todo. Aunque no insistió en que ella se casara con él, y tampoco reiteró su amenaza de forzarla en cuanto saliera libre, declaró que nunca perdería la esperanza de que ella lo quisiera.

Pese a ello se sintió relativamente satisfecha del resultado de su gestión, y cuando llegó a casa, al caer la tarde, se sentía más tranquila.

Encontró a Marco recargado en la barra de la cocina, con los brazos cruzados; su mirada fija y seria la taladró tan pronto entró. De inmediato se dio cuenta de que estaba bastante molesto, pero al rebuscar en su mente, no encontró la razón.

—Buenas noches —lo saludó con cautela, dirigiéndose a la cocina.

Él ni siquiera respondió.

«¡Oh, oh! Esto es serio», ella seguía tratando de averiguar qué era lo que lo tenía tan enfadado.

—Fuiste a ver a Julián —La voz de Marco le llegó fría y aparentemente serena, pero pudo detectar un deje de ira.

Ella lo miró, alarmada; él se volvió lentamente hacia la cocina para ver de frente a Claudia.

—Sí, fui a verlo —respondió ella sin mirarlo, fingiendo estar muy ocupada en proveerse de todo lo necesario para preparar la cena.

—No me lo dijiste.

Ella se encogió de hombros, tratando de restar importancia al asunto.

—No creí que fuera necesario.

—Ya veo. ¿Por qué fuiste a verlo?

—Su madre me lo pidió. Pensó que tal vez yo podría hacerlo entrar en razón.

Contuvo la respiración, esperando la respuesta de él, pero al ver que no llegaba, levantó la vista. Su cuerpo se tensó más de lo que ya estaba al ver la expresión de Marco; la miraba fijamente, y no podía ocultar que estaba más que molesto: estaba furioso.

¿Y por qué estaba tan enojado?

—Y por eso fuiste sola a verlo a la cárcel.

Ella dejó de hacer lo que estaba haciendo y lo miró, posando ambas manos en la barra, dispuesta a presentar pelea.

—¿Cuál es tu punto?

Él se irguió y su rostro se tornó carmesí. Parecía a punto de estallar y Claudia se vio tentada a retroceder, instintivamente, para poner mayor distancia entre ellos.

—¿Es que no tienes idea de lo peligroso que es entrar a un reclusorio, especialmente para una mujer, que para colmo va sola?

—Por favor, Marco, estás exagerando —Trató de parecer molesta, pero le

intimidaba la actitud de él; nunca lo había visto colérico, y era una imagen digna de temer.

—¡Claro, estoy exagerando! ¿Acaso no lees los periódicos? ¡Por favor, Claudia, tú sabes en qué país vivimos! Sabes que las calles son peligrosas, y las cárceles lo son mucho más. No debiste ir, para empezar, y si pensabas hacerlo, debiste decírmelo.

Ahora fue ella quien se irguió. Desde que llegó a la edad adulta nunca le había dado cuentas a nadie, ni siquiera a su padre, y no entendía por qué Marco tenía que pedirle una explicación de sus actos. Tal vez si hubiera sabido que él no estaba motivado únicamente por una sana y natural preocupación por su seguridad, habría sido más tolerante con él. Pero no era solo eso lo que lo movía: estaba celoso.

Claudia le había asegurado que nunca le había dado motivos a Julián para pensar que entre ellos había algo más que una simple amistad, pero el que ella hubiera ido a verlo a la cárcel lo llenaba de celos.

—Pues es evidente que no era necesario que te lo dijera, ya que de cualquier modo te enteraste. ¿Se puede saber cómo lo supiste? ¿Acaso estás espiándome?

Él se pasó una mano por el rostro en un gesto que denotaba cansancio y exasperación por igual.

—No estoy espiándote —suspiró—. Te asigné un guardaespaldas, es parte de mi equipo de seguridad.

—Un guardaespaldas —repitió ella con lentitud, conteniendo la ira.

—Era necesario, Claudia, después de lo que hizo Julián, de cómo mandó amenazarme, era indispensable reforzar nuestra seguridad. Aunque esté en la cárcel, es muy probable que no tenga problemas para hacer que sus amigos vengan a intimidarnos, o algo peor.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Él relajó un poco su postura, ya había desahogado su furia, y ahora tenía que hacer frente a la de Claudia.

—No quise que te preocuparas, quería que te sintieras cómoda y relajada. Si sabías que tienes un guardaespaldas, seguramente me habrías reñido, como lo haces ahora.

Ella también pareció relajarse, aunque seguía molesta, ya que él estaba tomándose demasiadas atribuciones en su vida.

—Pues claro que no me agrada la idea de tener un guardaespaldas. Pero es peor aún que no me lo hayas dicho. Pareciera que no confías en mí, y por eso estás vigilándome.

—¿Lo habrías aceptado si te lo hubiera dicho? —Él estaba seguro de su respuesta.

Ella también conocía su respuesta, y dado que no quería seguir discutiendo con él, puso fin a la confrontación.

—¿Sabes qué? Ya no tengo hambre. Me voy a la cama.

Marco se quedó en el mismo sitio, rumiando su frustración, y ella se acostó pensando en su esposo como un hombre muy mandón y autoritario; sin embargo, no dejó de percatarse de que su preocupación por su seguridad la conmovía, y si hubiera sido un poco más observadora, o menos racional, habría notado los celos que carcomían a Marco, pero estaba segura de que él estaba motivado solo por razones prácticas, y no quiso pensar más en el asunto.

CAPITULO 20

—¿Te pasa algo? Has estado muy pensativo estos últimos días.

Marco se tomó unos segundos para responder.

—Al parecer el consejo directivo se está inclinando por Adrián Larráinzar para que sea el nuevo presidente de Grupo Roselli.

Ella se acercó a la cama, donde él estaba semi acostado.

—Bueno, aún no está decidido.

Él la miró; estaba hermosa, con su juvenil pijama de color morado y rosa, inocente y sexi a la vez, y su rojo cabello suelto bordeando sus hombros y sus brazos.

—En realidad no me preocupa, ¿sabes? —confesó—. Creo que las cosas pasan por una razón, y tal vez en este momento es mejor que alguien más lleve las riendas de la compañía.

—¿Por qué? ¿No te sientes capaz de hacerlo tú? —No había reproche en su voz, sino verdadera curiosidad.

Ella sabía que Marco era un hombre muy seguro de sí mismo, y no concebía que pudiera tener dudas sobre su capacidad para estar al frente de Grupo Roselli.

—Por supuesto que me siento capaz. Y me encantaría ser el presidente, tengo tantas ideas, tantos proyectos... pero tal vez no es el momento —Hizo una pausa y la miró fijamente—. En este momento tengo otras prioridades.

Ella sintió cómo un escalofrío recorrió su espalda como una corriente eléctrica. Quiso convencerse de que no se refería a ella, pero algo en su mirada la puso sumamente nerviosa.

Se levantó de la cama para tomar algo del tocador.

—Bueno, las cosas pasan, o no pasan, por una razón —le dijo, esquivando la mirada de él en el espejo.

Se acostó poco después deseando fervientemente que él ya no hablara. Esa mirada ardiente la había dejado totalmente inquieta. Contempló la posibilidad de dejarse llevar, pero se dio cuenta, con pánico, de que ya era demasiado tarde para hacerlo sin comprometer sus emociones. Marco había empezado a significar algo en su vida. ¡Le importaba! Se dio cuenta de que se preocupaba por sus cosas, le importaba lo que él pudiera sentir si no obtenía la presidencia, incluso sentía profundo interés por don Héctor, y por Hilda; les había tomado afecto. ¡Qué tonta era! Había caído como tantas otras, y de peor forma.

Se durmió furiosa consigo misma, derramando lágrimas de rabia por haber sido tan descuidada al bajar la guardia y enamorarse de ese hombre. ¡Sí, estaba enamorada! No iba a engañarse negándolo, le gustaba mucho, le atraía, lo quería... lo deseaba.

Al día siguiente se despertó de un humor terrible, y Marco se preguntó, totalmente desconcertado, qué era lo que le pasaba.

Cuando le ofreció una taza de café, los dedos de él rozaron accidentalmente los de ella, y Claudia retiró la mano rápidamente, como si se hubiera quemado. Durante el desayuno trató de esquivar su mirada, y permaneció casi todo el tiempo en silencio, a pesar de que él trataba por todos los medios de entablar una conversación.

Algo debió entrever Marco, porque, en un momento que ella no lo veía, sonrió discretamente, pero con gran satisfacción. Hasta el día anterior ella se había mostrado fría e indiferente, pero en ese momento evitaba incluso mirarlo, y parecía muy molesta, más consigo misma que con algo o con alguien.

Envalentonado, él buscaba insistentemente su mirada, y ella la rehuía con grandes esfuerzos.

«¿Será qué...?»

Tuvo que salir de casa sin averiguarlo, porque tenía una junta muy importante con los departamentos de diseño, marketing y *display*, con miras a la presentación de la colección de verano.

Ella se apresuró a ir a la florería, quería concentrarse en el trabajo y olvidarse de Marco, y pondría todo su esfuerzo en ello; siempre había sido muy buena para dominar sus sentimientos, y esta vez no sería diferente.

Por la tarde, Alma la llamó.

—Tengo que darte una noticia —sonaba expectante y feliz—. Ya fijamos la fecha de la boda: nos casaremos el 15 de julio.

Ambas soltaron un grito de emoción y empezaron a proferir expresiones desordenadas de felicidad.

Claudia estaba feliz por su amiga. Alma había tenido una infancia difícil, con un padrastro controlador y violento, y una madre débil y sumisa. Le había costado mucho trabajo salir adelante en la escuela porque, además de los problemas económicos, tenía que lidiar con el ambiente siempre tenso en su hogar. Ahora la vida parecía sonreírle.

Pocos minutos después de colgar, vio el auto de Marco en la acera.

—Hola, ¿ya terminaste?

—Justo estaba por cerrar —respondió ella—. ¿Qué haces aquí?

—Vine por ti.

—No tenías que hacerlo —Ella adquirió un aire de timidez que encantó a Marco—. Podría haber tomado un taxi.

Él se puso serio.

—No quiero que andes en taxi.

Ella ignoró esto último para decirle que ya estaba lista, tras echar un último vistazo y asegurarse de que todo estaba en orden. Fran y Violeta se habían ido hacía unos diez minutos y habían dejado todo acomodado y limpio.

Ella estaba muy callada y él se preguntaba en qué estaría pensando.

—Marco, he estado pensando en Julián, ¿qué ha pasado con él?

Él guardó silencio durante unos segundos.

—No te lo había dicho, pero, fui a hablar con él hace dos días.

Ella se volvió a mirarlo.

—Le dije que tú y yo nos casamos. Se puso furioso y empezó a insultarme; le aclaré que no queremos dañarlo, pero si se mantiene en su postura, no dudaré en hundirlo.

—¿Y qué respondió a eso?

—Siguió insultándome y amenazándome. En cierto modo siento compasión por él. Debe ser difícil amar tanto a alguien y tener que aceptar que esa persona no te ama.

Se hizo el silencio, cada cual sumido en sus pensamientos; Marco lo rompió poco después:

—Estaba pensando que no has ido a conocer la boutique Roselli. Me gustaría que fueras y escogieras lo que desees. La presentación de la colección es dentro de cinco días.

«Y supongo que, como esposa del dueño, debo lucir espectacular en una de sus creaciones» pensó Claudia con tristeza. Al parecer su esposo no quería perder ninguna oportunidad de lucirla como un trofeo para que a la directiva no le cupiera la menor duda de que era un respetable hombre casado.

—Claro, iré mañana —asintió, mirando, sin ver, hacia la calle.

Marco le propuso ir a cenar a un restaurant, pero ella estaba muy cansada y sugirió que compraran algo de comida y fueran directo a la casa. A él le agradó la idea.

Se sentaron a cenar viendo una película de acción.

—Pensé que te gustaba el drama, o las películas históricas.

—También me encantan, pero para pasar un buen rato, nada como una buena película de acción.

—¿Y las de romance?

—Mmm —Ella hizo una mueca como si le desagradaran—. Por su supuesto que me gustan. Pero ya no hacen buenas películas de romance. Es más, pensándolo bien, ya no hacen películas de romance —Tras decir esto bostezó y empezó a frotarse el cuello y los hombros con las manos en un gesto de cansancio.

Marco tomó su plato de la otra mano, lo dejó en la mesa de centro y empezó a masajearla. Ella hubiera querido protestar, pero se sentía tan bien...

—Estás muy tensa —observó tras unos segundos.

Ella no contestó. Cerró los ojos y se dejó hacer. Marco tenía unas manos increíbles, fuertes, oprimían los puntos donde sus músculos estaban tensos, pero suaves al mismo tiempo, sin causar daño.

—Se nota que tienes mucha práctica —murmuró ella sin ninguna intención, casi sin pensar.

Él se detuvo en seco.

—Me encantaría desengañarte, pero no tengo ninguna prueba a mi favor.

Ella se volvió para mirarlo, se sentía culpable por haber hecho ese comentario, se había propuesto no ofenderlo más con sus juicios.

—Discúlpame, no quise decirlo de ese modo, me refería a que eres muy bueno en esto —Y se sonrojó sin poder evitarlo.

—Cuando quieras —dijo él sin ninguna ironía al tiempo que se levantaba para llevar los platos a la cocina.

Ella lo siguió.

—De verdad, no quise ofenderte.

—Déjalo así. Supongo que siempre pensarás que soy un cerdo que se ha acostado con centenares de mujeres —Estaba haciendo un enorme esfuerzo por no parecer disgustado, pero le estaba costando.

Ella guardó silencio unos segundos.

—¿Me dirías con cuántas sí lo has hecho? —Sabía exactamente cuán inapropiado era preguntarle eso a un hombre, especialmente a su esposo, pero quería desengañarse, como había dicho él.

Él clavó sus ojos en los de ella.

—Te aseguro que con muchísimas menos de las que piensas.

La mujer sintió un escalofrío recorrer su columna. Marco parecía completamente sincero, y ella deseaba fervientemente creerle. Además, la forma en que la miraba... había tal frustración y anhelo en sus ojos que por

un momento pudo adivinar la lucha que se libraba en su interior.

Él dejó los platos en la tina, se secó las manos y emprendió el camino a su habitación. En ese instante se había propuesto no continuar la discusión con Claudia, ¿para qué? No tenía caso tratar de convencerla, cuando ella estaba tan predispuesta a pensar lo peor de él.

—Discúlpame, de verdad. No soy nadie para juzgarte —Atinó a decir cuando él pasó junto a ella.

Él se detuvo de pronto y se volvió hacia ella.

—Tienes razón —le espetó con voz dura—. Me pregunto de dónde te asiste el derecho de juzgar a todos como si tú fueras la Señorita Perfección. Todos tenemos defectos, Claudia, incluida tú —Y la dejó ahí plantada, atónita, mientras él daba un portazo al entrar en su recámara.

Marco tardó mucho en dormirse; la situación con su esposa realmente lo mantenía en un estado de tensión como nunca había experimentado, ni siquiera en momentos difíciles de la empresa. Sentía que, por más que se esforzara, no lograría cambiar la mala opinión que Claudia tenía de él.

Concilió un sueño intranquilo en el sofá, pues estaba tan molesto que no podía compartir su cama con ella, hasta que, muy entrada la noche, despertó en medio de un turbador sueño donde su madre le decía que las pelirrojas son las mujeres más peligrosas. Aquello no pudo resultar más inquietante, y decidió que esa noche la pasaría completa en el sofá.

«¿Señorita Perfección?» la frase martilleaba sin tregua en su mente. Claudia se revolvió inquieta en la cama, solitaria. Ella no se consideraba como tal ni mucho menos, pero las palabras de Marco daban vueltas una y otra vez en su cabeza con una resonancia inquietantemente reveladora. Ya Alma en alguna ocasión le había dicho que era muy quisquillosa y dura para juzgar a los demás, pero en ese momento ella lo había tomado más como una cualidad de su carácter que como un defecto. Ahora no estaba muy segura de ello.

CAPITULO 21

Un auto compacto color plata, completamente reluciente y luciendo un enorme moño rojo, fue lo primero que Claudia vio al día siguiente al salir de la casa de Marco rumbo a la florería.

Se quedó como piedra en los escalones de la entrada contemplando el coche, hasta que recordó que Marco le había ofrecido comprarle uno.

Marco salió unos segundos después y la encontró parada, inmóvil, observando el auto. Hasta cierto punto se sorprendió porque, debido a la mala noche que había pasado, ni siquiera recordaba que Óscar iba a ir muy temprano a dejarlo en su casa para que Claudia pudiera estrenarlo esa misma mañana.

—¿Es para mí? —preguntó muy seria.

—Sí, es para ti. Como nunca coincidimos para que fueras a escogerlo a la agencia, pedí a tus hermanos que me dijeran tus preferencias. Ellos me ayudaron a escogerlo.

—Está muy bonito, gracias —dijo ella, mirándolo apenas porque no quería que él adivinara el cúmulo de emociones que la embargaban.

Se sentía conmovida por ese gesto, pero al mismo tiempo quería convencerse a sí misma de que Marco lo hacía solo por practicidad.

—Te veré más tarde. Mi papá y yo iremos a hablar con Arturo Katz más tarde —Y se fue rápidamente en su auto nuevo.

Marco hubiera querido resistir la tentación de ver a Claudia cuando estuviera con Katz en las oficinas de Grupo Roselli, pero no pudo. Cuando Arturo le confirmó que su suegro y su esposa acaban de llegar, él acudió presto a la oficina del creativo. Sin embargo, prácticamente no intervino en la reunión; se limitó a observar cómo don Sergio y Claudia exponían sus ideas, y Arturo las concretaba en el papel, haciendo una combinación que prometía grandes resultados.

Arturo les mostró algunos bocetos del proyecto, haciendo énfasis en que había contado con la colaboración de un grupo de jóvenes diseñadores que estaban haciendo sus prácticas en Grupo Roselli, como parte de la labor social de la empresa, ya que a Marco le agradaba apoyar a nuevos talentos.

«Vaya, también es altruista» dijo para sí la joven florista, complacida, y abrumada al mismo tiempo, por las múltiples cualidades que estaba descubriendo en su esposo.

—Estoy trabajando a marchas forzadas debido a que ya tenemos encima la presentación de la colección de verano, pero tendré listo el proyecto de imagen de la florería justo para esa fecha. Marco incluso tiene la idea de que ustedes provean los arreglos para ese evento, será algo así como un pre relanzamiento de la florería.

Claudia y su padre asintieron, emocionados. Definitivamente el apoyo de Marco iba a resultar crucial para que su negocio renaciera de entre las cenizas.

La joven estaba abrumada; a pesar de su frialdad, y del concepto que en otro tiempo tuviera de Marco, él la estaba sorprendiendo. Lo del auto lo entendía por completo, era una cuestión de imagen, pero su esposo no tenía interés personal alguno en el negocio de don Sergio, y ella quiso creer que lo hacía por el puro afán de ayudar a su familia.

Instintivamente se volvió a verlo y lo descubrió mirándola fija e intensamente; en sus ojos adivinó un anhelo que le quitó la respiración por un segundo. Si ella misma no hubiera sido tan cerebral, hubiera pensado que era amor lo que veía en los ojos de su esposo.

Los días siguientes fueron un torbellino, apenas tenían tiempo de verse por la noche, pues ambos estaban sumamente enfrascados en sus compromisos: Marco, con la presentación, y Claudia, con el rediseño y reapertura de la florería.

El día de la presentación de la colección Marco le pidió que llegara con él al salón donde se llevaría a cabo el evento. De acuerdo a los deseos de su esposo, ella había ido a la boutique exclusiva de la compañía y había elegido

todo su ajuar: un elegante vestido negro de encaje, recto, con mangas muy cortas y cuello ojal amplio, que dejaba su hermosa espalda al descubierto; delicadas zapatillas abiertas con tacón de aguja y accesorios muy discretos.

Marco la miró y pensó que parecía una de las modelos que desfilaban ese día con las creaciones de su grupo de diseñadores. Su respiración se entrecortó al ver a su esposa. *Su esposa*. Si tan solo Claudia diera aunque fuera una mínima muestra de sentir por él algo más que desprecio...

Iba a decirle que estaba hermosísima, pero supuso que ella pensaría que decía lo mismo a todas las mujeres con las que había salido. Ella se quedó desconcertada al ver que él iba a decir algo, pero cerró la boca repentinamente y se retiró con cierta turbación.

La presentación fue calificada como todo un éxito; asistió lo más granado de la alta sociedad, y la prensa le dio una cobertura inmejorable. Esta vez Claudia mostró mucha mejor disposición para posar ante las cámaras. No era que le gustara estar en el foco de atención, lo hacía simplemente por su esposo, que posaba junto a ella tomándola posesivamente de la cintura y dedicándole en muchas ocasiones una mirada abrasadora.

Claudia se sentía sofocada; por muy fría que fuera, ese contacto y esas miradas de Marco la estaban matando. Solamente su familia, que había asistido al evento, lograba distraerla un poco, pero aun así era consciente de que Marco la miraba desde la distancia, como si temiera perderla de vista.

«¿Qué le pasa a este hombre?» se preguntó, desconcertada.

—Mi querida Claudia —El saludo de don Héctor la sacó de sus pensamientos—. Luces hermosísima, las modelos palidecen a tu lado. Con razón mi hijo está loco por ti.

Ella no pudo evitar hacer una mueca de asombro ante las últimas palabras de su suegro, pero, por fortuna, él no se dio cuenta. De lo que sí se había percatado, era de la forma en que su hijo miraba a su esposa: era una mirada llena de amor.

Don Sergio también se había dado cuenta de ello, y sonreía complacido sin que su hija adivinara la verdadera razón.

—Alma, no puedo más —le confesó a su asistente en tono cansado cuando esta se acercó para felicitarlo por el evento.

—Tienes que decírselo, Marco. No tengas miedo.

—Ella no va a creerme.

—No te creerá si no se lo dices. Tienes que hablar con ella abiertamente, decirle sinceramente lo que sientes. Lo peor que puede pasar es que te rechace, y por la forma en que te mira últimamente, presiento que eso no va a suceder —remató Alma en un tono extrañamente serio tratándose de ella.

Marco pensó que tenía razón, y se dijo a sí mismo que lo haría, le diría a Claudia que estaba enamorado de ella... cuando reuniera el valor.

Bebió lentamente el vino espumoso que un camarero acababa de ofrecerle. Se preguntó qué era lo que le había pasado. Él nunca se había enamorado; a lo largo de los años, desde que cumplió los diecisiete, había tenido muchas amigas, chicas con las cuales acudía a fiestas y salía a divertirse, en muchas ocasiones incluso se iban de vacaciones en grupos de chicas y chicos, y se divertían a lo grande, pero él jamás había desarrollado, por ninguna, algo más que una simple empatía y atracción física.

Había tenido dos o tres romances más o menos largos y apasionados, pero nada que se pareciera al amor.

Con Claudia todo era diferente. Su presencia lo crispaba, lo ponía en alerta; cuando estaba cerca de ella podía sentir una corriente de electricidad entre su cuerpo y el de su temperamental esposa. Al principio pensó que era solamente atracción: debía admitir que se trataba de una mujer muy hermosa, sensual, que incluso parecía no ser consciente de lo atractiva que resultaba. Pero a él le atraía, y mucho, le gustaba su cabello, la forma como lanzaba destellos cobrizos a la luz de las lámparas o de los rayos del sol; su figura esbelta y bien cuidada, no exageradamente voluptuosa, y sus ojos... tal vez eran sus ojos los que lo habían perdido.

«No», se dijo, «no fueron solo sus ojos; es la forma en que me riñe, en que siempre me lleva la contraria, cómo defiende sus posturas; su terquedad...»

Sonrió con ironía; le parecía inconcebible que lo que más le gustara de ella

fueran lo que podían considerarse defectos, pero él los amaba, *la amaba*.

La fiesta estaba en su mejor momento y decidió que ya había estado mucho tiempo alejado de su esposa. La descubrió charlando animadamente con uno de los creativos de imagen de la compañía; el tipo era apuesto, y era evidente que Claudia le resultaba muy atractiva.

Cuando Marco se acercó a ellos tomó a Claudia por la cintura y la atrajo hacia él.

—Si me disculpas, voy a robarte a mi esposa un momento —Y miró fijamente al sujeto de una manera no del todo amable.

—¿Qué te pareció la presentación? —le preguntó cuando estuvieron solos.

—Todo estuvo perfecto. Debo confesarte que nunca había estado en un desfile de modas; es muy emocionante, me encantó. No sé cómo Alma nunca me había invitado a uno de estos eventos —Claudia parecía genuinamente entusiasmada.

—Me alegra mucho que te guste. Espero que la reapertura de la florería sea igualmente espectacular. Arturo y su equipo están preparando un evento de primera.

Claudia lo miró a los ojos.

—Gracias —atinó a decir.

—¿Por qué? —preguntó él, sorprendido.

—Por todo lo que estás haciendo por el negocio de mi papá, y por Óscar.

Marco hubiera querido sonreír, en cambio, la miró muy serio, y sin apartar sus ojos de los de ella, respondió:

—Es todo un placer.

El tono en que lo dijo, aunado a su cercanía, pudo con Claudia; aquello fue más de lo que pudo soportar, y sin pensarlo, anuló la distancia que los separaba y tomándolo por la nuca lo besó. Aquello tomó a Marco por sorpresa, pero se repuso rápidamente, y sin perder tiempo, rodeó la cintura de ella con sus brazos, acercándola aún más.

Esta vez ella no se apartó, esta vez él pudo saborear sus labios a su entera

satisfacción, ¡y sabían tan bien! Estuvieron así, en la Gloria, unos segundos, cada uno explorando los labios del otro. En esta ocasión ella se concentró en sentir solo el placer: toda objeción, todo prejuicio, quedaron a un lado. Pensó que tal vez estaba leyendo equivocadamente las señales que Marco le enviaba, pero quería saber qué se sentía al besar a ese hombre sin juicios ni dudas. ¡Y se sentía maravillosamente bien!

A regañadientes él se separó de la boca de ella para mirarla a los ojos; las respiraciones de ambos estaban entrecortadas.

—Ahora sí que el consejo no pensará que esto fue una artimaña tuya —atinó a decir ella, nerviosa.

—Me importa un bledo lo que piense el consejo —replicó él con voz ronca, y volvió a besarla.

Todo desapareció a su alrededor durante esos segundos maravillosos. Cuando se separaron, Claudia se sentía como hipnotizada, flotando en una nube de deseo, expectativa y felicidad.

La tarde les pareció muy larga, y cuando la fiesta cobró vida propia y la mayoría de los invitados estaban embebidos en los vapores del alcohol, decidieron marcharse disimuladamente. La familia de Claudia había dejado el lugar hacía un buen rato, así que solo tuvo que despedirse de Alma y de don Héctor.

Llegaron a la casa. Durante el trayecto ambos habían guardado un silencio nervioso y expectante. Ella aún no estaba segura del todo de lo que iba a hacer, pero había decidido que iba a arriesgarse: si aquello era una farsa, si iba a terminarse después de unos meses, o de un año, o dos, al menos quería saber qué se sentía al hacer el amor con el hombre que había logrado despertar en ella emociones y sentimientos que yacían dormidos en su interior, en espera de ser traídos a la superficie. Aunque después sufriera por su decisión, aunque pusiera en juego su cordura, aunque después se reprochara por ser una más en la lista, iba a disfrutar ese momento, porque ya no podía prescindir del cuerpo de su esposo, de su calidez, de su sabor... quería saber qué se sentía al hacerle el amor, aunque temiera que para él fuera

solo sexo.

A pesar de la larga espera y de la enorme excitación que sentía, Marco no se dio prisa. Ya en la habitación, al pie de la cama, clavó sus ojos en los de Claudia por unos segundos, con una seguridad que la desarmó, y luego empezó a besarla, suavemente, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Mucho después bajó por su cuello, y siguió por sus hombros. Bajó las mangas del vestido por los brazos de ella y este fue a caer al piso, dejando al descubierto la hermosa piel de porcelana cubierta solamente por unas bragas de encaje.

Pese a que no era su primera vez, Claudia se sintió cohibida y se sonrojó hasta lo indecible. Pero la media sonrisa que se formó en los labios de su esposo al contemplarla le dio un poco de tranquilidad; él estaba embelesado contemplándola así, casi desnuda, a su merced, como la había imaginado durante muchas noches.

Ella se dio cuenta de que estaba en desventaja y, lo mismo para calmar sus nervios que para estar en iguales condiciones, se acercó un poco a él y empezó a desabotonar su camisa; lo hacía lentamente, sin mirarlo, mordiéndose el labio inferior, al parecer muy concentrada en su tarea. Cuando por fin desabotonó el último, sacó la camisa suavemente por los brazos masculinos y, sin perder tiempo, siguió con la camiseta, que empujó hacia arriba recorriendo con sus manos extendidas el torso de él, gozando con cada músculo, con cada fibra que tocaba.

Exploró el abdomen y el pecho de su esposo solo durante unos segundos antes de que él perdiera el control. Volvió a besarla apasionadamente y luego la tumbó en la cama mientras ella luchaba por desabrocharle el cinto y luego el pantalón.

Un sinfín de sensaciones se agolpaban en la mente y el cuerpo de Marco. Vagamente logró preguntarse por qué Claudia había cedido, pero lo descartó sin contemplaciones. No quería pensar, solo sentir.

Empezó a recorrer el cuerpo de ella con su boca; por primera vez en su vida se sentía abrumado al estar con una mujer: quería alargar el momento,

disfrutar cada instante, cada segundo, y grabarlo a fuego en su mente, pero se veía sobrecogido por el deseo, y la besaba con ansiedad en el cuello, los hombros, el pecho y el vientre, mientras ella ronroneaba de placer y se arqueaba contra su cuerpo pidiendo lo que él tenía que darle.

Cuando ella, sonrosada por la excitación y con la respiración totalmente agitada, le sacó la ropa interior, él ya no pudo más. Tomó la hermosa prenda que cubría la intimidad de ella y la bajó por sus piernas hasta dejarla totalmente desnuda y a su disposición.

Ella lo miró a los ojos, invitándolo a concluir con esa placentera agonía. No lo pensó más, y los dos se fundieron en la cálida posesión del cuerpo del otro.

No era la primera vez para ninguno de los dos, pero se sintió como si lo fuera. Minutos después, cuando recuperaron el ritmo normal de su respiración y sus corazones, ambos sonrieron: habían tocado el cielo.

CAPITULO 22

Se durmieron abrazados; Marco rodeó su cintura y así permanecieron casi toda la noche.

En la madrugada Claudia despertó del todo; recordó lo que había pasado. Pensó que tal vez había sido un error, pero ya era tarde para arrepentimientos. Se había entregado por completo a Marco porque ya no se negaría a sí misma que lo amaba. Y estaba dispuesta a afrontar las consecuencias: no sería la primera vez que perdía a una persona que le interesaba profundamente.

Cuando el sol se filtró por la ventana quiso levantarse; deseaba empezar el día en los brazos de Marco, pero se sentía nerviosa. ¿Qué le diría él cuando despertara? ¿Cómo reaccionaría? ¿Tomarían las cosas con naturalidad?

Él sintió su movimiento y la apretó contra su cuerpo.

—¿A dónde vas? —le preguntó con voz adormilada.

—Tengo sed —mintió ella.

Él no contestó nada, pero no la soltó. Empezó a besar su cabello, su cuello, su hombro. Ella sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. «¿Y si fuera siempre así?» se atrevió a soñar.

Marco se desperezó repentinamente.

—Te traeré el agua. No te muevas de la cama.

Volvió un minuto después. Ella bebió el agua y dejó el vaso en la mesa de noche. Marco volvió a meterse en la cama y emprendió de nuevo la tarea que había dejado inconclusa.

—Te advierto que no saldremos de la cama en todo el día —dijo él, aún con la respiración a medias, tras hacer el amor por segunda vez.

Ella soltó una carcajada.

—¿No irás a trabajar?

—No, y tú tampoco.

Esta vez, a Claudia no le molestó en absoluto el tono autoritario de su esposo.

Marco tenía la mente embotada por todas las sensaciones que acababa de experimentar, y por sus emociones que, por fin, se habían desbordado.

Amaba a Claudia, ¡y le había hecho el amor! Se sentía tocado por la felicidad de tenerla en sus brazos, pero al mismo tiempo tenía miedo, temía que hubiera sido un arrebató de Claudia y que después ella volviera a ser la mujer fría y meticulosa que él conocía tan bien.

Pero no, no podía ser; si Claudia había decidido compartir su cama, después de tantas objeciones, era porque había calculado todos los riesgos. Tal vez ella también lo amaba... Como fuera, no la dejaría ir, haría lo que fuera necesario para convencerla de que él era suyo, de nadie más; se había ganado su corazón y ella tendría que aceptarlo.

El timbre del teléfono los despertó cerca de las diez de la mañana. Era Alma.

—Marco ¿estás bien? ¿No vendrás a la oficina? —sonaba preocupada.

—No, Alma, el día de hoy no iré a trabajar, me tomaré el día libre y me quedaré con mi esposa en la cama.

—Marco... —protestó la aludida en voz baja.

Alma rio con muchas ganas.

—Vaya, vaya. Bien, lo sabía, algo en la manera en que ustedes dos se despidieron ayer de mí me hizo presentir que por fin se dejarían de jueguitos.

—Eres una bruja —le espetó Marco tratando de parecer severo, pero la sonrisa se transmitió a su voz.

—Sí, lo soy, pero una bruja buena. Saluda a Claudia de mi parte. Que se diviertan —Lo último lo dijo en un tono por demás suspicaz.

Su esposa lo miraba fijamente.

—Tengo la impresión de que Alma nos unió a propósito.

—¿Tú crees? —replicó él, sarcástico, y sin darle tiempo a responder volvió a la carga.

Marco le había dicho que Arturo y su equipo estaban preparando un evento en grande, pero ella no esperaba tanto. La reapertura de la Florería de Minerva fue un acontecimiento de alfombra roja.

Por supuesto que Katz se valió del renombre de Grupo Roselli para darle mayor publicidad al asunto, y por tratarse del negocio de la esposa de uno de los dueños, toda la prensa de sociedad y gran parte de la de espectáculos acudieron a la cita.

Claudia y Marco fueron el centro de atención, más que la inauguración. Era un verdadero placer verlos juntos: él, alto, delgado, descaradamente guapo e impecablemente vestido en un traje gris con camisa blanca, sin corbata; mientras que ella llevaba un vestido sugestivo y muy femenino estampado en blanco con azul rey que destacaba su hermosa figura. Mientras posaban para las cámaras parecían modelos de revista y era imposible no darse cuenta del amor que destilaba por sus poros.

Don Sergio, por su parte, estaba feliz, al igual que Ernesto y Óscar: desde la muerte de su madre no habían visto a su padre sonreír de una manera tan abierta y auténtica.

Antes de que Claudia y su esposo se fueran, el señor se acercó a ellos.

—Quiero darle las gracias, a ambos, por hacer realidad todo esto. No pensé que a mi edad pudiera emocionarme tanto, pero ver mi negocio funcionar de nuevo como antaño, es un sueño. Gracias —Y se retiró antes de que alguno de los dos pudiera decir nada.

Claudia y Marco empezaron a desvestirse uno al otro tan pronto llegaron a

su hogar e hicieron el amor con la misma pasión que la primera vez.

—Mañana es la elección para la presidencia —susurró ella mientras yacía recostada en el pecho de su esposo.

El asintió con un gruñido.

—¿Estás preocupado? —se volvió para mirarlo.

—No, en realidad no.

—¿Por qué? ¿Estás seguro de que te elegirán?

—No, no estoy seguro y, de hecho, tengo el presentimiento de que no me darán la presidencia; Adrián Larráinzar suena muy fuerte, al parecer es el favorito del consejo. Y no me molesta, te lo aseguro, es un hombre muy competente, tiene muchas cualidades para estar al frente de la compañía. Además —clavó sus ojos en el rostro de su esposa—, te dije que tengo otras prioridades.

—¿Ah, sí? ¿Y cuáles son?

Él rio, al mismo tiempo que se volvió para posarse encima de ella:

—Estas —respondió, y empezó a besarla de nuevo en los labios, el cuello, el abdomen...

CAPITULO 23

La reunión del consejo para decidir quién sería el nuevo presidente de Grupo Roselli se demoró solo media hora; en realidad la votación les había tomado solo unos minutos, pero se tardaron en darla a conocer para mantener la expectativa entre los candidatos.

Como lo había vaticinado Marco, Adrián Larráinzar fue el elegido. No pudo negar sentir cierta decepción, pero estaba preparado para ello. Él fue uno de los primeros en felicitarlo y en asegurarle que podía contar con él para llevar adelante sus proyectos. El nuevo presidente relajó su postura ante las palabras de Marco, pues había supuesto que tomaría las cosas de forma muy distinta.

Tan pronto se quedó solo, llamó a Claudia para contarle la noticia. Ni siquiera dejó que ella tratara de consolarlo, porque de inmediato cambió el tema al invitarla a cenar.

—Pensé que hoy querrías quedarte en la casa —observó ella cuando ordenaron el vino.

—No. No estoy triste ni decepcionado, si es lo que pensaste. Las cosas pasan por una razón, y estoy seguro de que, en este momento, Adrián es la mejor opción para el grupo. Yo tendré tiempo de madurar y cuando sea mi momento, estaré al frente.

Ella sonrió, complacida.

Cuando iban a traerles el postre se excusó para ir al tocador. Se sorprendió al encontrarse ahí a Marta.

—Hola —la saludó escuetamente.

La mujer sonrió abiertamente.

—Veo que conseguiste atraparlo. No cabe duda de que a todos les llega la hora. Te felicito.

—No lo atrapé...

—No me malinterpretes. En realidad, pienso que debes ser muy especial para haber logrado que Marco se casara. Espero que sean felices —No había ironía en su voz, y Claudia no pudo replicar porque la mujer dejó el tocador tan pronto terminó de hablar.

Al volver a la mesa se sorprendió al ver frente a su silla una pequeña caja de terciopelo negro.

—¿Qué es esto? —preguntó a su esposo mientras se sentaba.

—Ábrelo —Él la miraba expectante, con los codos recargados sobre la mesa y las manos cruzadas bajo su barbilla.

Claudia se quedó mirando la caja durante unos segundos y, por fin, se atrevió a tomarla. Antes de abrirla miró a su esposo y respiró profundo.

Por unos segundos se quedó sin palabras: era un precioso diamante rectangular montado en un anillo de platino, y rodeado por diminutos diamantes.

—Es hermosísimo, pero...

—Quiero que te cases conmigo —interrumpió él, pensando que ella pondría alguna objeción.

—¿A qué te refieres? Ya estoy casada contigo —Ella parecía nerviosa.

—Quiero que nos casemos, que hagamos nuevamente la ceremonia, por la iglesia, con nuestros amigos, que tú la planees exactamente como la desees.

—No necesito... no tenemos que hacerlo. Es decir, podemos ir a la iglesia solamente con nuestra familia y recibir la bendición. No tenemos que hacer una fiesta, solo me interesa que estemos tú y yo.

Él sonrió completamente complacido.

—A mí me parece perfecto.

EPILOGO

Definitivamente, el no haber sido elegido como presidente de Grupo Roselli había resultado muy beneficioso para Marco. Estaba muy comprometido con la empresa y estaba ayudando en todo lo posible a Adrián Larráinzar, pero, a diferencia de este último, él sí tenía tiempo para su familia, y especialmente para su proyecto de vida con su esposa.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó él a Alma cuando pasó a verla unos minutos antes de su boda.

Ella trataba de respirar profundamente. Se veía bellísima en su vestido de novia, de diseño clásico y muy romántico.

—Un poco. ¿Lo estabas tú?

El soltó una carcajada.

—Por supuesto que lo estaba. Pero yo sí tenía motivos: tú, en cambio, vas a casarte con el hombre de tu vida.

—Pero supongo que ahora me lo agradeces —dijo ella en tono juguetón, tratando de aliviar su propia tensión.

—Por supuesto que te lo agradezco.

En ese momento entró Claudia.

—Es hora. Álex te espera.

Bajaron los tres, Marco llevando del brazo a la novia y Claudia sosteniendo el largo velo por detrás.

Al llegar a la puerta del jardín Marco cedió el brazo de Alma a su padrastro, quien la llevó ceremoniosamente hasta donde el novio y el sacerdote la esperaban. Álex rebosaba felicidad: al ver a Alma, vestida de blanco, dirigirse hacia él, sonrió como un niño.

Claudia y Marco se miraban continuamente durante la ceremonia, sonriendo ante su propia felicidad.

Si a Claudia le hubieran dicho que iba a estar en esa situación, se habría reído, incrédula. Ahora tenía que admitir que su amiga era más sabia que ella: había sabido leer entre líneas y reconocer que dos personas que parecían no tener nada en común podían llegar a amarse apasionada y profundamente. Porque amaba a Marco, ese era un hecho que había admitido hacía muy poco tiempo, cuando ya no pudo engañarse a sí misma.

Había descubierto que sus ideas preconcebidas sobre él la habían cegado, pero él se parecía poco a esos conceptos; le gustaba comprobar que era dulce, culto, humilde, inteligente, perseverante, trabajador, generoso... «Es larga su lista de virtudes» pensó, encantada.

En medio de toda esa felicidad, se dio cuenta de que aún no le había dado las gracias a Alma por haberla unido con Marco, y se propuso hacerlo en la primera oportunidad. Tal vez cuando ella y Marco regresaran de su verdadera, romántica y amorosa luna de miel.

Si te ha gustado

Esposa por contrato

te recomendamos comenzar a leer

El amor del capitán Gaviota

de Agatha Allen



Juan Gaviota había nacido en Ciutadella en 1755, un año antes de que la isla de Menorca pasase de manos de los ingleses a los franceses. Era hijo del pescador Ramón Gaviota, y su madre, Ángela, solía recoger la ropa sucia de los señores para lavarla en las fuentes de Baixamar. Su hermana, Fara, que tenía siete años más que él, había recibido clases de catecismo de Sor María, una monja del convento de las clarisas, que también le había enseñado a bordar, a hacer suspiros y confites y a leer y escribir; pero en no siendo de buena cuna y no habiendo de gozar del privilegio de un matrimonio ventajoso, ayudaba desde pequeña a su madre en las faenas del lavadero. Fara era una niña alegre, muy bonita, y Juan siempre la había tratado con respeto. Tenía una serie de amigas que la dejaban jugar con ellas en el huerto de los Miranda, que era un huerto señorial desde donde se veía el puerto de Ciutadella.

Juan tenía pocos recuerdos de los franceses; sabía que iban muy bien vestidos y que hacían buenas migas con un cura de la parroquia, mosén Galana, que venía a bendecir las empanadas cuando llegaba la Pascua, y a quien siempre traía presentes cuando su padre hacía una buena pesca. También recordaba a Gallarte, que era un letrado francés larguirucho que a veces había venido en la barca a pescar langostas con nasa. Parecía un hombre débil y muy nervioso. Juan le veía gesticular para acompañar sus frases, directamente traducidas del francés en un catalán rudimentario; le veía tocar los hombros de su interlocutor como queriendo suplir con el contacto físico las deficiencias de su vocabulario; a veces se frotaba las manos y mascullaba algo entre dientes, y luego soltaba la carcajada como si se tratara de la cosa más graciosa del mundo. Un tipo curioso, el tal Gallarte.

Izaban las nasas cuando despuntaba el alba. Eran como unos cestos de mimbre en los que la langosta entraba para comerse el cebo y quedaba atrapada. Algunas nasas salían vacías, y Gallarte movía la cabeza y decía:

—Nada.

Después echaba un vistazo a las langostas ya capturadas, que saltaban nerviosamente dentro del capazo, y añadía:

—Pero hoy no nos iremos de vacío...

Ramón también movía la cabeza, chupaba la pipa, sacaba el humo por la boca y entrecerraba los ojos en una sonrisa sin llegar a proferir más que una hosca exclamación:

—Hum...

Cuando cogían una langosta se la veía relucir, con el caparazón mojado, moviéndose convulsivamente dentro del enrejado de la nasa por ver de escapar de la trampa. Era roja como el sol de la tarde y, si hacía buen peso, si daba gusto verla, Gallarte exclamaba:

—¡Ya reluce! Esta dará buen caldo.

La caldereta de langosta le gustaba mucho. Como buen francés se deleitaba con la buena mesa. Solía frecuentar la casucha de Ramón Gaviota porque Ángela era una cocinera excelente. Escogía la langosta más grande, hembra a poder ser, y ayudaba a cocinarla con el solo afán de aprender. Ponían la cazuela de barro sobre el fogón, hacían un buen sofrito, que desprendía un olor maravilloso, y añadían la langosta cortada de vivo en vivo; después la hervían y la dejaban reposar antes de añadir un majado de almendras tostadas. Gallarte invitaba a sus amigos; solía venir el notario Vilatans, el doctor Osona, Abelardo el Señorito y Dauder, que era el más joven y el más pícaro, aunque Ángela decía que pícaro podía ser, pero que tenía muy buen fondo. Sentados bajo la escalera, frente al muelle donde zurcían las redes, con el aire impregnado de olor a marisco, engullían la sopa ávidamente, platicando y riendo. A pesar de su apariencia frágil, Gallarte era capaz de despachar tres platos de sopa y Dauder otros tantos. Bebían un vino joven que traía el francés y de postre comían brazo de gitano relleno de yema de huevo y adornado con profusión de merengue. Seguían bebiendo aguardiente y Dauder, que tenía un mal beber, comenzaba a proferir insultos, levantaba la mesa, agarrándola con las dos manos, y la dejaba caer de sopetón, organizando un estropicio; salía a mear al muelle, sin la menor vergüenza, y se dirigía al burdel de Baixamar en busca de esclavas moras con las que dormir de dos en dos.

A la mañana siguiente no recordaba nada y Gallarte le disculpaba diciendo:

—Es joven y tiene muchas ansias...

Gallarte era letrado y Dauder era su pasante. Lo tenía como un hijo, aunque Dauder era alto como una montaña y fuerte como un oso y le doblaba la estatura. Era también mucho más joven, pero además de su pasante era su compañero del alma y se lo perdonaba todo.

Los ingleses volvieron en 1763, cuando Juan Gaviota tenía ocho años. La marina de Gran Bretaña dominaba entonces todos los mares y el puerto de Mahón seguía siendo un punto ideal donde invernar la flota del Mediterráneo. Los once batallones de la guarnición francesa se dispusieron a partir a principios de julio. Gallarte también había de marchar, pero a última hora se apeó del navío Tonnant con Dauder. En el puerto de Mahón había cuatro navíos ingleses y tres fragatas y, mientras llegaba el nuevo gobernador, el teniente general lord James Johnston, Gallarte y Dauder se refugiaron en un predio situado cerca del Arrabal del castillo de San Felipe. Allí había una moza que ambos conocían bien y que les escondió en el pajar, y entre otros favores con que les regalaba les daba de comer. Hasta que el hortelano se dio cuenta y de ahí la cosa pasó al señor, que era don Santiago Rector, que se personó en el pajar con una peluca poco aparente y muy alterado, amenazando con denunciarles si no tomaban las de Villadiego.

—No os inquietéis tanto, mi señor —dijo Gallarte—, que en este mundo nunca se sabe a quién tendremos que recurrir.

Gallarte y Dauder saltaron muchas cercas, para evitar el camino real, y en tres días llegaron a Ciutadella sin ser molestados por los soldados ingleses, entretenidos en volver a tomar posesión de aquellas tierras, de aquella gente y a menudo de algún amorío con cierta muchacha que habían dejado hacía tan solo siete años y que ahora, ya casada, trabajaba una tierra demasiado yerma como para poder vivir holgadamente de ella. Llegaron sucios y con aspecto patibulario a la casuca de Ramón Gaviota, que se arriesgó a darles cobijo por

dos monedas de plata. Gallarte tenía mucha mano izquierda, dominaba la lengua y los modales ingleses y en poco tiempo se hizo un hueco entre los nuevos dueños de la isla y volvió a ejercer la jurisprudencia con Dauder. Tenían suficiente información para interesar a los astutos ingleses, y volvieron a compartir la casa de la calle de la Pescadería, desde donde ejercían su oficio. Fue entonces cuando se presentaron en casa de Ramón Gaviota vestidos de punta en blanco y Gallarte dijo:

—No para mí, porque ya no estoy en la edad, pero me cabe el honor de pedir la mano de la señorita Fara para mi auxiliar y amigo Dauder, aquí presente.

Dauder era alto como una torre, y estaba tan ufano que los ojos le centelleaban de satisfacción. La casuca, por otro lado, se reducía a una cocina separada de las literas por una cortina, de modo que se oía todo lo que decían. Ramón Gaviota aseguró que nunca hubiera concebido tan alto honor, siendo tan pobre como era, y llamó a Fara, que se presentó de lo más risueña. Tenía ya quince años y lucía lindos tirabuzones en el pelo, amorosamente ensortijados por su madre, y un vestidito blanco muy sencillo, pero que la hacía parecer una rosa perfumada. Inclino la cabeza y dijo:

—Ni yo soy una señorita ni el señor Dauder me gusta para nada, de modo que haré como si no hubierais venido y os desearé que dondequiera que vayáis a parar, señores míos, os sople buen viento.

Juan se guardó mucho de proferir burla alguna y salió a jugar al muelle, pero aquella noche él y Fara se estuvieron riendo mucho rato en el camastro que compartían.

Gallarte volvió a frecuentar la casa de Ramón Gaviota. Era demasiado aficionado al pescado frito, la raya y la sepia al horno, el calamar relleno o la caldera de langosta para enemistarse con el pescador por tan poca cosa como una jovenzuela caprichosa. Pero a Dauder no se le volvió a ver el pelo.

—No sabes lo que te pierdes —decía Gallarte—; hoy he comido hígados de rape fritos y eran una delicia.

Dauder negaba con la cabeza y decía:

—A mí quien me la hace me la paga.

—¡Pero, hombre, si solo es una niña!

—Dejémoslo estar...

Gallarte seguía visitando la casa de Ramón Gaviota y, puesto que solía poner una moneda sobre la mano de Fara, ella, cuando le veía venir, le tendía la palma, y él reía satisfecho, y llamaba a Juan y le decía que se llegara hasta la tahona y trajera la cazuela que Ángela había dejado allí para cocer, y también le daba una moneda. Aún en pleno invierno el sol era lo suficientemente agradable para sentarse bajo la escalera y darse el placer de comer fraternalmente, como si en lugar de un francés y un pescador fueran verdaderos reyes.

Gallarte empinaba el codo con el porrón, y los ojillos se le ponían vidriosos y decía:

—Es una lástima que Fara haya despreciado a todo un señor como Dauder...

—Cada cual es dueño de lo suyo —decía Ramón.

—Creo que te has ganado un enemigo.

—El pobre tiene menos enemigos que el rico.

Solo por el desconcierto que reinaba en toda la isla de Menorca se comprende que Gallarte y su pasante hubieran conseguido medrar tan fácilmente, y Ramón Gaviota aprovechaba aquella feliz coyuntura. Sabía que los soldados ingleses rondaban los campos robando comida y vino, como antes de la llegada del gobernador Kane, y que hacían circular pesos falsos por las ciudades aprovechando la falta de control provocada por el cambio de dominio. Por esta razón solo aceptaba monedas de plata a cambio de sus servicios culinarios, y puede decirse que gracias a Gallarte nunca había habido tanta abundancia en el pobre hogar del pescador. Los clérigos a los que antes solía vender el pescado nunca habían sido tan generosos y lo cierto

es que antes la langosta la pescaba y cocinaba, pero nunca llegaba a catarla, ni tampoco la sepia, el calamar y otras exquisiteces; todo se lo quedaban los señores. Por eso consideraba al francés como un bien del cielo y por nada del mundo lo habría traicionado.

Los clérigos, por cierto, volvían a considerar a los ingleses como infieles y procuraban sembrar el descontento entre sus feligreses, impulsando protestas armadas de pistolas, cuchillos o simplemente piedras. La violencia era latente en Baixamar, y un padre menos confiado que Ramón habría temido por la seguridad de sus hijos y no les habría dejado salir solos así como así. Una tarde fría de noviembre, cuando el sol ya se había puesto tras las montañas azules de Mallorca, Juan regresaba de la taberna del Gori con una olla de aguardiente cuando percibió gritos sofocados tras la caseta del centinela, situada al pie de la cuesta. No había más luz en todo el muelle que los faroles amarillentos de las pocas embarcaciones que se balanceaban sobre las negras aguas, y cualquier personaje siniestro podía violar a una doncella o degollar a un paisano impunemente. Juan asomó sigiloso la cabeza y vio a un hombre alto como una montaña, con el cabello pelirrojo revuelto y el miembro fuera de las calzas, empeñado en penetrar a una mocita primorosa que tenía subyugada, tapándole con una mano la boca mientras con la otra no dejaba de sujetarla. Notó una risita y vio que el centinela lo estaba mirando, divertido, seguramente esperando su turno de abusar de la pobre chiquilla.

No lo pensó dos veces. Dejó la olla en el suelo y saltó sobre la espalda del agresor, clavándole las uñas donde pudo. Pero era un hombre fuerte y se desembarazó de él de un empujón, mandándolo a rodar a los pies del soldado. Solo entonces vio los ojos aterrorizados de la muchacha, mientras imploraba que la salvase, y la reconoció. Era Fara, su hermana, y el violador era ni más ni menos que Dauder, el francés.

La tenía medio desnuda y estaba a punto de lograr su objetivo.

En un instante Juan pensó todas las cosas que podía hacer y ninguna le pareció expeditiva. Si quería separar a Dauder de su hermana tenía que matarlo. Miró al soldado con ojos suplicantes y dijo la única palabra que

conocía:

—*Help!*

El centinela, sin embargo, no debía de tener muchos escrúpulos, porque soltó una risotada.

Sin pensarlo dos veces, Juan le arrebató el sable y lo clavó acto seguido en la nuca de Dauder. Debió de dar en el blanco, porque cayó como un fardo y murió en el acto. Fara salió llorando de debajo del cuerpo colosal de Dauder, recogió el vestido y los dos huyeron a todo correr, mientras el soldado inspeccionaba el cadáver, que sangraba como los cerdos que muchos vecinos degollaban en plena calle en días de matanza.

—¿De dónde venís tan turbados? —preguntó Ramón cuando les vio entrar—. ¿Y dónde está la olla de aguardiente?

La habían dejado junto a la garita del centinela. Juan tendría que ir a buscarla si no quería que su padre lo castigara.

Volvió sobre sus pasos y eso fue lo que le perdió. Ya se habían reunido unos cuantos curiosos y el soldado, cuando le vio, lo agarró de una oreja y dijo:

—¡Este es el muchacho!